ENTRE EL CAMELLO Y EL LEÓN

O sea, de cómo el Opus Dei y "menda", siendo incompatibles, se soportaron mutuamente durante seis años cruciales en la vida del "menda"



por

E P I

Publicado por: http://opuslibros.org
Colección LIBROS SILENCIADOS SOBRE EL OPUS DEI
Fecha publecación 11-8-2004
Imagen: "Hartley" de Alice Neel.

INDICE

CAPITULO I

De las razones del menda para contar todo esto

No tengo ni puñetera idea de por qué me encantaban las personas que me rodeaban en la Obra, pero no los medios que la Obra me ofrecía para llegar a ese resultado. Este divorcio entre medios y resultados, entre numerariedad y numerarios, no lo percibo en las demás cosas. Es más, con algunas es justo al revés: más que el resultado de los niños, me gustan los medios de hacerlos (muy bien recogidos, por cierto, en el Kamasutra).

Sin embargo, este sentimiento contradictorio explica por qué abracé la causa de la Obra al conocer a sus magníficos miembros viriles (digo viriles, porque a los femeniles no los conocí; sólo los miraba de reojo cada vez que podía), pero que luego, al conocer algunos medios y métodos y prótesis en mi propia carne, la acabara desabrazando e incluso no quisiera saber ya nada de sus miembros...

Así pues, grito en voz alta mi admiración por casi todas las personas de la Obra: nunca he encontrado tantas buenas personas juntas. Pero me permito la libertad de decir por qué me fui de allí por patas. Aquí encarta contarlo. No creo que esas personas se ofendan, porque a casi todas las recuerdo con sentido del humor, como tampoco se ofenden los curas que conozco cuando les cuentan chistes verdes o anticlericales, si es que no los cuentan ellos mis-mos y así les quitan hierro a las críticas. Tampoco se ofenden los venerables militares cuando la gente echa pestes de su mili. No todo el que cuente las historias negativas de su mili, es indiscreto o resentido o pretende ofender o lamerse heridas y mucho menos reformar el ejército o alertar a los jóvenes para que no se hagan soldados. Simplemente las cuenta porque son más interesantes que, por ejemplo, su soporífero trabajo. La Obra, en efecto, es interesante. Y en ella pasé más buenos ratos que malos y aprendí muchas cosas buenas; y si me dedico en este escrito a hablar más bien de los malos ratos, es porque la felicidad de uno es más divertida

e interesante para uno que para los demás. Y si encima cuento con un público que me entiende, el placer es mutuo y doble.

≤

CAPITULO II

De cómo me convertí en inquisidorcito

Algunas enseñanzas de la Obra las conseguía yo deglutir agitando y estirando el pescuezo para arriba, con los ojos fuera de las órbitas, como las águilas cuando se tragan una presa más grande que ellas. Luego me venían las cagale-ras. Pero en esa operación ponía yo mucho entusiasmo. Nadie me metió la comida por la fuerza...

Ilustraré estas voluntarias indigestiones con dos anécdotas: una simpaticona y otra que aún me deprime.

Un buen día vino a mi centro de adscritos un numerario mayor, que, no sé por qué, iba mucho por allí. Y, lo que son las cosas, con mis dieciséis años, era yo el de mayor rango en aquel momento (supongo que los directores estarían reunidísimos). Me preguntó por horarios y labores y yo, que me esforzaba por presentar como mías las cosas de Casa, contestaba siempre con un "nosotros solemos", "nosotros hemos organizado", "nosotros" (sí, así de repelente era yo). Y él me espetó: "¿Tú siempre hablas en plural mayestático, como el Papa?" Era como decirme: "Vive el espíritu de la Obra con naturalidad".

La otra anécdota es un terrible pecado mío que me sigue abriendo las carnes. En mi centro de adscritos nos habían prevenido contra un programa de televi-sión (creo recordar que era La clave) donde se verían imágenes procaces en una película, tras la cual habría un debate. Para mi indignación, mi padre, por entonces escamado ya del Opus, se disponía a verlo; y yo me enfrenté a él, en su propia casa, y lo conminé a apagar la tele. Mi padre, al principio, no se enfadó, sino que con buenas palabras se enfrentó al inquisidorcito que tenía enfrente y me intentó explicar que él era ya mayor, tenía buen criterio, sim-plemente quería saber más sobre ese asunto y que… Yo no lo dejaba termi-nar, sino que repetía como ante un hereje: "Lo que mancha a un niño mancha a un viejo", una frase

que impresiona por lo rotunda, pero que, al menos en asuntos de metesaca, es sencillamente mentira. Mi hermana, más sensata y humana y también de la Obra, me rogaba con gestos que me callara, pero yo dale que dale excomul-gándolo y escandalizado de que en casa tan "opusina" se viesen tales indecencias. Sólo me faltaba girar el cuello como la niña de *El Exorcista*. Ay, mi padre tendría que haberme cruzado la cara a bofetadas para sacar de mí al demonio del fanatismo y demostrar que él mandaba en su casa, y no la Obra, y que la voluntad de Dios no era lo que mi eventual director me decía, sino algo que cada cual interpreta como buenamente puede. Pero no, mi padre apagó la tele y se fue a su cuarto dando un portazo. Creo recordar que al día siguiente el cura me desaconsejó tales excesos con mis ancestros. Pero la verdad era que, en mi caso, el adoctrinamiento que yo allí recibía en vena producía esos efectos secundarios.

De todas mis voluntarias transformaciones en el Opus Dei, la que más lamen-to, la que más asco me da, fue ese fanatismo sin caridad. Es algo que me perdono a duras penas. ¿Cómo pude convertirme en eso? ¿Qué parte de mi persona, al aparearse con las enseñanzas de la Obra, paría semejante aborto?

No voy a caer en la trampa maniquea, como muy bien advierte Lapso, de culpar de todas mis estupideces y penas de entonces al Opus Dei, porque no todos hicieron las mismas estupideces que yo; tampoco en la trampa de pen-sar que yo era una inocente víctima en las garras de una secta o de una mafia, porque, si el Opus Dei fuera eso, no se saldría de él tantísima gente y ya habríamos muerto todos los ex en misteriosos accidentes. Ni el Opus Dei es tan poderoso ni los ex fuimos simplemente unos tontos embaucados. Y si firmo con pseudónimo, no es por miedo a nadie, sino porque no quiero que por mi culpa se identifique a las personas que cito y porque el pseudónimo me da más libertad para contar cosas tan personales en las que, como veréis, no quedo nada bien.

Es cierto que el Opus Dei no jugó limpio captándome cuando apenas me apuntaba el bozo, pero también es verdad que es bueno espabilarse pronto y que, en vez de

mandarlos a todos al cuerno, como hicieron otros muchos mo-zalbetes de mi edad, yo fui demasiado complaciente: me faltaban bemoles para hacer lo que realmente quería. Me mantenían en ese angosto camino el orgullo de haber sido escogido o mi miedo ante el mundo o mi deseo de com-placer a los que tanto esperaban de mí (también, aunque en menor grado, un anhelo de agradar a Dios). Si la Obra se benefició de esos defectos míos, yo me beneficié más de ella, porque si tuve en ella malas experiencias, también recibí de ellas muchos bienes y antes de que pudieran rentabilizar toda la formación en mí invertida, salí de allí pitando, o sea, despitando.

Cuando uno se reconoce como único responsable de sus actos, se conoce más a sí mismo, se siente más digno y más protagonista de su propia historia y, lo más importante, uno se reconcilia con todo el mundo y le echa sentido del humor a una experiencia que empezó más o menos bien y terminó mal.

≤

CAPITULO III

De lo mal que me sentaban algunas prendas

¡Si el traje de la Obra hubiera sido una túnica inconsútil con la que andar holgado y fresquito! Pero no, era un traje con muchos forros y encajes y bolsillitos y almidones y a algunos nos sobraban mangas, nos apretaban los zapatos y el "paquetillo", nos escocían las costuras… De nada servía pedir unos retoques. Y allá que iba uno por la pasarela intentando convencerse a sí mismo y a los demás de lo elegante que iba, a veces con vanidad, a veces con sinceros deseos de hacer las cosas bien, pero siempre dando traspiés...

Una prenda que me venía ajustadilla eran las normas de piedad. Aunque no me saltaba ni una, las medias horas de oración eran demasiado largas para mí, una lucha contra el tedio, el sueño y las musarañas. Era, en una frase de mi padre, como decir: "Voy a decirle cosas bonitas a mi mujer de seis y media a siete de la mañana". ¡Qué frustrante obligar en vano al corazón a interesarse por lo que la voluntad le dicta! Si en el oratorio alguien leía en voz alta, me decía a mí mismo: "A la próxima voy a estar muy atento". Pero a la próxima volvía a írseme el santo al cielo.

En general, yo estaba siempre bastante seco y en la oración leía más que conversaba con Dios; si me ponía a hablar con Él, acababa en los cerros de Úbeda. Yo le comentaba y preguntaba cosas (supongo que así se habla con Él), pero era yo quien imaginaba las respuestas. Un poner: "Aquí en la agenda dice que hay que vivir la virtud de la caridad. A ver, a ver, ¿cómo puedo vivir esa virtud?" y una vocecilla me decía: "Haz más correcciones fraternas" y entonces yo me ponía a pensar en defectillos del personal, porque esa vocecilla tenía que ser del Paráclito. Pero si la vocecilla me hubiese dicho: "Mira, chavalín, monta una tertulia pirata en el armario del cura jefe e invita a tus hermanos a chervecha y colaloca y a comer pipas hasta reventar, que os lo vais a pasar bomba", esa era una sugerencia luciferina que había que rechazar con un gesto arcangélico.

Ya me lo decía el subdirector de mi primer curso anual: "Eres más bucólico que las mariposas" y yo no lo entendía. Supongo que eso equivalía a lo que luego oí mil veces: "Baja de las nubes. El amor se demuestra en las cosas pequeñas; en vez de soñar con matar dragones, lucha por las victorias cotidianas en las que esa grandeza se concreta". Y tenían toda la razón, sólo que, como casi todo allí, eso no iba conmigo. En realidad, yo quería vivir como los numerarios que salían en las anécdotas y estaba sediento de encontrar en ellas numerarios especiales como payasos, arponeros o actores. Mis anodinas victorias cotidianas ("hoy me eché mantequilla; hoy no me eché mantequilla") no me arrancaban gritos de júbilo y nunca fui pródigo en ellas. En cambio, se me daban muy bien los dragones. No le tengo una devoción particular a san Jorge, pero siempre me ha tirado lo épico y lo grandioso. Me imaginaba, por ejemplo, ante una gran concurrencia, partiéndole la cara a un ateo que había osado blasfemar contra la Virgen ¡en mi presencia!; o irrumpía como un héroe en una clínica abortiva y recogía entre lágrimas los cuerpe-cillos despedazados para enterrarlos dignamente, y la policía, conmovida por acto tan loable, no tenía valor para detenerme; o me rapaba el pelo al cero como Isidoro Zorzano para espantar a las niñas que me perseguían en la fácul. Me imaginaba a mi ángel custodio como un centurión romano todo muscu-loso que me protegía de las huestes diabólicas y que impedía que se me escapara el autobús y que muchas veces detuvo con sus puños invisibles varios coches que estuvieron a punto de atropellarme. A veces lo imaginaba llorando en un rincón por alguno de mis pecados (esa devoción la sigo conservando y es algo hermoso que aprendí en la Obra). En fin, me imagina-ba muuuuuchas cosas. Recuerdo que varias veces pedí permiso para releer en mis diez minutos de lectura "El valor divino de lo humano", porque su vehe-mencia me ponía a cien, pero nunca me lo permitió mi charlista (y digo charlista, porque "el que me llevaba la charla" me parece muy largo). Tampo-co me permitió quitarle minutos a la lectura para dárselos al evangelio, que me gustaba más. De todos modos, en esto de las lecturas espirituales siempre fui un poco por libre.

En cuanto al examen de conciencia, yo abría en el centro de estudios mi sinté-tica y desordenada y desencuadernada y desangelada agenda y confirmaba que, en efecto, no había cumplido casi ningún propósito. Esto de examinar tu conciencia a la vez que ochenta o sesenta conciencias más, me ponía nervio-so: iba a toda pastilla y terminaba antes que nadie o al terminar el tiempo de examen reparaba en que yo lo había entregado en blanco. Aún me queda el vicio de los nunca cumplidos propósitos en la agenda.

Más llevadera era la mortificación corporal. Con ella el ángel dominaba a la bestia. Aunque nunca la entendí del todo, tenía algo de caballeresco que me seducía, un no sé qué de templario y morboso y de larga tradición entre los santos más variopintos. No hubo cilicio que se me deslizara muslos abajo ni disciplinazo que no me escociera; eso sí, mientras me fustigaba, menos mal que rezaba la salve, porque me daban unas ganas de decir unas palabrotas… Las otras mortificaciones, las reales, eran más difíciles, por ejemplo, los deta-lles de cariño con gente alérgica al cariño. En el centro de estudios, al entrar en el comedor era evidente que muchos buscábamos sentarnos con quien más congeniábamos. Es más, a veces uno se cambiaba con descaro de mesa. Y es que ¿a quién le gusta compartir el placer de la comida con un tipo monote-mático o antipático habiendo por ahí tanta gente amable? Jodía menos cili-ciarte más de la cuenta que esforzarse por ser amable con Gilipichis, cuya sola cercanía me malhumoraba.
Este Gilipichis tenía en el colegio mayor cierto cargo y además trabajaba en Delegación. Durante el desayuno eructaba sus quejas contra las chicas de la Administración (por cierto, las recuerdo a todas guapísimas), que nos ponían una mermelada de naranja amarga elaborada por ellas mismas. Y nos exhorta-ba, el muy Gilipichis, a dejar la mermelada intacta, para que la Administra-ción pillara la indirecta. Yo, por darle en las narices y en homenaje a las numerarias que desempeñaban con toda dignidad el insustituible papel de mi madre, me untaba visiblemente esa mermelada mientras alababa su exquisi-tez. La verdad es que a mí tampoco me gustaba nada, así que en realidad me mortificaba para mortificar a

Gilipichis. Era una mortificación nacida de lo más bravito de mis gónadas (¿qué tipo de pecado será ese?) Pero Dios es grande y ahora es mi mermelada favorita.

¡Ay, cuántas pajas mentales acerca de la conveniencia de hacer esta o aquella mortificación o cambiarla porque ya me había habituado a ella! Para embro-llarlo todo, las compensaciones se entrelazaban con las mortificaciones en un batiburrillo que renuncio a analizar. Así, por ejemplo, mis mortificaciones en el postre las compensaba con el vino, por eso de darme un gusto lícito, pero, en realidad, el vino no me gustaba, así que la compensación me mortificaba (desde luego qué gran verdad eso de que en el pecado está la penitencia). Otro ejemplo: yo, que nunca tomaba café, comencé a tomarlo en la tertulia porque era una de las cosas que se podían hacer sin pedir permiso. Eso sí, para morti-ficarme, no le echaba azúcar, con lo cual esta compensación también se iba al garete y uno se desquitaba inconscientemente, por ejemplo, empalmando un pitillo con otro. Pero como le acabé tomando el gustillo al café sin azúcar, dejó de ser una mortificación (y sigue sin serlo) y ya no sabía yo cómo morti-ficarme con el café, así que, como me dio el punto de mortificarme sobre todo con el café, a veces no me lo tomaba, otras veces echaba un poco de café en el azúcar más que azúcar en el café, o dejaba que se enfriase o me daba un ataque de compensaciones y vaciaba la cafetera y luego pensaba en redimir-me con alguna mortificación especialmente jodona. En fin, recuerdo que mientras yo hacía todos aquellos silogismos me preguntaba si los demás se complicaban la vida tanto como yo.

La filosofía, la teología, el latín… todo eso me gustaba. Era facilito y te daba culturilla y de esas rentas aún sigo viviendo. De hecho, el otro día unos estu-diantes me abordaron en la calle y me preguntaron para un trabajo de religión qué era la Iglesia para mí. Ojipláticos se quedaron cuando les solté sin pesta-ñear eso del cuerpo místico de Cristo. ¿Mande?

En cuanto a los encargos, me dieron en mi centro de adscrito el de llevarle flores a la Virgen los sábados. Las flores, la Virgen y los sábados siempre me han

gustado. Pero en el centro de estudios me dieron el de arreglos. No exulté con cítaras y salterios, porque nunca se me han dado bien los objetos: cuando los objetos ven que me acerco, se asustan. Menos mal que lo compartían con-migo otros cuantos más. Alguna vez que otra, en vez de cumplir con mi en-cargo, me ponía a aporrear una batería que había en el cobertizo, porque me fastidiaba ver a Gilipichis dándonos órdenes a los pringaos mientras él se reía con sus amigotes. Así que entono el "mea culpa", pero, vamos, sin darme gol-pes en el pecho.

Lo de la santificación del trabajo estaba chupado porque apenas me acordaba de ella. Bueno sí, ponía la estampita mientras hacía como que estudiaba. Si saqué buenas notas, fue por mi facilidad para los idiomas y porque mi carrera era facilita. Esto de la santificación, que nunca entendí del todo, lo oía yo más de cara a la galería que de puertas adentro, donde el tema estrella, que yo re-cuerde, era, adivina adivinanza, el proselitismo. Ahora que tengo tonsura natural y procuro hacer mi trabajo lo mejor posible, se me olvida santificarlo. La humana criatura no tiene remedio.

La presencia de Dios la olvidaba cuando más a gusto estaba y si milagrosa-mente me acordaba, decía un par de jaculatorias para rellenar el expediente y seguía con lo mío. ¿Y qué decir, por ejemplo, de la filiación divina? Nunca me dio paz. Yo era un manojo de nervios que sólo el tiempo ha ido pacifi-cando.

La virtud de la alegría no la vivía en absoluto, me explico, no le gruñía a nadie, soy de carácter risueño, pero cuando me abandonaba a la melancolía, no me daba por hacer piruetas. A lo sumo me salían unas sonrisas tan forza-das, que los espejos, de haberme visto, se podrían haber roto. Yo no vivía la alegría como un deber más, sino que la recibía como un don, cuando ella tenía a bien bendecirme (no os lo recomiendo: los psicólogos dicen que hay que trabajarsela).

La virtud de la obediencia la vivía, pero cada vez de más mala gana. Aún ten-go

pendiente preguntarle a un cura si una virtud vivida a regañadientes me servirá en descargo de mis muchos pecadillos.

Cuento todo esto para ilustrar con mi caso cuántas charlas de formación, cuántas sustancias de la Obra, parecían caer en saco roto.

≤

CAPITULO IV

Del apóstol y el bañador

El apostolado era harina de otro costal. En verdad, en verdad os digo que era una de las prendas que peor me sentaban. De adscrito lo pasé canutas con ese asunto, sobre todo en los dos años que sufrí de estudiante en un colegio de fomento. Allí los alumnos anti-opusinos eran legión y me hacían la vida im-posible, con violencia verbal y física o estampándome en los ojos revistas donde algunos hijos de Dios realizaban el acto conyugal...

Todo el afán del director de mi centro era que no se me arrugara el ombligo y lo que rima con badajo, enseñándome a dar puñetazos en la nariz. "La sangre les asusta mucho y te dejarán tranquilo". Pero a mí me iba el rollo de *Let's the sun shine*. Mi charlista, un universitario que no tenía que vérselas con niñatos de puño fácil, se tomaba a chacota el suplicio que para mí suponía ser el blan-co de los anti-opusinos. "Vencer los respetos humanos" era una coletilla habi-tual en él. Y para que los venciera (supongo), me envió en cierta ocasión a casa de un chico cuya existencia yo desconocía hasta el momento, para invi-tarlo, ¡qué díver!, a un curso de retiro. El muchacho, muy formalito, soportó con paciencia mi perorata y como quien no quiere la cosa, llamó a su padre para pedirle permiso. El padre, un tiarrón engominado, sin mirarme a los ojos, le dijo a su amantísimo hijo: "Ya sabes: primero la obligación y luego la devoción" o algo parecido, mientras su vástago me miraba triunfante. Y yo allí como un pasmarote haciendo el panoli y comprendiendo que me invitaban a salir de su casa. Si con esta terapia de choque no superas los respetos huma-nos, eres pariente de ET.

¡Oh feliz adolescencia!

Por eso, cuando me visitan los testiguillos de Jehová, me gusta polemizar y llevar la conversación al terreno de la libertad. Les digo que, tan jovencitos y con

espinillas, no tienen por qué ir enchaquetados de puerta en puerta a fasti-diarse y a fastidiar a los cristianos los polvos del domingo por la mañana; que actúan con soberbia si, después de que les dan con la puerta en las narices, se limpian el polvo de sus sandalias; que no es ningún pecado asistir a romerías y celebrar navidades; que ser testiguillo no es mejor que no serlo; que Cristo nos quería felices, no jodidos; que el hombre no está hecho para el sábado, sino para el sabadete… En fin. Ni me entienden.

Volviendo a lo mío, mis posibilidades reales de ejercer el tan cacareado pro-selitismo eran tan limitadas, que mediaba un abismo entre la realidad y el deseo de incendiar los caminos de la tierra, a no ser, claro está, que me hiciera testiguillo de Jehová. Si incendiar los caminos se traducía en invitar a fulanito a la meditación, es normal que nunca me entusiasmase el panorama.

Los demás no debían de ser mucho más eficaces que yo porque pocas veces presencié un lleno en una labor apostólica, como no fuese una excursión chachi piruli a los Pirineos (id est, Turris Civitatis) o a Sierra Nevada a chor-rearnos por la nieve con refinadísimas bolsas de plástico. "Por sus frutos los conoceréis", resonaba en mí una voz de ultratumba. Pero luego, recordando lo de la comunión de los santos y la teoría de que en la Iglesia somos todos como vasos comunicantes, salvaba la bondad de esas labores apostólicas imaginándome yo por mal apóstol como el escape de esos vasos. Por culpa mía hacían pipí por algún sitio.

Lamentables eran las catequesis en la parroquia de mi barrio. Comprometidos con el párroco, entre tres numeraritos tuvimos que dar catequesis a chorro-cientos niños cada semana porque sólo encontramos a amigo y medio que colaborase. Tuvimos que pedir ayuda a una santa varona medio monja. Y, claro, en el centro, dale que dale, toma que toma, con llegar a más gente. Y el caso es que esforzarnos nos esforzábamos. Pero en Málaga lo que mola es la vida muelle, la playa, los espetos de sardinas, y no dar catequesis a niños de un barrio proletario.

Aunque aquella labor que hacíamos era encomiable, la única entusiasmada con ella era la santa varona, la única que lo hacía sin obedecer órdenes de nadie, sólo porque le salía del corazón.

En el centro de estudios tampoco hubo los llenazos apostólicos que los de delegación tenían siempre en sus bocas incendiarias, pero, claro, con ochenta bulliciosos numerarios, se notaba menos. En fin, este desfase atroz entre las exigencias de la Obra y mis verdaderos frutos era desalentador.

El perfil de chico majo que puede ir a medios de formación no abundaba tan-to. En mi fácul los pocos mirlos blancos nos lo disputábamos mi compañero numerario de estudios y yo para sendas listas. El que tenía buen corazón no tenía buena cabeza; el que tenía buena cabeza no tenía buen corazón; el que tenía buen corazón y buena cabeza, hacía con la cabeza de abajo cosas que a la Iglesia le da por condenar. Una vez pillé a uno por banda en un pasillo de la facultad y lo invité a una meditación y me dijo por toda respuesta: "Me voy a estudiar". Y desde entonces ni me saludó. Así que en la facultad yo era un bicho raro que no hablaba con el noventa por ciento de la clase para que no se me desmandaran las cabezas; y en el otro diez por ciento, o sea, en los varo-nes, sólo había una decena que soportasen con estoicismo mis invitaciones. Por eso los amigos que llevé al colegio mayor eran casi todos extranjeros incautos y algunos otros que conocí en otros ambientes.

Chicos ligados a otros grupos religiosos conocí bastantes. Ponían miles de amables excusas para no venir al colegio mayor conmigo. Los recuerdo encantadores, más naturales que yo, se emborrachaban si encartaba, buscaban o tenían novia y no tenían horarios estrictos ni daban la vara hablando de su grupo religioso a diestro y siniestro ni me decían la tontada esa de guardar la vista en la playa, pero si les preguntabas, te respondían, con la naturalidad que a mí me faltaba, que hablaban con Dios y que lo llevaban en el corazón, ínti-mamente. Uno de ellos era novicio y como era bastante atractivo y debía dar bastante

morbo, estaba todo el día rodeado de niñas. Yo, qué cerril, en vez de imitarlo, pensaba de él que no vivía bien su celibato. Lo que hace la envidia… En fin, estos chicos tan discretamente cristianos un buen día te sorprendían yéndose a las misiones. Yo, sin embargo, tan **agobiantemente** cristiano, un buen día, los sorprendí a todos dejando de pronto de hablar de Dios.

Mi charlista era un pesado de tomo y lomo que, dos o tres veces al día (y me quedo corto), me acorralaba en las esquinas con mi lista de amigos en su agenda. Yo veía tal desfase entre sus pretensiones apostólicas y la realidad de mis amigos, que me echaba a temblar cada vez que lo veía. Pero él daba la ta-barra, como la vieja al juez inicuo. ¿Por qué no vas a ver a menganito y lo in-vitas a este curso de retiro? Es que menganito vive en Marchena (a bastantes quilómetros de Sevilla). Pues llámalo. Es que no tiene teléfono. Pues coge el tren y hoy mismo se lo dices. Total, que, por no oírlo más, allá iba yo, como un alma en pena, a un pueblo desconocido a removerle el alma a un chico que, más que un amigo, era un nombre en mi agenda. Las caras que ponían estos chicos y su familia al verme aparecer sin permiso en su pueblo o en su lugar de veraneo a hablarles de retiro y de confesión y de guardar la vista en la playa y de no tocarse la minga más que para mear, eran para ser fotografia-das por Satur. Después de esto, algunas amistades se resentían o te dejaban claro que amigos sí, pero que el Opus a mil quilómetros. Sé que otros nume-rarios se lo montaban mejor, lo hacían con más desenfado y soltura, pero no era mi caso desde luego.

Yo por entonces daba clases particulares a un bachiller para sacarme unas perras. Este chico era muy buena persona e impresionaba de lo educado y guapetón que era. Según un subdirector, era tan buenapinta, mirloblanco y majete, que me dijo que, a pesar de no ser bachiller, lo invitara al Univ. El chico se entusiasmó con la idea. Pocos días antes de la partida, este subdirec-tor, que lo organizaba todo, no me dejó ir, sin darme ninguna explicación. Supongo que se debía a mis problemas económicos, que, sin embargo, no impidieron que me dejara ir el año anterior. Mi amigo se presentó, pues, al autobús con sus maletas, pero se negó a subir al

enterarse de que yo no iba. El autobús repleto miraba estupefacto cómo el subdirector trataba en vano de convencerlo. Yo consideré el hecho un homenaje a mi amistad; o tal vez el chico presentía que sin mí, que era menos cañero que otros en eso del aposto-lado, se iba a encontrar más indefenso. Para colmo, tuve que decirle a este chico que era yo quien había decidido en el último momento no ir, porque en la Obra las órdenes de los directores tienen que presentarse como decisiones propias. Lo malo es que no eran propias, sino que yo intentaba convencerme de que lo eran, y, claro, se me revolvían las tripas mientras mentía como un bellaco.

Pero a mí lo que se me daba muy bien era invitar a mis amigos a comer con-migo en la piscina. Luego era un auténtico problema explicarles qué hacían treinta tíos salmodiando y paseando por el jardín. Es que están rezando el rosario, explicaba yo como podía, mientras nosotros hacíamos el bestia en la piscina. En dos de estas ocasiones, mi charlista me dijo que les hiciera una corrección fraterna a mis amigos por sus bañadores ajustados. A mí esto de decirle a un chico que marcar el paquete era una falta contra el pudor, me hacía sudar sangre, sobre todo porque así era la moda de los bañadores por entonces y ellos los llevaban inocentemente, se los compraban sus madres. El que no era inocente era yo. Además, ¿qué amigos hay en el mundo que se di-gan por ejemplo: "Te voy a comentar una cosilla. He observado que miras a las niñas babeando y dándome codazos. Debes cuidar la vista…"? Con mi experiencia actual, sé que los amigos no se corrigen unos a otros esos gusta-zos: los comparten. Pero, en fin, menos mal que, en mi sabiduría, opté por no usar con este amigo mío la fórmula introductoria de la corrección fraterna y, supongo que saqué el tema de la moda veraniega como quien no quiere la cosa y, como es materia más pegajosa que la pez, acabé hablando de bikinis. La imagen de los bikinis debió de estropearme los silogismos que tenía prepa-rados y acaso me hice un lío. El caso es que terminé con la siguiente senten-cia: "Llevar bikini es de furcias" (bueno, usé otra palabra, porque "in illis diebus" se me había pegado a mi, antes de tan casto vocabulario, la santa des-vergüenza). Pero, quién lo iba a pensar, resulta que la cuñada de este amigo

mío, a la cual él quería como a su hermana, usaba bikini y si yo insistía en llamarla furcia, él me partía la boca allí mismo. El caso es que este chico, (un buenazo, entre otras cosas, porque me soportaba), se presentó otro día con un bañador modelo cartujo que le cubría hasta las rodillas, para que yo pudiera guardar la vista. La verdad es que eso era una prueba de amistad.

Y a propósito de bañadores, en una convivencia varios numerarios aficiona-dos a la fotografía nos hicieron fotos en la piscina y, cuando las revelaron, se las repartieron a todos, menos a mí. Al parecer la foto era indigna: parecía que yo estaba en pelota picada y la postura en que me habían pillado contribuía a ello enormemente. No hubo manera de conseguir también yo mi foto. La orden venía de arriba. Así que mi mal rollo con los bañadores es de órdago. Dos bañadores de nadador que me han regalado duermen el descanso de los justos en mi armario. Por cierto, si vierais mi armario...

Pero, en fin, volviendo a mis proezas apostólicas, contaré que, al empezar el curso, mi buen compañero el filólogo y yo decidimos organizar una conferen-cia en el colegio para atraer a gente de nuestra facultad. Bueno, sobre todo la organizó él; yo lo seguía como un comparsa. El subdirector nos regañó por el título, que echaba atrás al más forofo. "Concepto y función de la filología". Lo malo es que las invitaciones ya estaban impresas y que disertaba, ni más ni menos, ¡el mismísimo catedrático de indoeuropeo!, toda una celebridad. El título atrajo nada más que a dos o tres incautos y hubo que rellenar la sala con varios numerarios de Económicas; estos, para darme ánimos, me preguntaban si la conferencia iba a ser en indoeuropeo. El pobre catedrático disertó con brillantez de tema tan ameno ante aquel público escaso e incapaz de entender-lo y cuando llegó el turno de preguntas, yo me quería morir. ¿Cuándo empie-za el plazo de matriculación? ¿Hay becas para irse a estudiar a un país extran-jero? El catedrático nos respondía con toda cortesía que de tales cuestiones se encargaba la secretaría de la fácul; y en busca de preguntas más pertinentes, empezó a

indagar en otros chicos. Oyó con estupor respuestas como esta: "Bueno, yo soy de Económicas, pero me interesan mucho el concepto y la función de la Filología".

≤

CAPITULO V

De tipos de miembros

Esto de rellenar tertulias culturales con numerarios ajenos al tema era una práctica habitual. Como no se llenaba con amigos, había que rellenarlo con numerarios para quedar bien. Una vez un numerario invitó a un poeta a recitar sus poemas. Le ayudé a hacer una recolección masiva de numerarios, pues el poeta era también una celebridad. Éramos unos veinte. Los que pensaban dor-mirse se sentaron en las zonas más oscuras de la sala. El poeta recitó con ver-dadera emoción, pero, mira tú por dónde, lo que a él le gustaba era dialogar con jóvenes poetas como nosotros. E inició un turno de preguntas. Yo me eché a temblar...

Había un numerario encantador, músico, poeta y filósofo, pero que tenía el don de la tartamudez. Como yo también tartamudeo un poquillo bastantillo, me llevaba muy bien con él. Fue el único que hizo una pregunta interesante; lo malo es que tardó una barbaridad en formularla. El caso es que yo envidia-ba la falta de complejos de este chico que hoy ha triunfado como guionista de cine. Luego, creo que os hablé en mi anterior escrito de Pedepito. Pedepito estaba allí. Era un incondicional rellenador de tertulias. Su actitud no se limitaba a estar allí como un mueble, como los de Arquitectura o Derecho, sino que colaboraba con preguntas. Formuló una pregunta alambicada, enorme, con miles de ramificaciones, tras la cual el poeta suspiró y dijo: "Bueno, son muchas preguntas en una. Intentaré responderte a todas. Para empezar…" y ante el pasmo de todos, Pedepito, como ya había colaborado más que nadie, consultó su reloj y ¡se levantó y se fue! y dejó al pobre poeta con la palabra en la boca. Yo me cabreé con él de lo lindo. Pero Pedepito, ni caso. Y el caso es que ahora lo alabo: encima de que le quitamos tiempo para un asunto que no le interesaba y él, tomándoselo más en serio que los mismos organizado-res, hacía una pregunta seria que jamás se me habría pasado a mí por el magín, encima, ¿pretendía yo que se quedase él hasta el final? Su libertad de espíritu era impresionante.

Pedepito era así. Y Pedepito me lleva a hablar de la parte más amable y diver-tida de la Obra: las personas. Realmente eso fue lo que me atrajo de la Obra y lo que mejores recuerdos me trae. Pasé ratos realmente felices con todos ellos. ¿Cómo podía venirme tan mal un traje que llevaban personas tan encantado-ras como Pedepito y muchos otros que recuerdo?

En fin, vuelvo a mi ídolo. Todos se reían de Pedepito y a él le importaba un comino. Una noche, vinieron un cantaor y un guitarrista a cantar en la tertulia, en el patio de armas del castillo de Almodóvar, invitados por un poeta agrega-do. Pedepito, mirando a las estrellas de hito en hito, informó al cantaor de que, como granadino que era, sentía nostalgia de su Granada. ¿No cantará usted para mí unas granaínas? El cantaor, gentilmente, se arrancó por grana-ínas. Va por el de Graná, le dijo. Apenas había empezado a cantar, cuando Pedepito, con sus habituales movimientos de pajarito, consultó su reloj, y como ya había colaborado en aquella tertulia con una pregunta, se levantó y se fue y dejó al cantaor con los jipíos al aire y a nosotros abochornaditos.

Había en el colegio mayor unos numerarios muy guasones. Uno de ellos, por cierto, trucaba su bonobús con papel celo y con ese bonobús iba a todos sitios gratis hasta que lo pillaron y, aunque aquello me escandalizaba, nunca se me ocurrió corregirle por robar al erario público. El caso es que estos numes le encargaron llevar unos documentos internos al colegio mayor Guadaira, a diez minutos de allí, con la advertencia de que por nada del mundo debían caer en manos ajenas. Allá que fue Pedepito con el paquete bajo el brazo. Otros numerarios lo aguardaban disfrazados de macarras en la calle con una grabadora para captar la conversación y lo atracaron. Pero Pedepito, como el niño san Tarsicio que se dejó matar antes de entregar a los niños paganos de la calle la sagrada forma escondida en su pecho, no entregó el paquete ni aunque lo linchasen. Un poco más y muere mártir.

Era muy curioso Pedepito. Durante el rezo del rosario o mientras cantábamos la salve, se oía en medio del vozarrón marcial de los numerarios su voz de pito ir por cuenta propia, con modulaciones melifluas, adelantándose o retra-sándose según le viniera la inspiración. Estábamos todos diciendo santa maría madre de Dios y ya estaba él rogando con sus gorgoritos por nosotros pecado-res. Yo le hice una corrección fraterna, y el pobre hizo esfuerzos, pero se ve que si rezaba al unísono con nosotros, no podía concentrarse.

Cuando Pedepito no pudo ya, sin incurrir en pecado, escurrir el bulto de ayudar al cura en misa, se pasó no sé cuántos días aprendiendo paso por paso la ceremonia. Llegó el ansiado día y todos nos frotábamos las manos para disfrutar con el espectáculo. Por desgracia para él, oficiaba ese día un cura con úlcera y mala uva. Pedepito, como yo, tenía por entonces movimientos rápidos de colibrí. Y cuando, tras la comunión, el cura juntó los dedos índice y pulgar sobre el cáliz para que Pedepito vertiera el agua, Pedepito, que estaba en la otra punta del altar palmatoria en mano, se quedó en blanco mirando con horror al cura sin saber qué tenía qué hacer ahora. Pero no importaba, Pedepito tenía recursos para todo y se acercó raudo y solícito al cura con la palmatoria encendida pensando que el cura quería más luz para ver el cáliz por dentro. Que estuviesen los dos mil focos del oratorio encendidos era lo de menos. Todos nos descosimos de risa menos el cura.

Pedepito me hizo a su vez una corrección fraterna de lo más dadaísta. "He ob-servado que te retrasas comiendo y siempre llegas tarde a la visita al Santísi-mo. A mí también me pasa (Pedepito era de todo menos soberbio) y, claro, cuando todos van por el tercer padrenuestro, no veas lo que tengo que correr para pillarlos". Yo se lo agradecí, pero me extrañó mucho que alguien que llegue tarde a la visita rece a toda leche los padresnuestros que le faltan para pillar a los demás en el último. Yo más bien rezaba por donde iban todos y santas pascuas, no sé si luego rezaba lo que me quedaba.

¡Ay Pedepito! Un tío de pelo en pecho.

Las tertulias daban para mucho. Una vez el director se presentó con un diplomático que había trabajado en los países nórdicos. A un numerario se le ocurrió preguntarle, con intenciones edificantes, si había mucha diferencia entre los jóvenes de aquí y de allí. Vaya que sí la había, dijo el diplomático soltándose un poco el pelo, porque, la verdad, entre chicos tan formalitos y enchaquetados se debía de sentir un poco extraño. "En una fiesta a la que me invitaron", comentó, "todos acabaron revolcados y en pelota en el suelo haciendo de todo". Se estaba él emocionando con su descripción de camas redondas, cuando al comprobar el incómodo silencio que provocaban sus apasionadas descripciones, se puso colorado como un tomate hasta que el director vino a auxiliarlo con otra pregunta.

Menos mal que estas cosas aligeraban el fardo de tantos criterios y normas.

A veces presencié, sin embargo, cómo para algunos subdirectores y charlistas y jerarcas estos criterios y normas se hacían cumplir aun a costa de la delicadeza habitual de la Obra. Y a propósito de esto contaré tres tontadas muy ilustrativas.

En un círculo breve más largo que un día sin pan, mi charlista, que era muy tiquismiquis, nos recordó el criterio de llevar calcetines (aclaro que ir con calcetines en pleno agosto sevillano, aunque es elegante, es peor que ponerse solideo). Quiso el destino que fuéramos varios los descalcetinados en primera fila. Se produjo un sonrojo general. ¿No habría sido más delicado decírselo uno a uno y no dejar en ridículo a los descalcetinados? (A propósito, ¿y el morbo que daba al final ver a un hermano de rodillas confesando una falta, aunque esas confesiones hubiesen sufrido censura previa?)

La primera vez que comí en un centro de estudios fue en un curso anual que hice, siendo adscrito, en Granada. Yo estaba haciendo la charla y el charlista que me

tocó en suerte (este sí que era un encanto) debía ser novato en esto del charlismo, porque me dio miles de ilusionados consejos y explicaciones. Total, que la charla duró una eternidad y nos retrasamos. Intentando retener todos los consejos recibidos, me apresuré con él hacia el comedor mientras él me explicaba que tenía que acercarme a la mesa del director, esquivando a las chicas de la Administración, y solicitarle venia para comer, previa explicación de la causa de mi retraso. Demasiadas complicaciones para un novato como yo. Allá que fui yo esquivando numerarias, mirándoles los pies muy a la ligera, porque tras los pies venían las piernas y tras las piernas, ellas, y si las miraba, me enamoraba yo todo (por cierto, varias veces me pasó desde enton-ces que coincidían sus ojos con los míos y yo me moría de susto y de gusto). En fin, llegué a la mesa del dire y no había abierto yo la boca para decir "es que", cuando el director me riñó en voz alta, delante de aquellos numerarios a los que yo tenía por héroes, con palabras muy duras. Desde entonces, temí más que quise a este director. Desde luego, nunca más llegué tarde a comer y siempre fui cumplidor con esa norma, pero se hizo a costa de la delicadeza, del buen hacer y, lo que es más importante, de mi orgullo de machito. La estrategia de reprender en tono severo y públicamente a alguien sólo se debe usar cuando se ha comprobado que fallan las buenas palabras. El director buscó la eficacia más que la justicia. Es cierto que si me hubiesen hecho en privado una corrección fraterna por haber llegado tarde, tal vez habría seguido llegando tarde, pero como dice Chesterton: "La justicia es más importante que la disciplina".

Una vez vino uno de los venerables famosos a una tertulia. Yo lo tenía por una persona humilde, porque en una tertulia anterior un numerario, con poco tacto, lamentó que en un libro suyo pusiera más palabras suyas que de nuestro Padre y él se lo tomó con deportividad. Pero esta vez un numerario ingenuo y noblote no tuvo otra ocurrencia que preguntarle si era cierto que había pique entre la Delemó y la Delemé de Madrid, o sea, entre la Delegación Oeste y Este de Madrid. El venerable famoso respondió de mala manera que eso era una necedad y algunos le rieron la gracia. El pobre chico se hundió más en su silla, ruborizado. A mí

siempre me ha conmovido el rubor, porque es lo único que no puede fingir el hipócrita. Así que este famoso venerable me pareció más humilde que delicado.

Este tipo de cosas, que no son para tirarse de los pelos, eran, sin embargo, frecuentes, y jodían lo suyo, porque uno entregaba esforzada y generosamente su obediencia a los directores y lo menos que se podía pedir es que ellos dieran órdenes también delicadamente, sobre todo teniendo en cuenta que era Dios el que daba las órdenes por su boca. Creo que el inmenso y divino poder que en la Obra se concede a los directores hace que seamos tan sensibles a sus fallos, a no ser que obedezcamos como autómatas.

Pero, en fin, debo decir que en la Obra encontré casi siempre buenas perso-nas, que son, como ya he dicho, las que más tiempo me retuvieron allí. En realidad, yo sólo aborrecía a Gilipichis. De haberlo conocido en otras circuns-tancias, me podría haber caído hasta simpático. De hecho, contarlo ya me está reconciliando con él (¡oh el poder de la confesión!) Puesto que "si no puedes alabar, cállate", la gente, en vez de decir que era un indeseable, se limitaba a comentar, como si fuera una gracia que lo adornaba: Es que Gilipichis tiene mucho colmillo. Y vaya si lo tenía. He conocido muchas personas con colmillo, pero todas tenían un fondo de buena persona que a éste no le encontré ni echándole imaginación al asunto. Incluso, durante la misa, lo vi en más de una ocasión dormido y sin comulgar. ¡Con el trabajito que me costaba a mí estar limpio cada mañana para poder comulgar! Yo no sé qué pintaba allí y me pregunto si ahora es un ex con mala leche. Escandalizaba cuestionando los estudios internos y las órdenes de los directores, alardeaba de sus amistades particulares, comparaba numerarios. Cuando subía a las tertulias de nuestro grupo, había que bailar a su son y a un numerario que se atrevió a contradecirle en algo perfectamente opinable, lo insultó públicamente, lo miró con verdadero desprecio y el subdirector de mi tertulia lo consintió y no me permitieron hacerle una corrección fraterna, dándome a entender que era algo de lo que los directores eran conscientes. ¡Ay de quien le llevara la contraria! A él le fastidiaba que yo me pusiera gallito con tanta

frecuencia, aunque al final yo agachaba siempre la cabeza (no soy un héroe, salvo con los dragones). En una ocasión, lo desafié en público desobedeciendo una orden suya que yo creía injusta. Todavía me pregunto qué habría pasado, si yo finalmente no hubiera cedido.

Parece increíble que una sola persona contribuya a poner en duda tu vocación, cuando el hecho, por ejemplo, de que haya malos cristianos no empuja a los demás a apostatar, pero es que en la Obra es diferente. La Obra se nos presenta tan sumamente inmaculada, que a uno se le caen de los ojos unas como es-camas cuando ve defectitos en sus miembros viriles (excluyo a las mujeres de la Obra porque para mí eran y son todas inmaculadas). Uno hace verdaderos esfuerzos por ser bueno con todos y, por tanto, uno no entiende qué pintan en la Obra los que parecen actuar según les dé el aire. O Gilipichis o yo nos ha-bíamos equivocado de sitio. Las indignidades en los numerarios escandalizan tanto como en los curas, porque precisamente los numerarios indignos no son la norma (al menos en mi breve experiencia eso me pareció). Uno, para salvar la contradicción, aplica a la Obra el mismo principio que a la Iglesia: la Obra es santa, pero no lo somos sus miembros viriles. Pero a mí no me apetecía vivir con miembros tan porculizantes como Gilipichis. Me imaginaba en un centro cohabitando con él y se me cerraban todos los esfínteres. Y es curioso: los muchos y espontáneos detalles de cariño de los demás para conmigo podían menos que los roces con esa persona.

Otro hecho que contribuyó sin duda a darme cuenta de que la Obra tampoco era un paraíso dentro de la tierra como yo creía fue un encontronazo con un numerario pianista que se levantaba de muy malas pulgas. Iba a entrar él en la ducha de la que yo estaba saliendo y él, con los ojos pegados todavía, y yo, con mi habitual atolondramiento, no nos poníamos de acuerdo por qué lado entrar y salir. Tras varios inútiles amagos, chasqueó la lengua con fastidio y yo, qué imprudente, lo imité para demostrar que si él no se lo tomaba con buen humor, yo tampoco. Entonces me tiró de un empujón al suelo de la ducha y estuve a punto de desnucarme. Luego, en el desayuno, se disculpó por su mal pronto. Pero ese

suceso me sirvió para darme cuenta de que en un segundo, sin quererlo ni beberlo, la convivencia con gente que tú no habías elegido ni engendrado podía reventar por cualquier sitio. Y, la verdad, pasarte la vida conviviendo con gente tan hormonal como tú y cuyos buenos senti-mientos hacia ti nacen a veces no del corazón, sino de propósitos en su agenda, se me antojaba un panorama sólo propio para unos años de internado, pero no para toda la vida.

Y ha llegado el momento de hablar de don Aristocréitor. Este don Aristocréi-tor era el cura jefe, el director espiritual del centro de estudios, y está muy relacionado con mis problemas de perseverancia. En aquellos dos años y medio tuve con él varios roces.

En una ocasión tuvo la deferencia de prestarme un libro de un filósofo cristiano (creo que un tal Charles Moeller) que comparaba la filosofía griega con el cristianismo. Dado que yo estudiaba Filología Clásica, esperaba él que me interesara. Me preguntaba por el libro con frecuencia y yo, con vergüenza de no estar a la altura de sus expectativas, le confesaba que seguía anclado en el primer capítulo. Eso se debía a que mi poco tiempo libre prefería dedicarlo a reírme, tocar la guitarra, componer poemas malos, pero sobre todo tristes, y evadirme con novelas, que siempre me dejaban la sensación de la cantidad de cosas que a mí nunca me ocurrirían por ser numerario. El caso es que un día, harto de que no avanzara en la lectura, me pidió enojado que le devolviera el libro. Desde luego tenía toda la razón del mundo.

En otra ocasión, me vio, durante una convivencia en Pozoalbero, tumbado a la bartola y despatarrado en una tumbona (en mi recuerdo es una hamaca, pero supongo que no habría hamacas en Pozoalbero) fumando y tocando la guitarra. La postura era difícil, pero era el símbolo del numerario que aprovecha una cola de tiempo para darse un atracón de compensaciones: postura horizontal, pitillo, guitarra, música de amor, piernas sensualmente abiertas, pelambre pectoral al aire. Por cierto, habría sido un puntazo que por entonces yo estuviera cantando la

italianada aquella de "Dopo un anno l'ho capito che non si può morire dentro" (que en traducción española decía: "Tras un año he comprendido queeeee de amor ya non se muere"). Total, que don Aristocréitor se presentó por allí meneando la cabeza y no recuerdo qué me dijo, pues siempre fue enigmático y epigramático y ático; el caso es que me fastidió el tinglado. Supongo que lo que quiso decir fue algo así como: "Menudo espectáculo. No me extraña que, por mucho que te cilicies, tengas problemas de pureza" o bien "Con estos ratos para ti mismo mismamente, demuestras que no estás entusiasmado con tu vocación". Vete tú a saber.

Don Aristocréitor además nos regañaba cuando alguien preguntaba de una película: "¿Se puede ver?". Esa pregunta equivalía a: "¿Ha pasado ya la cen-sura y nos la van a dejar ver, porfa?". Según él, se nos veía el plumero, esa pregunta era de mal espíritu, de colegialas deseando un regalito de las supe-rioras porque están a disgusto en el internado. Creo que pedía peras al olmo. En las sesiones de cine nos lo pasábamos en grande y estábamos deseandito ver películas, al menos yo, aunque fuesen malas.

En otra ocasión convencí al director de que nos dejara ver ¡el Festival de Eurovisión! En un anuncio salió un culturista musculoso hasta la náusea. Yo (como tantas veces, me pasé varios pueblos) dije que, como obra de Dios, ese hombre estaba muy bien hecho. Se ve que al reprimido que era yo entonces el culturista le hizo tilín y tolón. No quiero ni contar qué me contestó don Aristocréitor.

El colmo fue una vez que comía yo con él en la mesa. Comenté que a mis catorce años vi en Cazorla a un metro de mí una cierva y que me quedé pren-dado de su belleza. Es de suponer que alabé a la cierva con más epítetos de la cuenta, al borde de la zoofilia, porque él hizo algún comentario irónico, algo así como que yo no llegaba a la categoría de ciervo, que me quedaba en macho cabrío, es decir, en cabrón, o que los machos ibéricos decían muchas tonterías (como veis, tenía

colmillo cuando quería). Y yo, picado, solté una frase que dio mucho juego en el lapidario de una fiesta: "De macho cabrío na-da; en todo caso, soy un cisne". Sí, ya sé, mis salidas eran de tono, con poco ingenio y bastante marcianas, porque, la verdad, me parezco a un cisne lo mismo que un pan tostado a una mariposa. Y el cura, que era la aristocracia transubstanciada, debía sentir a mi lado verdaderas dudas de vocación: ¿Qué hago yo, se preguntaría, en medio de postadolescentes con problemas de penesonalidad? Y ahora que lo pienso, cuando uno cuenta estas cosas, sólo repara en lo que uno sufrió. Pero, ¡lo que debieron de sufrir conmigo! Podrían haber sido más cínicos, haberme clavado colmillos hasta los tuétanos, pero se contenían supongo que por caridad. ¡Oh Dios, la cantidad de palabras aladas y necias que por aquellos días salieron del cerco de mis dientes no caben en los hexámetros de Homero! Pero es que me gustaba por entonces provocar con sandeces o dar la nota. Supongo que era un modo de reafirmar mi persona-lidad en medio de tantas renuncias. Pero, en realidad, tengo que darle razón al puñetero: yo era un machito ibérico con pretensiones de cisne, sólo que ahora pienso que sin la Obra ese híbrido habría sido menos monstruoso. Y eso el cura sería incapaz de reconocerlo.

El caso es que no le tengo tirria. Lo recuerdo más bien con cariño. Lo que él quería era que yo perseverara y por eso me lanzaba indirectas. En el fondo me halagaba ser objeto de interés de aquel cura refinado, culto, con gomina y gemelos de oro, que fumaba rubio con boquilla y que una vez tuvo el detalle (se lo agradezco de veras) de recordarme que los cogotes, sobre todo cuando son harto peludos, conviene afeitarlos de siglo en siglo.

≤

CAPITULO VI

Pero, sin duda, la prenda más incómoda, el plato más indigesto, era rendir el propio juicio. No es que a mis veinte años yo tuviese juicio propio, pero ya hacía mis pinitos. Yo había dejado de ser el adscrito adolescente que a todo decía sí, buana. Ahora había que convencerme. Ahora era yo un hombretoncete con todas sus cositas y el escozor de la juventud me hacía rebelde.

Por ejemplo, me jorobaba que tantas novelas actuales fuesen inadecuadas para mi carácter sentimental. Y esto de que me censuraran las cartas sólo lo llevé bien cuando era adscrito, porque recibía pocas, pero cuando me fui al centro de estudios, mis amigos me escribían bastantes cartas y cuando me las encontraba censuradas, sentía que los hilos que me unían a ellos los recortaba mi subdirec-tor en vez de reforzarlos. En cierta ocasión le pregunté por carta a un amigo mío cristiano de base qué opinaba del Opus Dei. Era una pregunta retórica. Yo ya sabía lo que opinaba, pero me gustaba y me gusta discutir de todo. Este chico, con toda su buena voluntad, me envió una carta donde, advirtiéndome, me escri-bía con letras muy grandes y apremiantes algo así como: ¡POR FAVOR! LEE EL FOLLETO QUE TE ADJUNTO. ME LO HA PASADO UN CURA AMI-GO MÍO. El folleto no estaba en el sobre. El subdirector de mi grupo, de cono-cerme un poco mejor, habría comprendido que leer el folleto antiopusino habría sido para mí un aliciente para refutarlo y si él lo hubiese leído conmigo, hasta podríamos habernos reído juntos. Pero como las cosas no fueron así, acabé pensando que yo era un soberbio por desear leerlo y que mi amigo iba por muy mal camino por no apreciar ese miembro robusto y bello de la Iglesia que era la Obra y por simpatizar con la teología de la liberación y no dar importancia ni al sexto ni al noveno mandamiento. Lo que son las cosas: yo me he apartado de la fe y este amigo mío ahora es cura.

Sin embargo, mi subdirector, no sé si porque no las leyó o no las entendió, me pasaba completas las cartas de un antiguo compañero del instituto que, quizá para escandalizarme o espabilarme, me contaba sus dudas sexuales y su visión pornosófica de la vida. Todavía recuerdo el contenido de aquellas cartas por lo mucho que entonces me impresionaron. Lógico, era de las pocas cosas sin censurar que leí por entonces. Ese es el riesgo de sobreproteger al nume de los peligros exteriores: que al menor descuido del jefe, el peligro le ataca más que a nadie. Tanto cuidado para que uno no se pervierta y así persevere, en mí produjo el efecto contrario.

Peor que lo de las cartas, era entregar mi poco tiempo libre. Don Aristocréitor una vez me regañó por verme leer un libro minutos antes de entrar a comer en vez de charlar con mis hermanos. Reconozco que es más enriquecedor hablar con personas que leer un libro que sólo me servía para evadirme. Pero, claro, puesto que no me dejaban leer por la noche y durante el día había tantas cosas que hacer, yo devoraba libros en colas de tiempo. Los caprichos, los gustos personales, las aficiones, que sirven para reafirmar un poco la personalidad y mantener un mínimo espíritu creativo, quedaban tan postergados, que para darles un lugar me las ingeniaba como podía, por ejemplo, robándole tiempo al estudio para mis idiomas, mis poesías y mis lecturas.

Que yo recuerde, el tiempo libre era más bien propio de los cursos anuales, durante los cuales tuve que dar a veces clases particulares para mantenerme económicamente. El resto del año había poco tiempo libre y muchos ratos de ocio eran fiestas comunales en las que no siempre podías hacer lo que querías.

Para hacer lo que uno quería fuera de horarios y de los habituales quehaceres había que recurrir al consultismo, es decir, a consultarlo con los directores, por cuya boca me hablaba el mismísimo Dios. Como yo era muy dado a hacer cosas que no eran las que se esperaba que hiciera, era muy dado al consultismo. Aun

así, ¡cuántas cosas agradables dejé de hacer con tal de no consultarlas! Si hubie-ra sido una persona menos escrupulosa, habría hecho más a menudo lo que me daba la gana, pero yo quería ser del Opus Dei y feliz a la vez, y dado que el lema era "obedecer o marcharse", me empeñaba en obedecer para seguir siendo del Opus Dei, pero intentaba hacer a la vez lo que quería para ser feliz y no tener que marcharme. Pero el consultismo, a fuerza de crisparme y de eliminar mi espontaneidad, me fue enseñando que yo no podía ser feliz y de la Obra a la vez.

No sé si en teoría la fórmula era informar de lo que uno pensaba hacer. Por ejemplo: "Mira, subdire, que, aunque ha empezado el tiempo de la noche, me voy a hacer un puzzle al garaje porque no tengo sueño. Te lo digo pa que lo sepas". Pero en la práctica, al menos en mi caso, consistía en humillarse solicitando venia del modo más sobrenatural posible para hacer algo que no era nada sobrenatural, sino un capricho: "Mira, subdire, que es que tengo un amigo muy aficionado a los puzzles, que me ha dicho que se confiesa si le hago este puzzle que a él no le sale". Claro, casi nunca colaba, pero uno no dejaba de cón-sultarlo, por si caía la breva. Para colmo, unos subdires eran más blandos que otros. El mío no era especialmente permisivo y eso contribuía a mi encabrona-miento y al creciente deseo de no someterme más que a mis propios deseos.

Sólo gracias a una rarísima conjunción de los astros conseguía uno, por ejemplo, darse un garbeíto con otros numes sin ninguna excusa apostólica y sin que fuera parte de tu deporte semanal o algo así. Si cada nume conseguía licencia de su subdire (éramos tantos que había tres grupos de numerarios, con sus respectivos subdirectores), al menos esas veces te lo pasabas bien y con la conciencia tranquila.

¡Y qué difícil era el simple hecho de oír música! Una vez un amigo mío que tocaba el violonchelo me grabó unas cintas con el fin de iniciarme en la música clásica. Recuerdo como algo rematadamente difícil conseguir un aparato para poder oírla: nunca había aparato disponible y si lo había, no había un lugar dis-

creto donde hacerlo y si había aparato y sitio, no era el momento adecuado. Creo recordar que el aparato de música era de un nume, que lo prestaba de mala gana, porque nunca se sabía en qué manos iba a acabar.

Especialmente codiciados eran los auriculares. Una vez estuve enfermo y me dejaron unos. ¡Oh qué noches tan deliciosas e insomnes con la música! Recuerdo que un numerario me los pidió encarecidamente porque padecía de insomnio y yo, con la excusa de mi enfermedad, me aferré a ellos mezquina-mente. Como yo pensaba por entonces que me iba a morir en la Obra y que noches como esas no se me iban a prodigar, estaba ridículamente aferrado a algo a lo que la gente normal no le da la mayor importancia porque está al alcance de cualquiera. Me figuro que algunas de estas cosas no serían así en un centro con menos gente, pero el consultismo al parecer era de por vida.

Muchas veces, al llegar el tiempo de la noche, se me caía el mundo encima y yo no tenía agallas ni picardía para organizar tertulias pirata. Pero, eso sí, necesita-ba rematar la jornada con algo que me gustase realmente, para convencerme con ese gusto de que se estaba bien allí. En general, se trataba de leer o escribir. Como casi siempre me denegaban el permiso, empecé a consultar si me podía quedar a estudiar. Pero como este permiso tampoco se prodigaba, me quedaba a ver, con tal de trasnochar un poco, Estudio Estadio, que era un programa que resumía el fútbol de la semana y que se permitía ver los domingos por la noche a quien quisiera. Pero esa compensación, como tantas otras, se convertía en una mortificación: por más interés apostólico que puse en el fútbol por eso de tener algo de qué hablar con mis amigos, nunca llegó a interesarme. Y al final acaba-ba yéndome encabronado a mi habitación sin terminar de ver el programa.

Tantos noes a mis consultas fomentaban en mí un sentimiento doble, según fuera mi estado de ánimo: "Tengo muy mal espíritu por desear hacer cosas ina-propiadas" o bien "Esto de ser nume es muy jodido". Si hubiéramos sido frailes, lo habría sobrellevado a disciplinazos en mi celda o metiéndome mansamente las

manos en las mangas del hábito, pero como uno era nume y por tanto laico y del mundo, uno decía "¡Joder!" y se jodía. Pero cada día en peor plan.

Daba la sensación de que el colegio mayor era una inmensa colmena donde cada abeja obrera sabía muy bien su cometido y a él se encaminaba solícita. Yo me movía entre ellas diciéndome: "Yo debo hacer tal cosa, pero me gustaría hacer tal otra". Pero no podía ser, uno no podía pasillear, mariposear de nume en nume, canturrear en una habitación a las doce del mediodía… Si te encontra-ban ocioso con otros tres en un cuarto, llegaba un secre o un subdire y nos pre-guntaba qué estábamos haciendo y nos ponía los puntos sobre las íes. Hasta lo más inocente se volvía malo. Si eso era una manera de mandarnos a la calle a hacer apostolado, la verdad es que lo conseguían: con tal de salir un poco, yo era capaz de llamar a mi peor enemigo.

Cuando uno hacía algo sin consultar, lo hacía mirando para los lados, como los que van a cometer un delito. Si te encontraba un nume en tu misma situación, había tertulia pirata. Pero si te pillaba un subdire y te preguntaba qué hacías leyendo a escondidas y a deshora, uno agachaba la cabeza y se iba a vivir el fascinante tiempo de la noche, a no ser que, ¡oh milagro!, tuvieras permiso. En ese caso mirabas con cara de perdonar la vida y decías, sin dar más explicaciones: "Estoy haciendo lo que tengo que hacer".

En cierta ocasión, yo sorprendí a Gilipichis con alguno de sus asiduos viendo una peli por la noche. Como me fastidiaba la desigualdad y que él consiguiera tantos permisos, me empeñé en ver también yo la peli, pero él me echó con no sé qué amenazas o con el poder petrificante de su mirada.

¡Ay Dios mío! ¡Cuánta dignidad perdida en aquellos días! ¿Cómo pude soportar la humillante losa del consultismo durante tanto tiempo? Recuerdo que en algunas ocasiones yo me preguntaba: ¿Qué necesidad tengo de ir pidiendo permisos para tontadas, de aferrarme miserablemente a unos auriculares, de mendigar placeres

que la gente normal desprecia, de ponerme a ver el fútbol que nunca me ha gustado, de empeñarme en ver una peli con Gilipichis, de pervertir las relaciones con gente que me cae bien, de arrastrarme por los pasillos hacien-do labores que yo no deseo y que ha fijado para mí la abeja reina? Si eso era volar como las águilas, yo prefería volar adocenado como las aves de corral. Al menos en el corral habría gallinas.

Tengo un vago recuerdo de algunas charlas donde nos dijeron que la Obra no es un club de amigos y que si uno no estaba entusiasmado con su vocación, la Obra se convertía en un incordio que nos aburría a fuerza de obligaciones, pero que esas obligaciones tenían un sentido si uno vivía bien su vocación. Eso es exactamente lo que me pasaba a mí: la Obra, a fuerza de obligaciones y de aguafiestas, me recordaba constantemente que aquello no era un club de amigos y yo no lograba entusiasmarme con el panorama; me entusiasmaban otras cosas. ¿No habría sido posible una Obra con menos normismos y consultismos? Pero no, la Obra no podía cambiar y, al fin y al cabo, fue paradójicamente esa Obra la que al principio me atrajo.

Aquel ambiente, en fin, no me ayudó demasiado a superar el enorme complejo de culpa que he tenido desde niño y que en mi caso consistía en pensar que era pecado disfrutar a solas sin la explícita aprobación ajena. Así que mi comportamiento por aquellos días no fue muy positivo. A veces, en horas impropias, me escapaba a la azotea a aprender, en vano, a tocar la armónica o me iba al rincón más recóndito del jardín a tumbarme y fumarme un cigarrillo a solas. Y luego me sentía muy culpable por haber buscado sólo para mí un rato de ocio durante el cual se suponía que debía estar haciendo apostolado o encar-gos o poniéndome a disposición del subdire. En fin, que acabé haciendo de noche por las terrazas las cosas que hice. Por algún lugar tenía que estallar tanta presión. <

CAPITULO VII

De playas y estrabismos

Sometido a tantos criterios, normas, horarios y consultas y charlas, yo me eva-día con la imaginación, aún casta por entonces. Pero, claro, en esas condiciones era lógico que la involuntaria visión de algún encanto femenino provocara en mí un seísmo, un desconcertante hormoneo, y toda mi espiritualidad se derrumbaba en un instante...

Fue en mi segundo curso del centro de estudios cuando yo me confesé a mí mismo sin tapujos que de los tres enemigos del alma, el mundo me tentaba poco porque, sin dinero, es difícil que te tiente. El demonio quizá me tentaba, pero yo no me daba ni cuenta: con el agua bendita y unas cuantas higas lo espantaba. En cuanto a la carne… recuerdo que en un cumple de mi época de adscrito, un nume muy ingenioso hizo un número surrealista: entrevistó al mundo y la carne (con el demonio no se atrevió). El mundo era un chico con pijama, gafas de culo de vaso y espumarajos por la boca. Pero lo mejor fue la carne. El entrevistador anunciaba su llegada con redoble de tambores: "Señores, os presento a la CAR-RRRRRRRNE". La trajeron entre varios y la depositaron en una mesa. La carne era el chico que hacía de mundo, pero metido en un saco de dormir rojo y cerrado y que respondía a las preguntas del entrevistador con sonidos muy gástricos.

O sea, que el auténtico enemigo de mi alma era la carne. Por eso, yo guardaba vista y pensamientos con una delicadeza seráfica. Mis recorridos callejeros estaban pensados para evitar quioscos color carne. Y, mientras me duchaba, tan sólo me permitía mirar mi cuerpo de cisne cabrío lo realmente imprescindible, más que nada por no tener que confesarme ni bregar con mis escrúpulos. Como la calle y la ducha no estaban prohibidas, uno se esforzaba con su voluntad libre por vivir la pureza en los dos sitios (¡y a fe mía que era difícil, sobre todo con eso de la higiene íntima que me enseñaron de adscrito!) Cuando te dan una enseñanza y

confían en el uso responsable de tu libertad, uno hace esfuerzos generosos por cumplir, pero cuando, para protegerte, simplemente te prohíben hacer algo, uno se descuida a la primera de cambio. Es lo que me pasaba con las playas. A las playas yo iba feliz y libre, sin intención de pecar, pero tampoco de agobiarme con nada. En ellas no tenía problemas de vocación y sí que era fácil vivir la filiación divina peleándote con las olas y salpicándote de espuma. Es fácil vivir las virtudes y el espíritu de la Obra con esos alicientes marinos. Con la sola voluntad no me bastaba. Y la visión sobrenatural de las cosas nunca la tuve. Por eso se me hacía especialmente dura la prohibición de ir a las playas en verano. Aun así, íbamos, con todas las precauciones: al ocaso, a playas grandes y poco frecuentadas y casi nunca en plenas vacaciones. Pero a pesar de las pre-cauciones o precisamente por ellas, muchas veces encontrabas a lo lejos a hijas e hijos de Eva sin hojas de parra y como relumbraban al sol destacando entre tanto azul y tanta arena, ellos eran lo primero que captaban los ojos y, claro, a veces los párpados se me abrían con una facilidad pasmosa que debería estar prohibida y más de una vez a punto estuve de padecer estrabismo de tanto forzar el rabillo (del ojo, se entiende). Y entonces los remordimientos me fastidiaban la fiesta. Y lo peor de lo peor era tener que confesarme al día siguiente, lo cual confirmaba a los directores en su cabezonería de que no podíamos ir a la playa, ni con orejeras ni sin ellas, porque la castidad era la única virtud que allí no había manera de vivir. Pero como uno, si se esforzaba por algo, era sobre todo por ser sincero, pues hala, a confesar aunque me quedara sin playa todo el vera-no. ¡Qué humillante tortura tener que explicarle al charlista o al cura qué es lo que había mirado uno y luego pensado y durante cuánto tiempo y que ya uno se acordaba bien de si al primer vistazo ya estaba consintiendo o si simplemente estaba impresionado y luego retiró la vista o a lo mejor la retiró un poco más tarde! Yo era incapaz de deslindar cuáles de esos tejemanejes mentales míos eran escrúpulos y cuáles criterios sanos.

En mi último curso anual en Entrepinos, en Huelva, un nume cordobés muy jovial me propuso ir en nuestro rato libre a darnos un garbeo por la playa. Las playas de Huelva eran hermosas, rubias y solitarias y con dunas. Una gozada. Yo exulté de

júbilo con salmos y alabanzas. Se ve que o no pedimos permiso o que el dire no nos oyó bien dónde íbamos. El caso es que nos lo pasamos bom-ba, compartiendo un pitillo y bailando Zorba el Griego descalzos en la arena. Ni siquiera nos bañamos porque no teníamos bañador y ni siquiera tuvimos que guardar la vista, porque en aquellas rubias soledumbres nosotros éramos los únicos hijos de Dios. Más inocencia, imposible. Yo, que ya tenía serias dudas de perseverancia, llegué a pensar en ese momento que tampoco estaba tan mal la Obra, que momentos como ése tan puros y alegres bien valían tantos jodi-mientos. Bueno, pues al día siguiente un charlista en un círculo charlero o en una charla circular, vete tú a saber, nos recordó que no podíamos ir a la playa.

Ese simple hecho fue una de las gotas que colmó el vaso. Vivir sólo una vez en el infinito tiempo para pasarte esa efímera vida no disfrutando de ella por unos criterios absurdos e incuestionables no valía la pena.

Durante aquellas postrimerías mías de nume, yo estaba consiguiendo librarme por fin de los escrúpulos que en materia de pureza me habían acompañado como tábanos desde mi infancia. Antes de entrar en la Obra, en el apeadero de agregados al que iba yo por entonces, me enseñaba un cura agregado a combatir esos escrúpulos, pero luego en la Obra, con tanto criterio y con tanto amor hermoso y exhortación a la finura, me resultaba muy difícil. Lo más que conseguí fue convivir con ellos y darles menos importancia, porque ardor juvenil y escrúpulos eran una mezcla explosiva e insufrible. Pero la hermosa virtud de la pure-za no la comprendí jamás. Con la mejor buena voluntad (y eso es lo malo), me han hecho sufrir mucho con eso y yo he hecho sufrir con eso a otros. En reali-dad nunca entendí por qué la lujuria, con lo agradable e inofensiva que era, estaba entre los desagradables pecados capitales. Y, aun a riesgo de salirme del tema propio de esta página, lanzo esta pregunta al aire por si alguno que no se haya dormido a estas alturas es capaz de responderme: ¿Por qué y desde cuándo en la historia de la Iglesia los pecados contra el sexto y el noveno, siendo para colmo los únicos pecados que dan gusto al prójimo, son siempre mortales, mientras que

en todos los demás mandamientos caben muchas variedades venia-les? ¿No sería más lógico que fuese venial desear a la vecina del quinto mien-tras que acostarte con ella, aparte de un gustazo, fuese mortal? Yo me imagina-ba a un casto varón de comunión diaria al que un día le da un punto y mira con delectación voluntaria el trasero de una señora que le precede en la calle, y como no sabemos ni el día ni la hora, le da un ataque al corazón y ¡hala!, al infierno a sufrir para siempre cada vez más. Eso me parecía terriblemente injus-to. ¿No sería más lógico que sólo se condenara si moría después de yacer en plena plaza de San Pedro con la gran ramera de Babilonia invirtiendo el uso de la naturaleza y blasfemando y bebiendo un cáliz de inmundicias y abominacio-nes? ¿Por qué en la Obra se me insistía en que un pensamiento impuro mínima-mente consentido era ya pecado mortal si ni siquiera se había llevado uno el saludable gusto de llevarlo a la práctica?

Por aquellos días yo también coreé entre mis amigos los argumentos que allí me daban para justificar que sólo en el matrimonio y sin cerrar artificialmente las puertas a la vida era legítimo el sexo, como dice la "Humanae vital" de Pablo VI. Pero, en el fondo, yo no entendía por qué, si la homosexualidad y la masturbación, por ejemplo, eran pecaminosos por antinaturales, no era también pecado fumar con los pies, porque los pies los hizo Dios para andar y los pulmones para respirar aire montañero. ¿Por qué la naturaleza, tan cruel y ajena a la moral humana, tenía que ser un criterio para nosotros? Si fuera un criterio, el celibato sería un pecado mientras que la promiscuidad sería una virtud. Yo por entonces intuía a mi manera que no se podía hacer un catálogo de actos lícitos que se pueden hacer con los miembros del cuerpo según la función natural que Dios les había dado. Más bien intuía que teníamos miembros y los usábamos como podíamos gracias a nuestra inteligencia. Y como nunca entendí esos argumentos racionales, con tal de vivir la castidad me los tuve que buscar sentimentales, o sea que no eran argumentos, sino sentimientos: pensar en la fealdad de la rijosidad, en cómo se perdía la dignidad y la compostura con los actos lascivos, en la belleza de la pureza, en las miradas limpias, en lo lamentables que son los viejos verdes, en que las mujeres sólo podían ser madres o vírgenes, en que tenía que imitar a

san José, el cual, estando al lado de la más bella y siendo joven como era, vivió como un nume con una numeraria auxiliar… en fin, estos sentimientos me acercaban peligrosamente a una vana soberbia de la que era fácil caer de un batacazo. Y sobre todo, me intentaba convencer con eso que repetía un cura de mi colegio de fomento: ¡hurgarse con delectación los bajos es crucificar de nuevo a Cristo! No me hacía falta haber visto la impresionante película de Mel Gibson. Me horrorizaba crucificar a Cristo, pero que conste en acta que, cuantas veces caí, no era mi intención crucificar a nadie. ¡Jolín, qué fácil y qué cerca de las manos nos ponía Dios esto de la crucifixión! En fin, cuánto vano sufrimiento por esa asociación supersticiosa de crucifixión y bajos y cuánto me ha costado librarme de esa conciencia deforme. Ese es práctica-mente el único aspecto que no me gusta del cristianismo: esa manía por alejar de las manos y de los ojos y de la cabeza una de las dimensiones más deliciosas (y gratuitas) del ser humano.

Reconozco que tantos numes castos y jóvenes con señorío sobre sus pasiones tenían su aquel de angélico y morboso y que no me imagino a Cristo deseando lascivamente a la Magdalena (aunque, según sus palabras, eso no habría sido adulterio en su corazón, porque la Magdalena no era la mujer de ningún prójimo). Me lo imagino guardando vista y pensamiento y todo lo que hubiese que guardar. Pero hay que reconocer también que, aunque tanta castidad pueda tener su aquel, es poco práctica, porque no somos querubines, sino unos mamíferos concretos con pelos en ciertos sitios. Guardar la vista y el pensamiento puede ser algo de mucho refinamiento moral y de pureza de corazón, pero es muy jodido y no sirve para nada y engendra monstruitos atormentados como el que era yo en mis días de peludo querubín. Lo importante es, sin violencia ni engaño, mirar y pensar y tocar lo que se te antoje, no lo que diga Dios o tu mujer o tu suegra o tu amigo oculista del Opus Dei. Me parece más cristiano el refrán ese que dice "Que disfruten los cristianos lo que se van a comer los gusanos" que el mandamiento de "No tendrás pensamientos ni deseos impuros". Tener pensamientos impuros no te convierte en peor persona. Mis mejores amigos fornican con sus novias o con quien se deje y me cuentan sus deseos y actos sexuales con delectación morosa y

¡algunos realizan actos contra natura! y a lo mejor son impuros, pero desde luego no son falsarios ni crueles ni mentiro-sos, por mucho que diga Camino, sino unas magníficas personas. Sí, ya sé que el sexo es peludo y pringoso y oloroso, pero eso no lo convierte en impuro, sino en pringoso, sudoroso y oloroso, a no ser que consideremos también impuro el loable y pringoso acto de limpiarle el culete a un desvalido anciano. Pero, en fin, si el sexo es impuro, ¿qué pasa? Y si pasa ¿qué importa? Da mucho gusto a los míseros mortales y no hay que someterlo a tantas cuadrículas y condiciones para redimirlo: él se redime solito porque es inocente.

Y perdón por el sermón. ≤

CAPITULO 8

De cómo me acojonaba oír hablar de Perseverancia

Entre tantas indigestiones y prendas incómodas, pero aún con el firme convencimiento y el orgullo de que la Obra era mi madre guapa, yo oía en el centro de estudios la palabra perseverancia y me preguntaba taquicárdico: ¿Perseveraré hasta el final? Esta solemnísima pregunta venía acompañada de un séquito (por no decir diarrea) de deseos y, sobre todo, temores. Y, al final de deseos y temores, siempre la misma conclusión...

En cuanto a los deseos, yo más o menos tenía barruntos, y qué barruntos, de la cantidad de cosas a las que estaba renunciando (sobre todo las barruntaba por la literatura y la imaginación, porque antes de los catorce y medio había vivido bien poco). Y esas cosas prohibidas iban creciendo y rizándose junto con los pelos del pecho; y cuanto más me negaba a ellas, más las deseaba. Para recochineo, eran lícitas para todos menos para un numerario (no vayáis a pensar; al principio yo sólo deseaba cosas como tumbarme de noche bajo un árbol y canturrear despreocupado; en otras cosas no pensaba, porque eran más pegajosas que la pez).

Luego, para enfriarme los deseos, venían los miedos: el miedo a Pepe Botero, oséase, Satanasa (la puñetera me sigue acojonando), al justo castigo divino (me imaginaba, por ejemplo, ahogándome en una playa nudista; mis hermanos numerarios, al verme muerto y con la barriga hinchada en un recorte de prensa, si es que no lo habían censurado, dirían: "Es lo que tiene ser ex". Y de nada servirían sus plegarias por mi alma condenada), a decepcionar a mi familia (como esos seminaristas de carrera eclesiástica prometedora que se convierten en un baldón para la familia porque preñan a la sirvienta), a arrepentirme de la claudicación y no poder volver a la Obra y ser olvidado por ella (yo iría por la calle vestido ya con pantalones vaque-ros y con pendiente y los coleguitas con los que ahora me reía fingirían no verme por la calle, como yo hacía por entonces con algunos ex, porque ¿qué les vas a decir?, ¿Por

esto te has salido, so salido? ¿Para ponerte unos vaqueros y un pen-diente de mariconazo?), a perder el norte (por ejemplo, dándome al porro o a la coca) y convertirme en un desgraciado que no encontraría jamás una mujer ni un buen trabajo; miedo a perder, en fin, la seguridad que la Obra me proporcionaba, la seguridad del perro doméstico que sólo sale fuera a cazar bajo las órdenes de los cazadores.

Había también otro miedo difícil de describir: el pánico a convertirme en un ex. A los ex me los imaginaba resentidos, marcados como Caín con una señal, amarga-dos, buscando el placer sin conseguirlo, pues no habían sido capaces de seguir la estrella, habían renegado de lo más santo… no logro explicar qué sentía yo al pensar en ellos. A veces también un poco de envidia. Eran como los Judas de las películas, que, antes de ahorcarse, aparecen en la oscuridad retorciéndose las manos de puro remordimiento. En mi imaginario tenían un rictus de desengaño y malicia, incapaces de creer ya en las buenas intenciones y deseando encontrarse con uno de la Obra para verter sobre él su bilis y hacerle la zancadilla en el camino. Contribuía a esa imagen el silencio extremo que se guardaba al respecto en la Obra. Ese silen-cio sólo se rompía para hablar de perseverancia y asustarnos con lo del rejalgar y el acíbar, que con tanto ingenio describe Satur. Por eso, mi aún inconfesado deseo de largarme me acojonaba (perdonad que use otro taco, pero es que esa es la palabra exacta). Ya me veía como un ángel caído alzando el puño contra el cielo, mientras mis actuales hermanos, con sus espadas flamígeras y el rostro sereno, me contem-plaban desde arriba con la misma cara que el Cristo imberbe de la Capilla Sixtina, con una solemne mano alzada en gesto de rechazo. Y, de hecho, mi salida algo tuvo de eso y fue traumática.

Además, siendo yo un tierno adscrito, quedé marcado por dos experiencias que me produjeron un terror irracional a ingresar alguna vez en el informe pelotón de los ángeles caídos, esa raza tenebrosa y oscura de hombres malditos y venidos a menos que eran los ex. La primera experiencia fue con un director que vino provisional-mente, no sé por qué, a mi centro de adscritos a sustituir a todos los jefes y subje-fes.

Lo recuerdo sentado en dirección, en mal plan, riéndose en mi presencia de la mierda de centro que le había tocado, de la caca de labor que allí se hacía, y de la hez que era el director al que tenía que sustituir. Demasiado incomprensible para un quinceañero. Años más tarde me enteré de que este numerario había despitado por aquella época. La segunda experiencia fue aún peor. Había en mi centro de adscri-tos un residente que era el más simpático y marchoso y por el que más gente pitaba. Un buen día desapareció y algún adscrito me comentó que no sé quién lo había visto en discotecas. La versión que me dio el director fue más espiritual. El caso es que un día me lo encontré en la calle y se paró a saludarme. No fue tan amable como yo lo conocía. Me debió de notar nervioso y tenso y se ensañó conmigo, se rió de verme tan adscritito. Entre los ex `habemos´ de todo; unos `semos asín´ y otros `semos asá´.

Ver a un ex por la calle me ponía nerviosito perdido. Era una sensación extraña de explicar. Si iba acompañado de una muchacha en su moto, mientras yo iba a una moraga célibe (en Málaga una moraga consiste en pasar la noche en la playa comiendo, riéndote y bañándote), sentía no sé qué terror y atracción. Si no iba acompañado de mujeres o no había cambiado aún su vestimenta, era en apariencia el mismo de antes, pero en realidad no era el mismo. Ahora, tan mediatizados como estábamos por la Obra, no teníamos nada de qué hablar. Era una situación violenta que yo evitaba dependiendo de los casos. Me sorprendía que estuvieran en la calle, ahí tan panchos y tan normales, tan aparentemente felices. Así que no me enfado demasiado cuando algún nume me esquiva por la calle. También se daba el caso de que eran los ex los que evitaban saludar y encontrarse. Yo, de ex, lo he hecho, incluso con otros ex con los que he coincidido en algunas circunstancias. Hay un exceso de prevención entre dos ex. El uno no sabe cómo salió el otro ni qué piensa de la Obra, si se fue con conciencia de traidor o si la sigue frecuentando. Todo esto es normal. La Obra marca mucho.

En fin, que, como decía, acuciado de todos esos miedos y deseos que, por irracionales nunca hasta hoy había analizado, terminaba siempre implorando a Dios las fuerzas de las que yo andaba escasito para esa vocación a la que creía sentirme llamado.

Dos años y medio tardé, los que aguanté en el centro de estudios, en descabezar esos miedos, esa hidra policéfala. Era como si entre la Obra y el resto del mundo hubiese una línea roja y hacía falta valor o desesperación para traspasarla. A un lado, la seguridad; al otro, la oscura y ansiada libertad. Sólo tuve agallas para ello cuando me percaté de que no me hacía tilín la sustancia de la Obra, sino sólo los accidentes o, como he leído en algún escrito, lo periférico: los coleguitas, el noc-turneo, las convivencias, el bullicio del centro de estudios, los cumples, los lugares que visitaba, el sentirme importante en las agendas y en las medias horas de oración de los directores…, accidentes que no me podían retener para siempre ni se iban a mantener cuando me enviasen con ciertas responsabilidades a un centro con menos gente, donde estaría obligado a sentar la cabeza. En concreto, imaginarme en centros de san Gabriel me bajaba la tensión; en cuanto a los centros de san Rafael, guardaba yo muy mal recuerdo de mi época de bachiller en mi centro de san Ra-fael: el director y mi charlista estaban más preocupados por formarme y exigirme que por ganarse mi afecto. Yo esperaba secretamente escapar de todo eso haciendo la labor en un país extranjero, para que mis hazañas circulasen luego de anécdota en anécdota, u ordenándome sacerdote, para no tener que ir en busca de la gente. Hasta me echaron los Reyes Magos un método de finlandés, que me desalentó a la primera página.

En el segundo año del centro de estudios, las charlas sobre la perseverancia aumen-taron. Supongo que, como yo, había otros que tenían dudas. Don Aristocréitor era especialmente machacón con ese tema. En una meditación o en varias que en mi memoria son una sola, nos habló de no sé qué numerario que se fugó de su centro para no entregar el coche que sus papás, con diabólicas intenciones, le acababan de regalar. Y esa misma tarde tuvo un accidente y murió en el coche que no había tenido la generosidad de entregar. A continuación nos ilustró, con ejemplos, acerca del poco gusto que tenían los ex para elegir mujeres, se conformaban con lo primero que pillaban con tal de remediar la sensualidad de la carne y luego la vida del matrimonio los desencantaba, porque era una vida también muy exigente y es que el que tiraba la toalla en la Obra no era por falta de vocación, sino por falta de virtudes o de espíritu

cristiano y arrastraba en el matrimonio los mismos defectos y vicios que lo empujaron a salir de la Obra. Luego despotricó contra esos cincuento-nes sudorosos que hacían deporte "para conservar su… bueno, no voy a decir para qué". El caso es que yo me quedé con las ganas de saber qué es lo que esperaban conservar con el deporte esos lamentables cincuentones. Si se refería a la potencia sexual, ¿qué hay de sucio y malo en intentar conservar ese don divino y morirte con las botas puestas? Y por último, nos previno contra una tentación diabólica que a mí sólo empezó a tentarme cuando él la expuso: podía ocurrir que uno, para escu-rrir el bulto de las miles de obligaciones de un numerario, lamentara no haber pita-do de supernumerario. "Que sepáis", nos aseguraba, "que la vida de un supernu-merario es mucho más difícil, pues no llegan a mesa puesta, tienen que bregar con los niños y la suegra y, sobre todo, tienen que vivir la castidad teniendo la tentación al lado en la cama." A mí ese último inconveniente se me antojaba una turgente ventaja: ¡Oh, por favor, yo quiero esa tentación! ¡Una mujer al lado con todas sus figuras geométricas y sus estratégicos lunares! Eso sí que era una tentación y no echarme más o menos mantequilla en la tostada. Oh Señor, ¿por qué tuviste que llamarme como numerario, si incluso el primer Papa dormía con su tentación al lado? ¿Cómo voy a vivir desde ahora en un pisito de solterones sin desfogar, donde la única hembra que entra es la ternera troceada o una gallina muerta y ni siquiera podré darme el gusto de verla sin plumas? Y entonces me daba por desbarrar: ¿Por qué se le metió a Cristo en la cabeza que lo íbamos a querer más si nos hacíamos eunucos? ¿No podríamos instituir en la Obra, conscientes de que Dios no pide peras al olmo, el Desfogue Breve Semanal para que sobreabundase así la perseverancia?

Bueno, pues con todas estas dudas, pero confusas por entonces en mi mente, charla-ba yo con don Aristocréitor de perseverancia. Don Aristocréitor me invitaba a hacerme la siguiente pregunta: "¿Cómo es posible que, rodeado como estoy de gente excelente en la vida de familia, no se me pegue al menos por ósmosis el espíritu de la Obra?" Su tesis era lógicamente que mis problemas de vocación no se debían a que yo no viviese bien el espíritu de la Obra, sino simplemente a que no vivía bien las virtudes cristianas, ni siquiera las humanas. Por eso, si me salía, me auguraba no sólo

un alejamiento de Dios, sino también una degradación de mi persona. No le discuto lo del alejamiento de Dios, pero en cuanto a que como hombre tampoco era yo válido del todo (no sé cómo expresarlo), caray, yo tenía veinte años. A esa edad, no todos tenemos la personalidad definida. Creo que me exigía demasiado. Algunos maduramos a fuerza de años y batacazos, no a fuerza de voluntad. Pero he de reconocer que entre don Aristocréitor y el director y el psi-quiatra numerario que me trató hicieron un diagnóstico justo de mi personalidad: en aquel tiempo yo estaba al vaivén de mis sentimientos, me abandonaba a la melan-colía y la ensoñación, era la indecisión y la duda y el desorden con patas, me costaba amoldarme a las situaciones y las personas, había en mí un eterno descontento hacia el mundo y mi persona y un enorme complejo de inferioridad. Quizá esa manera de ser mía era incompatible con las características que deberían ser propias de un numerario: orden, constancia, realismo, voluntad más que corazón, don de gentes… Tal vez, sin la Obra, a mi complejo de inferioridad no le habría dado por llamar la atención intentando ser patéticamente original, o tal vez sí, pero el caso es que el complejo de inferioridad lo he tenido desde niño y sólo la calvicie lo ha domesticado enseñándome a tener cierta dignidad. Pero como salí de la Obra queriendo olvidarla toda, lo bueno y lo malo de ella, me resultó cómodo achacarle a ella esa desastrosa manera mía de ser. Lo importante era no darles la razón y no tener yo la culpa de nada. Muchos años he tardado en darme cuenta de que yo era así porque así me parió mi madre y eso no es malo y ahora lamento no haberme aprovechado de aquel diagnóstico certero de mi personalidad y haber tenido durante tanto tiempo una imagen distorsionada de mi persona. Aunque ellos estudiaron mi personalidad a fin de amoldarla a la Obra y no al mundo al que yo quería pertenecer, dieron en el clavo. La única afirmación de don Aristocréitor con la que yo no estaba de acuerdo (y sigo sin estarlo) era que sólo la Obra podía sal-varme de mí mismo y que fuera de ella esos problemas acabarían destruyéndome.

Doy gracias, pues, a las buenas personas que me fui encontrando después en el camino y que acertaron también en el diagnóstico y se encargaron de que esa profecía no se cumpliera (al menos por ahora) ayudándome a mejorar sin pedirme a

cambio que me convirtiera en el digno instrumento de una alta causa, sino que simplemente fuera feliz. Además estas personas (y en ellas incluyo a algunos de la Obra) no ponían tanto empeño en cambiarme: yo era así y así me querían.

Realmente las afirmaciones de don Aristocréitor me marcaron; e intuyo que afirmaciones parecidas se las han dicho a muchos ex, porque es un tema común en los escritos afirmar que uno ha triunfado en lo profesional y en lo sentimental y que siguen siendo católicos. Es una manera de decirle a la Obra: ¿Veis cómo os equi-vocasteis? ¿Comprendéis ahora que me fui no por no vivir bien el espíritu de la Obra ni por ser mala persona sino porque el espíritu de la Obra está viciado o no estaba hecho para mí y que ahora que soy libre, soy una persona normal? Y me gustaría saber que a los ex no les asaltan dudas de perseverancia en su matrimonio en los mismos términos en que se las planteaban en la Obra, porque así le quitaría la razón a don Aristocréitor.

En fin, todo eso me lo decía don Aristocréitor porque, por entonces, yo había manifestado ya abiertamente dudas sobre mi vocación. Aún recuerdo la terrible noche, allí en el centro de estudios, en que decidí dedicarme definitivamente a la vida disoluta, justo el día en que coincidí en el tren con aquella anciana de la que hablé antes. Fue una noche larga e insomne… A mi confusa manera, yo percibía entonces que el nume que era yo no era normal. Tanto rezo, tanto charlismo, tanto consultismo, tanta ropa formalita comprada con alguien designado por el subdire, tanto empeñarme en que me daba la gana hacer cosas que realmente no me daba la gana hacer… me convertían en un bicho más raro de lo que ya era y que espantaba más que atraía a la gente. Ya ni siquiera me retenía allí lo mejor que tiene la Obra: las personas. La vida en familia comenzaba a asfixiarme; mis mejores amigos habían acabado ya el centro de estudios y yo me encontraba como pez fuera del agua. Las tertulias y los cumples eran algo muy guay, muy díver, pero yo tenía la cabeza en otras cosas más dulces y más oscuras. Me sentía, con un poco de fan-farronería por mi parte, como esos niños prepúberes que se encuentra contra su voluntad con niños menores que aún juegan a las guerras cuando lo que a él le gustaría era jugar a los médicos con sus hermanas. Ya me daba igual tirar por el ancho camino lleno de

placeres de los malditos ex, aunque me condujera al precipicio.

El subdirector de mi grupo me dijo que me confesara por mis dudas y un cura me vino a decir que nunca podría ir con la cabeza bien alta si abandonaba a Cristo en la cruz, o sea, si despitaba. Debo decir que ahora no soy la beatitud personificada, pero tampoco soy un desgraciadito; todo depende de donde ponga uno el listón de la felicidad. Donde no era feliz de ningún modo era en la Obra. En la Obra, que yo recuerde, conseguía como máximo la satisfacción del deber cumplido, cuando lo cumplía, pero la felicidad no nace de cumplir el deber, sino de hacer lo que uno quiere y le gusta.

Así que mi disyuntiva era: traicionar a Dios para ser feliz o ser fiel a Dios para ser infeliz como hasta ahora. Fue el director del colegio mayor, don Ángel, quien eliminó esa horrible disyuntiva. Él opinaba que yo era buena persona, sólo que simplemente no tenía vocación. Y nunca me auguró desgracias y sólo tuvo para mí palabras de aliento. Sus palabras me confortaron lo indecible: yo me podía ir por esos caminos de Dios sin traicionar a Dios ni a nadie. Supongo que el director esta-ba en la línea de Luis Usera, y don Aristocréitor en la línea de los reglamentistas, como dice Ñam Ñam en su estupenda clasificación de numerarios. <

Capítulo 9

De cómo el león se comió al camello

Y ha llegado el momento de contar dos anécdotas que, leyéndoos, he recordado y al recordarlas me han dado una bofetada. La primera se refiere a mi primer día de aspirante y la segunda a mis postrimerías de numerario expirante...

Creo que la primera vez que usé una pluma fue para escribir, a los catorce y medio justitos, la carta al Padre. Tres o cuatro veces me hicieron repetirla hasta que salió sin impropiedades ni tachones. Entonces me llevaron a dirección y el director y el que me había convencido de pitar me revelaron el primer secreto: "¿Sabes cómo se saludan los de casa?" Y yo, contento de saber algo, dije que sí. Con toda seguridad, tomé a uno de ellos para su desconcierto y lo estreché en mis brazos mientras le daba palmetazos viriles en la espalda, tal como había visto hacer a los agregados y numerarios recios y machotes cuando se reencontraban por esos caminos de Dios. Entonces ellos me explicaron lo del monosílabo.

No se me ocurre mejor imagen que esa para explicar que yo a esa edad no tenía ni pajolera idea de lo que me aguardaba ni a qué había dicho que sí. Si en los días siguientes me hubiesen hablado, en vez de lo del cilicio, de las dos horas de piedra en el zapato o de los cubitos de hielo en los calzoncillos o, desbarrando un poco más, de la Mamada semanal o de la Paja Colectiva de fiestas A, por poner un poner, pero que de eso ni mu a los papás, y me lo hubiesen justificado con cual-quier textillo o anécdota del fundador, también me lo habría creído a pie juntillas, sólo que quizá habría perseverado más tiempo. ¡Ay, la adolescencia, qué edad tan ingenua, tan pava y tan entusiasta!

La otra anécdota es más bien un sentimiento que me embargó en una charla o en una tertulia-homilía con uno de los grandes. Allí se dijo que el fundador prefería que la gente pitase adulta, porque a los adolescentes había que quitarles aún los mocos (esa

fue la expresión). Que el fundador considerase mi sí de adolescente como el de un mocoso me escoció vivo, y seguramente a más de la mitad de los numes que allí había, porque entre nosotros era muy alto el porcentaje de pitajes a los catorce y medio. El caso es que esas palabras me abrieron los ojos: era la primera vez en mi vida de nume, que caí en la cuenta de que, puesto que mi pitaje había sido realmente el de un mocoso, había sido, cuando menos, precipitado y ya me sentí menos culpable ante Dios de no querer seguir por ese camino.

Y aunque me daba gustillo que tipos diez años mayores que yo me tuvieran anotado de cabo a rabo en su pulcra agenda y me dijeran: "Tienes que solucionar este asunto del cabo y meditar este otro del rabo", porque todo eso daba al cabo y al rabo una importancia desmesurada que a uno le halagaba, hay que reconocer que de todo se cansa uno, sobre todo cuando uno ve que los problemas del cabo y los del rabo no se te solucionan, sino que se embrollan mutuamente en un nudo gordiano que no tienes más remedio que cortar a lo Alejandro Magno.

No poder disponer de mi tiempo, no poder hablar con espontaneidad con quien te apeteciera (porque menuda corrección fraterna te podía caer si hacías una confesión impropia), no poder hablar con las niñas, no poder ir a la playa, no poder oír música cuando encartara, no poder leer antes de ir a la cama, no poder trasnochar, no poder tener amistades particulares, no poder desatar de vez en cuando a la loca de la casa, en fin, no poder y para colmo ese no poder, tener que convertirlo en un querer que iba contra tus fibras más íntimas, todo eso me desgastaba. Es cierto que si yo hubiese estado encendido en amor de Dios, todas esas renuncias se habrían convertido en una afirmación gozosa, pero por más que intenté encenderme en ese amor, nunca lo conseguí: las molestias de tantas renuncias apagaban la llama.

Entonces, uno decide de pronto dejar de ser un camello aplastado por el peso de tantas obligaciones y se alza y ruge como un león, por utilizar las grandilocuentes imágenes de Nietzsche, y decide por fin ser libre. Bueno, en mi caso fue un cacho-rro el que lanzó el rugido. Por entonces fue sólo un rugido animal, pero ahora, con el

paso del tiempo, lo traduzco así: "Basta. Ahora voy a ser yo quien decida qué es lo que quiero hacer y qué es lo que debo hacer. No volveré a entregar a ninguna persona libremente mi libertad, sino en todo caso el corazón. Y se lo entregaré porque me da la gana, no porque crea que debo hacerlo. Y si esa persona, con mi corazón en su poder, empieza a pedirme también mi libertad y a exigirme que piense y vista y actúe así o asá, espero tener fuerzas como ahora para mandarla a tomar por saco, aunque se me parta el corazón". Y he tenido la suerte de topar con una persona a quien se lo he dado todo menos mi libertad. Todo antes que volver a sentirme un camello, un varón domesticado.

A veces me da por hacer futuribles (no os lo recomiendo: por lo visto no es sano) y me pregunto qué habría sido de mí a mis años si hubiese perseverado. Seguramente estaría siempre revolviéndome contra los directores para acabar al final agachando la cabeza, ellos hartos de mí y yo de ellos, y como yo no tendría valor para irme dando un portazo, estaría deseando que ellos me dieran la patada. En fin, me habría pasado toda la vida jugando al león acobardado y al camello cabreado (o si lo preferís, el borrico de noria con mala sombra). Menos mal que, en la realidad, el director del colegio mayor, del que tan buenos recuerdos guardo, advirtió mi falta de vocación o de idoneidad desde que el camello soltó algún rugido.

Cuando se te ha empujado para que conviertas tu deber en querer y tu cuerpo y tu ser se revuelven sanamente en contra y rompen con todo, bulle en ti un deseo de hacer lo que te salga de la punta, aunque vaya contra el susodicho deber. Ese es el efecto secundario de no darse jamás un gusto, que un buen día revientas. En un re-lato de Chesterton, aparece una triste mujer que sin rechistar llevaba años cuidando de un insoportable anciano; y el padre Brown comenta de ella que era el tipo de persona cumplidora que un buen día nos asusta a todos con un asesinato, como de hecho ocurre en el relato.

Cuando sales, tienes ganas de pecar, de desquitarte de tanto deber, de recuperar el tiempo perdido (al menos en mi caso) y sólo cuando, con el tiempo, dejan de darte la vara con el deber, empiezan tu querer y tu deber a reconciliarse, a negociar sin

pelearse: mira, tú haces esto que debes y luego te consiento echarte la siestecita que quieres. No es que el hombre sea egoísta: es que es un hombre, no un ángel.

La sensación que tengo es que la Obra, por desarrollar una comparación que me expuso Ñam Ñam, era una novia o esposa bellísima, pero que te exigía dedicación total a su persona, una novia que te puede pedir incluso que renuncies a tu trabajo y a tus gustos para estar más tiempo con ella, pero luego no te da un masajito, salvo que figure en el horario; necesita que estés siempre a su lado diciéndole constante-mente que la adoras y que ya no necesitas escapes, ni evasiones ni realizaciones profesionales, sino que con ella te basta; te dice que no a esa travesura sexual porque no está encaminada a la procreación; se pone celosa no ya si miras a otras gachís en la playa sino si pierdes el tiempo en cosas tan inútiles como, por ejemplo, componer un poema a un árbol; no se siente obligada a recompensarte, porque estás cumpliendo con tu deber hacia ella y sólo te premia con la felicidad que se supone que debes sentir por amarla tanto. Incluso, puede ocurrir que, si le dices que tu amor ha desaparecido pero que sigues unido a ella porque te obliga el deber que contrajiste en el altar, se conforma y te prefiere unido a ella por deber que libre siguiendo tu querer. Le parece mal que después del trabajo te desparrames en el sofá a tomarte una cerveza y eso por tres razones: porque la postura no es elegante, porque el dinero que te gastas en cerveza se podría dedicar a comprar ropas más dignas para tus hijos y porque el tiempo que pierdes tomándotela lo podrías dedicar a leer libros de psicología infantil con los que educar mejor a tus hijos. En fin, una mujer así te posee más que te ama, es una condena, un pedazo de losa que te prefie-re camello esclavo a león libre, para que sonrías cuanto más fardos te echa encima por darse el gusto de ver hasta qué punto la amas. Una mujer así espanta a cual-quiera, te hace dudar de tu amor constantemente, a no ser que seas un calzonazos o que realmente estés enamoradísimo de ella. Una mujer así te obliga a repetir hasta convencerte, "lo que digas, amor" o a pedir espantado el divorcio y escapar libre como un pájaro no ya para componer poemas a los árboles sino a los volúmenes de las gachís para ver si así te dejan catarlos, a beber cerveza como un cosaco y odiar los libros de psicología infantil, hasta que, al final, harto de cervezas (aunque no de los volúmenes, si te han

dejado catar alguno), topas con una mujer normal, que no sólo ve bien que te tomes una cerveza, sino que además te la sirve ella misma mientras te deja que cates lo que encarte. Después de eso, uno lee los libros de psicología infantil que sea necesario y no está buscando cualquier ocasión para escaparse de casa, porque a esta mujer uno le escribe los poemas de puro gusto y si no se los compone, ella no deja de quererte, porque sabe que un hombre no es una marioneta en sus manos, sino una criatura muy compleja y rica y variada e imprevisible y libre y precisamente por eso le gusta. Sólo entonces se reconcilian querer y deber, sólo cuando eres realmente libre.

Pero la libertad tiene eso: es arriesgada, es para los fuertes, no da certezas, puedes equivocarte. Y por eso hace falta valor para abrazarla. Y en ese mar de incertidumbres se mueve la gente de la tropa.

Yo he conocido individuos que creen que las personas han nacido sólo para cumplir deberes sin pedir nada a cambio. Lo demás les parece maldad y egoísmo. En esa línea, el punto 776 de Camino te aconseja preguntarte muchas veces a lo largo del día si estás haciendo lo que debes. ¿Desde cuándo es pecado hacer también lo que quieres sin ponerlo al servicio de algo superior?

No digo yo que la Obra sea como esa mujer que he descrito, sólo que yo la percibí así, aunque por entonces no sabía expresarlo. Sin embargo, también sé que hay gente a la que esa relación le gusta. Es gente de otra madera que la mía. Y no digo que los ex no seamos exigentes ni heroicos, sólo que es difícil ser héroe sin voca-ción. Seguramente seríamos o de hecho somos héroes en otras batallas, en otras circunstancias, pero la Obra no era nuestra batalla.

Si la Obra fuese un ejército de cruzados que libera prisioneros, el ardor guerrero me habría hecho quizá perseverar por muy estricta que fuese la disciplina militar, pero si en vez de guerrear estuviéramos todo el día acuartelados y acicalándonos los cascos y las grebas y diciéndole al otro "mira que quería comentarte que le quites la herrumbre a la espada" y arrojándonos cada mañana a un estanque helado y pidien-do permiso

al capitán hasta para mear, entonces sí que claudicaría, agobiado por tantas fruslerías. La dura vida militar sólo vale la pena en época de guerra, pero una disciplina tan dura para estar simplemente acuartelados, es un rollo macabeo inso-portable. Es lógico que algunos salgamos del campamento con ganas de violar monjas.

Y no sólo de eso, sino también de alejarte de Dios y de sus aledaños, de un Dios que te exigía tantos ratos exclusivos al día para Él, hablar de Él con urgencia a todo el mundo y en todo momento para rellenar una meditación en la que Él estaba per-sonalmente interesado, y negarte a tantas cosas buenas y normales por amor a Él, que en realidad no las necesita y que supuestamente las creó para nosotros. ¿Qué tipo de Padre es ese que te hizo hormonal y luego te quiere célibe? ¿Qué psicótico Dios es ese que se interesa tanto por mi pito? ¿Qué tipo de Dios es ese que sonríe si te cilicias, pero se entristece si disfrutas sin acordarte de Él? ¿Para qué demonios va a necesitar Dios renuncias y sacrificios voluntarios y reglados si luego la vida se encarga de que te sacrifiques y renuncies a mansalva por los demás? ¿El Dios del amor universal que yo leía en el Evangelio era el mismo que ese Dios puntilloso que me decía claramente a través de mi agobiante charlista: "Aficiónate al fútbol para ser un tipo más normal" o "No te persignes a la velocidad de la luz" o "Si no mejoras tu letra, jamás te pedirán los apuntes en la facultad"? ¿Hasta esos detalles se interesa Dios? Me habrían resultado más aceptables esas sugerencias viniendo de una persona interesada en mí que de un director interesado en usarme para atraer gente y a través del cual me hablaba el mismísimo Dios. <

Capítulo 10

Fin del rollo o canto de cisne

Cuanto aquí he contado no es la Obra, sino mi experiencia en la Obra, las cositas que ella y yo hicimos juntos. Y digo "cositas" porque ni estuve mucho tiempo en ella ni esas cositas son para rasgarse las vestiduras. Si esa experiencia fue negativa, no la achaco a la perversidad de nada ni de nadie. Allí sólo había buenas personas y ganas de ayudar a los demás. Yo realmente estuve en el Opus Dei, dentro de lo que mi adolescencia y mi juventud me permitían, porque me daba la gana. En cuanto quise irme, me dejaron ir sin crearme problemas de conciencia y las personas que yo más quería de la Obra no me dieron la espalda. Los problemas que tengo ahora son míos desde siempre. En cuanto a mi alejamiento de la religión, supongo que era un proceso natural en mí y el Opus Dei no hizo sino retrasarlo. Así que no culpo al Opus Dei de absolutamente nada. Con no estar en él me sobra...

Sigo respetando a la Obra porque dos de las personas que más amo en el mundo son de la Obra y son tan excelentes personas, que siempre me acabo diciendo que la impresión que yo saqué de la Obra es negativa por una incompatibilidad de caracteres, pero no por una perversidad de una Obra que permite a gente tan buena y feliz ser tan buena y feliz.

En fin, que yo salí por patas de la Obra, pero también habría huido de una cofradía o de una peña vecinal echando pestes. Eso es lo malo (o lo bueno) que tienen los grupos: que no se hacen al gusto de cada cual. Y eso es lo malo (o lo bueno) de los tipos independientes como yo: que no nos amoldamos a los grupos.

Creo que todo se reduce a eso.
Eso no quita que yo le vea fallos gordos al Opus Dei, pero también le veo sus virtudes también gordas. Y los primeros están unidos a las segundas. Me explico: el universo es una red intrincada, donde nada es blanco ni negro ni nada es independiente

de lo otro. Para que haya hermosos leones, los ciervos (incluso la cierva que vi en Cazorla) tienen que ser devorados. Cuando a los locos los lobotomizaban para quitarles la agresividad, les quitaban, sin querer, la creatividad. Todo tiene sus efectos secundarios. Una madre muy solícita puede tener el defecto de ser agobian-te o posesiva, y eso va indisolublemente unido a su carácter solícito. No se puede tener sólo lo bueno en la vida. Pues lo mismo pasa con la Obra: sus defectos van unidos a sus virtudes. Por ejemplo, el defecto de no poder tener amistades particu-lares conllevaba la virtud de que uno se esforzaba por tratar bien a todos; el defecto de creerse inmaculada le da a la Obra la virtud de ser más convincente; la virtud del buen hacer, de la elegancia y el refinamiento a veces puede llevar a algunos de sus miembros a ser tiquismiquis, vanidosos y señoritos. Para complicar más las cosas, lo que para unos son defectos para otros son virtudes.

Gracias a sus virtudes y a pesar de sus defectos, supongo que la Obra hace más bien que mal a la gente. Dios escribe recto con renglones torcidos. Por eso, porque las cosas no son ni blancas ni negras, podemos escribir de la Obra ríos de tinta y no sé si llegaremos a una conclusión clara. Menos mal que es así; si no, no existiría esta página que me tiene tan enganchado.

Hasta luego, amigos. ≤

APENDICES

Me salí por 'salido' y por poeta

E P I

28 de abril de 2004

<

Tengo treinta y pico años, solicité la admisión como numerario con catorce y medio y me salí con veinte. Después rehuí, por consejo de mi director (llamémoslo don Án-gel), todo contacto con los ex para evitar critiqueos y compadreos de resentidos. Desde entonces sólo algunos íntimos conocen mi pasado y si alguna vez he criticado a la Obra, luego me he sentido culpable, y siempre salgo en su defensa entre los legos en la materia, que siempre ven en ella la explicación de todas las confabulaciones. Tengo el vicio de llevar la contra, dentro y fuera de la Obra.

De pronto, hace unos días, encuentro citada esta página[1] en **Libertaddigital.com** y, contra mis principios, decido visitarla y quedo literalmente enganchado con vuestras confesiones, porque la Obra no se olvida. Y creo llegado el momento de desembu-char, no tanto para ayudar a nadie o para criticar, como para corresponder a vuestras historias con la mía y compartirla. Es para mí un placer contar algo que me he guar-dado durante tanto tiempo y que casi nadie, excepto vosotros, es capaz de entender del todo.

¿Cura, numerario o agregado?

A los trece años yo iba por un apeadero de agregados en Málaga. De mis siete herma-nos yo era considerado el bueno (un sambenito que yo me busqué). Yo creía

[1] Se refiere a: www.opuslibros.com

tener vocación de sacerdote. A mi madre le encantaba la idea y mi padre ya me veía de Papa, y yo, que adoro a mis padres, era feliz con su alegría. Pero en el centro me aconsejaron pedir la admisión y luego Dios diría, porque "lo que tú quieres es servir a Dios y no sabes bien cómo. Pregúntaselo a él en la oración". Como Dios no me respondía, yo me inventaba las respuestas que todos esperaban. Sin embargo, en Torreciudad un cura, como mis padres, se entusiasmó con mi supuesta vocación sacerdotal y mostró una disconformidad total con el consejo que me dieron en el centro. A mi tierna edad, me desconcertó aquel desacuerdo respecto a mi llamada divina. De todos modos agradezco a la Obra no ser cura. Hoy sería un cura bujarrón o con barragana.

Yo me confesaba semanalmente con un cura agregado muy simpático. Me habían dicho que en cuestiones de entrepierna todo era pecado mortal, vaya fastidio, y anda-ba yo preocupadísimo, y después de confesar los consabidos "he mentido, he desobe-decido a mis padres, me he peleado con mis hermanos", me hacía yo la picha un lío intentando explicar con un vocabulario infantil o zafio (el que entonces yo dominaba) mis ardores sexuales. El buen cura salía en mi auxilio proporcionándome el léxico adecuado y quizá vio que yo era un tontuelo muy escrupuloso, porque a la tercera vez en un día que me confesé con él en un curso de retiro, me dijo: "Te voy a dar la abso-lución general y a partir de ahora, aunque te acuerdes de pecados pasados, ya no tienes por qué confesarlos". Qué inmensa paz me proporcionó aquello.

Pero, ¡oh dolor!, poco duró la paz. En efecto, una vez acudió al centro un cura nume-rario, a quien yo admiraba de haberlo visto alguna vez en el colegio de fomento en el que para mi desgracia estuve dos años. Me preguntó si me había masturbado y yo respondí: "Nooo" con indignación y alivio de no haber cometido ese pecado que él consideraba tan grave. Y hete aquí que, picado por la curiosidad, a la semana siguien-te caí por vez primera en mi vida en el onanismo, una experiencia tan sumamente placentera que me dejó marcado para toda la vida.

Yo estaba horrorizado por la fealdad del pecado y porque en el momento del sumo placer se me escaparon varios "Oh Dios mío" que me parecieron blasfemos.

El caso es que, sintiéndome sucio pero sin entender muy bien por qué cómo una cosa tan gozosa era per se un pecado peor que el adulterio, me confesé muy compungido. Y, pese a alguna que otra recaída, el caso es que, ¡oh milagro!, conseguí vivir la santa pureza durante unos años. Y eso me abrió las puertas de la Obra.

Por entonces me pasaron a un centro donde iban bachilleres como yo, porque los directores (yo por entonces no me coscaba) pensaban que encajaría como numerario y no como agregado. Allí que fui y el ambiente me encantó. Todo y todos eran cálidos, nobles y buenos y se interesaban por mí. Qué os voy a contar. Total, pedí la admisión con catorce y medio.

<

Mi época de adscrito

Yo era un adscrito bastante cumplidor: cumplía las normas de piedad, era sincero, casto, iba a la oración y a la misa al centro, aunque el cura se nos durmió una vez en plena meditación. Pero los respetos humanos, como allí denominaban a la vergüenza de hacer apostolado, me traían por el camino de la amargura durante los dos años que estuve en un colegio de fomento, donde casi todos los alumnos eran antiopusinos.

Me extrañó sobremanera lo del cilicio y las disciplinas, pero la complicidad con los demás compensaba la extrañeza. Eso del saludo propio de los de Casa, el tener un sacerdote y un numerario que me oían, el ser un enamorado de Cristo, el rezar tres avemarías con los brazos en cruz, me hacían creer que yo era una especie de arcángel en medio del mundo.

Yo era de familia numerosa y humilde. Mi padre era comerciante y, aunque maneja-ba dinero, siempre andaba endeudado, y nosotros éramos austeros y sólo

pedíamos dinero para cosas del colegio. Pero en el centro me decían que un numerario no puede ser el nene bueno que nunca pide dinero. Así que comencé a pedir para excursiones, convivencias y retiros. Entonces llegó el momento de mi primer curso anual y mi padre no tenía dinero para pagármelo. Tanto me insistieron en el centro para que yo consiguiera ese dinero, que mi padre, según me confesó él después, amenazó a los numerarios con salirse de la Obra si yo me quedaba sin curso anual por falta de dine-ro. El caso es que hice el curso anual y me lo pasé en grande con las tertulias pirata y las amistades particulares que hice. Allí me obsesioné con ciertas charlas de sinceri-dad que nos impartieron. Por lo visto, el que no era sincero no perseveraba y eso se me grabó a fuego en las circunvalaciones durante mis seis años en la Obra. Nos dije-ron que había que contarlo todo, hasta lo más tonto, soltar todos los sapos. Pusieron como ejemplo a un numerario anónimo que confesó atormentado en la confidencia: "Cada noche, cuando me quito los calcetines, los huelo ¡y me gusta!". Estimulado por aquel ejemplo, yo le contaba a mi confidente de turno lo que yo creía que eran sapos y no eran sino memeces de escrupuloso que ahora me sonrojan: que si una vez me tiré un "peo" no sé dónde, que si el Padre me parecía un poco afeminado, que si toqué a mi prima no sé qué… En una de esas confidencias, me dijeron que yo era un soberbio. Y a mí no se me ocurrió otra cosa que saltar a la defensiva diciendo: "¿Soberbio yo?" Luego me enteré de que había un folleto de Mundo Cristiano titulado "¿Soberbia yo?" Y me tuve que tragar la soberbia.

El resto del verano lo pasé trabajando como un negro en el club juvenil Sargo que necesitaba reparaciones. ¡Qué tediosas tardes! Mientras los demás adscritos estaban con sus papás en la playa, yo dale que te dale a la lija y al pincel. Los niños de la calle les decían a los "numerosos" que me acompañaban: "Dejadlo en paz, lo tenéis escla-vizado". Ahora me da por pensar que acaso aquello fue mi manera de pagar el curso anual. Si me lo hubieran dicho, habría trabajado más a gusto. En todo caso, el curso anual lo acabé pagando a plazos.

Me pasé a un instituto público y aquello fue para mí como una bocanada de aire fres-co. Escapé del ambiente embrutecido y enrarecido del colegio de fomento, pero

ahora el nuevo peligro eran las niñas, no porque yo las buscara ni ellas me buscaran a mí, la verdad sea dicha, sino porque al ser una clase mixta y de letras puras donde ellas eran abrumadora mayoría, yo no podía evitar el trato con ellas y, siendo mi natural escru-puloso, me pasaba de rígido y adusto con tal de no faltar al trato con las "mozas", por usar el consabido aragonesismo. Total, que tuve que mentir e inventarme una enfer-medad terrible para que me declararan exento de las clases de Educación Física, donde nos ponían ¡oh pecado! a bailar en parejitas.

En el instituto yo era un bicho raro por mi manera de vestir, porque no daba besos a las niñas y a una le retiré con desabrimiento la mano de mi jersey, con el que estaba jugueteando. Los profesores se preocuparon por mí y me hicieron una encerrona en clase los alumnos y el tutor para sonsacarme a preguntas. Me negué en redondo, pero lo pasé fatal.

Así que en el instituto no me quedó más remedio que perder mis respetos humanos, porque hacía tiempo ya que un compañero, al verme una pegatina con un Totus tuus, declaró en público que yo era del Opus. Pero aparte de contradecir al profesor de filo-sofía que era progresista, ateo y homosexual, al que por cierto mi pureza le daba mor-bo, no hice mucho apostolado y tuve mi primera crisis vocacional. Esta crisis se debía sobre todo al hecho de que yo, acuciado por la necesidad de pagarme los cursos anua-les, decidí dar clases particulares y eso me robaba tiempo de estar en el centro. Me llamaron la atención. Y yo, como siempre hacía, cedí porque quería ser un buen numerario. Pero quedaba sin solución el problema de cómo demonios pagarme el siguiente curso anual.

Los demás adscritos eran de familias acomodadas. Como yo estaba muy sensibilizado con los asuntos económicos, me indigné cuando el que me llevaba la charla me desa-consejó traer al centro a cierto amigo mío porque era de condición humilde y los numerarios debían tener solvencia económica. Se lo comenté al cura, que se indignó más que yo todavía, y creo recordar que me ordenó hacerle una corrección fraterna.

Cuando me explicaron lo de la visita a los pobres, me decepcionó el hecho de que no tratábamos de resolver un problema social, sino de conmover el alma del amigo con el espectáculo de la pobreza. Aparte de que yo nunca supe cómo aprovechar esa po-breza para convencer a mi amigo de que se confesara, mis visitas a los pobres fueron casi siempre desastrosas. Una vez, las ancianas de un asilo se pelearon entre sí y con nosotros porque no traíamos suficientes caramelos para todas.

En fin, hice la oblación (con algunas dudas, creo recordar) y entonces me enteré con estupor que hasta ese momento sólo había sido aspirante.

De mi etapa de adscrito recuerdo con agrado excursiones, cursos anuales y todo lo pirata e ilegal, y con disgusto recuerdo las veces que tuve que ir a hablar con chicos desconocidos porque el director me lo mandaba. Eso era horrible, iba contra mi talante discreto, pero entonces yo creía que se debía a complejos de mal cristiano.

En realidad, yo no encajaba bien con el tipo de personas de mi centro. Me molestaba que dijeran palabrotas y contaran chistes verdes que ahora me parecen mojigatos pero que entonces me escandalizaban. Poco después llegó una carta del padre pidiéndonos sobriedad en la bebida, pudor en el vocabulario y no sé si también en los chistes. Un día me quedé estupefacto cuando en la tertulia dos numerarios altos y fuertes decidie-ron jugar a un juego, no sé si improvisado o de cierta tradición en el centro, llamado la torta estoica. Consistía en que se ponían uno frente al otro de pie, y uno le daba un guantazo en la cara y el otro respondía. Perdía quien perdía la compostura. Los de-más se tronchaban de risa. A mí aquello me pareció sencillamente brutal, más propio de la mili que de una familia. Ya me dio por pensar que en la Obra los numerarios tenían esa necesidad de demostrar que no por castos y rezadores eran menos hom-bres. Por ejemplo nos encantaba a todos contar la anécdota del soldado numerario del que todos se reían por considerarlo beato y porque no hojeaba las revistas pornográfi-cas, y él, ni corto ni perezoso, una mañana les quitó las toallas y los jabones a todos los soldados para lavarse los

huevos en el río. Eso sí que era un hombre. No porque no los usara dejaba de tenerlos bien puestos.

En fin, pasé una adolescencia un poco tristona en aquel centro. Hice gran amistad (particular al cien por cien) con un numerario de mi edad a quien, no sé por qué, enviaron a vivir al centro de mayores a pesar de ser sólo un bachiller. Y ese mismo año se salió de la Obra y eso fue para mí un trauma. También algunos otros desaparecieron. Yo, contagiado por el hermetismo con que esos temas se trataban, tenía miedo de preguntar. Me entristeció darme cuenta con el tiempo de que este amigo mío me había escrito varias cartas que nunca me llegaron porque, supongo, se las quedó el director. ¡Si al menos me lo hubieran dicho, quizá lo habría entendido!

Uno de mis hermanos, que a la primera de cambio había salido huyendo de los nume-rarios que lo visitaban, se metía conmigo diciéndome que desde que entré en la Obra yo estaba envarado, me comportaba artificialmente, adoptaba frases pijas, saludaba como si fuera un ejecutivo. En fin, yo me enfadaba con él, pero tenía toda la razón.

Dos años atrás, mi padre me había regalado un libro de poesía porque decía que yo sería poeta y desde entonces me picó el gusanillo de la poesía. Como andaba yo ape-gado a aquella pertenencia mía, consideré que debía entregarla, con la esperanza de que puesto que estaba dedicado a mí, me devolverían el libro. No me lo devolvieron y desde entonces estoy apegado a ese objeto perdido. Creo que me porté mal con mi padre al entregarlo.

Al acabar el COU, me dijeron que iba a hacer el Centro de Estudios en un colegio mayor de Sevilla, lo que causó conmoción en mi casa… de mis padres (recuerdo que cuando uno decía "mi casa" refiriéndose a la de su familia de sangre, en seguida uno se corregía y decía "de mis padres"). Pero como mis padres y mi hermana eran de la Obra y un hermano mío estaba a punto de serlo, no pusieron objeción. <

El Centro de Estudios

En el Centro de Estudios me lo pasé mejor, sobre todo con mis amistades particulares que más de una vez otros me corrigieron fraternalmente. Especialmente hice migas con poetas, filósofos y filólogos. Había un numerario, tan raro como buena persona, a quien llamábamos Pedepito (qué crueles éramos con él), porque tenía voz de pito y porque militaba en el entonces PDP, Partido Democristiano Popular, al que me afilié a través de él. Un día recuerdo que le hicieron creer que había una tradición en el Colegio Mayor que era el entierro fúnebre o algo así, y que uno tenía que hacerse el muerto mientras los demás lo llevaban en volandas con aire fúnebre. Como era tan entregado, se hizo el muerto teatralmente y sólo reaccionó cuando advirtió que lo iban a tirar a la piscina. Y, en efecto, lo tiraron (por cierto, a mí también me tiraron una vez, medio en broma, medio en serio, por defender una tesis de Occam frente a santo Tomás). A mí aquello me pareció una brutalidad, pero el director, a quien llamábamos a escondidas el Hermosote por lo rubicundo y robusto que era, parecía condescender con tanto joven fogoso.

Pedepito era un tipo raro, pero encantador. El otro día me envió recuerdos a través de mi hermana, a quien conoció en un curso en la Universidad de Navarra.

En un cumpleaños Pedepito quiso hacer un número leyendo el canto XXII de la Ilíada, el episodio en que muere Héctor. La oposición fue tan masiva (y yo participé en ella), que el pobre desistió en el intento.

Debo decir que en esa época estaba yo más ilusionado que nunca con mi vocación, cuando hete aquí que comenzaron los verdaderos problemas.
<

La pureza

Ya me lo advirtió un cura en mi época de adscrito: “Puede ser que la pureza te cueste trabajo vivirla dentro de unos años”. No me lo tomé en serio, porque consideraba que mis caídas eran agua pasada, cosas de la adolescencia. Pero, oh dioses, cuán errado estaba yo. Mi primera noche en el colegio mayor, cuando más

numerario me sentía yo, desperté de madrugada en mi cama, manubrio en mano durante el orgasmo (per-donad que sea tan explícito, pero es necesario explicar el cómo para entender luego las reacciones de los directores). Al despertar por la mañana, me aferré a la esperanza de que todo hubiera sido un sueño, pero las manchas en la pared me delataban. Afor-tunadamente mis dos compañeros de habitación no parecían haberse dado cuenta. Fueron unos minutos horribles. ¿Yo había consentido? ¿Tenía la voluntad adormeci-da por el sueño o lo bastante fuerte como para haberme negado? ¿Fue una simple po-lución nocturna con un involuntario acompañamiento de manos sin más trascenden-cia o yo tenía parte de culpa por no haber guardado vista, pensamientos y deseos durante el día para que al final ocurriera "eso"? (y lo entrecomillo como hace el fun-dador en Camino). La dificultad en mis disquisiciones era averiguar hasta qué punto había habido consentimiento. Materia grave, desde luego, pero ¿y consentimiento?

Afortunadamente, siempre había un cura confesando antes de misa y allá que fui yo a confesarme con la cabeza (por no decir otra cosa) hecha un lío.

Pero cuál fue mi sorpresa cuando "eso", lejos de ser algo episódico, se convirtió en una costumbre nocturna involuntaria pero consciente, es decir, yo despertaba vagamente al final de las manipulaciones, con los espasmos, y en ese momento el placer era tanto que me era imposible detenerme. ¿Imposible? Ahí estaba el quid de la cues-tión que los directores me pedían examinar con rectitud de intención.

Perdonad que me extienda sobre algo tan íntimo y escabroso, pero es que mi relación con la Obra estuvo tan mediatizada por mi entrepierna que sin referirme a ella traicio-naría la verdad y, por otra parte, creo que en los testimonios que he leído en este sitio he echado en falta gente a la que le haya pasado algo parecido a mí. De hecho, en el centro de estudios yo llegué a pensar que yo era el único con problemas de pureza, porque muchas mañanas era el único que se confesaba antes de la misa. A veces incluso tuve que ir en busca del cura a la vista de todos, lo que equivalía a decir: "Hermanos, me he…". Pues eso.

Yo era además, como ya he dicho, de natural escrupuloso, quería estar limpio como una patena; y cada vez que me pasaba eso por la noche, me confesaba por si acaso. Pero cuando eso comenzó a suceder cada vez más a menudo y a convertirse en costumbre, dejé de confesarme tan a menudo, puesto que, quizá por higiene mental, comencé a considerar que no había habido verdadero consentimiento, y los directores comenzaron a ponerse serios. Que si yo no luchaba del todo, que si no había dejado entrar realmente a Dios en mi corazón, que Dios no permitiría que me pasara "eso" si yo hubiera puesto toda la carne en el asador… Y yo le pedía a Dios y a la Virgen la pureza cada día.

El segundo año de centro de estudios me pasaron a una habitación individual, supon-go que para que nadie me sorprendiera en ese trance. Me enviaron incluso a Delega-ción y allí uno me cantó las cuarenta: tenía que solucionar de una vez mis problemas de pureza.

Durante el día yo guardaba la vista, el pensamiento e incluso leía libros sobre la santa pureza para convencerme de su excelencia, aunque, la verdad sea dicha, yo nunca en-tendí por qué Dios ponía tanto empeño en una virtud que costaba tanto vivir y cuya infracción no sólo producía un notable placer sino que además a nadie dañaba. Co-mencé a lamentar no haber nacido en África y ser un negro bueno y pagano para quien todo lo carnal es inocente.

Mis problemas nocturnos no sólo se hicieron más frecuentes sino que empezaron a extender su influencia sobre el día. En cierta ocasión caí en pleno día voluntariamente y cuando me confesé con el cura, un curita muy simpático, se escandalizó tan visible-mente, que me confirmó en mi teoría de que no debía ser aquello muy habitual allí. El colmo fué cuando le confesé al director del Colegio Mayor, don Ángel, el Hermosote, que lo hice en la terraza una vez de noche. ¡Te podían haber visto!, dijo escandaliza-do. Eso, junto con mi confesión de que alguna vez me había bañado desnudo en la piscina, lo preocuparon bastante, pero su trato conmigo se hizo más cariñoso. Don Ángel es una persona de la que guardo un

recuerdo entrañable y que, a través de un numerario con quien mantengo cierta amistad, no sólo me envía saludos, sino que quiere volver a verme.

En fin, que ahora que lo pienso, si yo tenía que rendir mi propio criterio, dar cuenta de cuanto hacía y pensaba, renunciar a miles de cosas legítimas para cualquiera pero que en la Obra no se podían hacer; si para colmo la explosión de hormonas era espe-cialmente virulenta, entonces todos mis instintos reprimidos, toda la carne mortifica-da (porque yo me mortificaba y me ciliciaba y me disciplinaba bastante) clamaba por sus fueros perdidos y se rebelaba de noche, cuando el espíritu dormía. Dios mío, ahora que lo pienso, ¿valía la pena sufrir tanto por una fisiología ajena a la moral, dictada por la biología, en vez de aplicarme a cosas más importantes para mí mismo y para los demás? En el fondo, ahora, como entonces, sigo sin entender el valor que la Iglesia católica concede a la castidad y nunca entendí por qué decía el fundador que entre los impuros se encontraban los falsarios, cruéles, traidores…, como aseguraba un punto de meditación de Camino, en el apartado de pureza que casi me sabía de memoria.

Además contra el famoso argumento que me daban a favor del celibato y la pureza según el cual el sexo no es una función indispensable para el individuo, como prueba el hecho de que no nos morimos de no mojar, a mí se me ocurría pensar que no nos morimos de no mojar precisamente para que podamos mojar en cualquier momento.

Para colmo de males, ya en mi época de adscrito me había ocurrido sentir alguna excitación sexual con varones y andaba yo muy preocupado. El que me llevaba la charla se preocupó, pero el cura, gracias a Dios, no le dio la mayor importancia. Me dijo que lo mantuviera al tanto pero que eso era normal a mi edad y que cuando me ocurriera me dijera: "Jesús, no seas maricón". No sé si aquello era muy pedagógico, pero el caso es que daba resultado cuando por un inopinado roce o por cualquier causa yo me excitaba con la cercanía física de alguien. El caso es que no creo que yo fuese homosexual. Yo simplemente era sexual y mi sexo aprovechaba cualquier ocasión para dispararse. Ahora estoy felizmente casado, pero si no hubiese convivido

seis años sólo entre varones, ¿sentiría ese vago apetito sexual que siento a veces por los hombres?

En una de las revisiones médicas que nos hacían a los numerarios, el médico, numerario también, me preguntó si los tenía bien puestos. Confesé que tenía un varicocele en un testículo y él me recomendó operarme aprovechando mi seguro escolar. Me asustó la posibilidad de perder la integridad de mis atributos y no poder ser ya cura de la Obra e irme a un país extranjero, pero el caso es que me operaron y los sigo tenien-do en su sitio, vivitos y coleando. En el colegio mayor bromeaban preguntando si me habían puesto escayola o no.

Mi primera noche de convalecencia en el hospital la pasé solo. Y entró un murciélago en la habitación y yo, sin poder moverme, lo pasé fatal. Pero peor lo pasé cuando venían los del colegio mayor a hacerme compañía, porque el médico me hacía estar desnudo bajo la sábana y, no sé por qué, yo tenía muchas erecciones. Así que que no descansé hasta que me dieron un pijama.

Ese médico (nunca le estaré lo bastante agradecido por ello) me quitó el frenillo sin mi permiso. Menos mal que no me pidió el permiso. Mis hermanos vinieron a verme y se felicitaron por ello. Lo vieron como una premonición. Cuento esto porque tuvo sus consecuencias. Resulta que una mañana amanecí, perdón por la crudeza, con el bála-no estrangulado por el prepucio. Se ve que las manipulaciones nocturnas y la ausencia de frenillo, junto con una erección persistente, lo complicaron todo. El caso es que pasé momentos horribles. Probé a arreglar aquello, pero era imposible. Me aterraba pensar que tenía que pedir ayuda ¡allí en el colegio mayor! o andar encorvado hasta urgencias. Al fin, después de grandes esfuerzos y oraciones, conseguí reencapullarlo todo. Y mi honor no quedó en entredicho.

En definitiva, tanta represión y mortificación voluntaria y diurna estallaba en polucio-nes nocturnas medio manuales y medio voluntarias que constituían mi principal com-pensación.

Y ha llegado el momento de hablar de las compensaciones. ≤

Las compensaciones

En una charla nos previnieron contra las compensaciones, esos pequeños gustos parti-culares, lícitos y egoístas, con que uno intentaba cobrarse de alguna manera la excesi-va entrega que la Obra exigía. Yo descubrí que era un adicto a las compensaciones: todo lo que no era pecado ni estaba expresamente prohibido lo hacía yo como un cosaco. Por ejemplo, echarme a fumar porque estaba permitido (¡yo, que había sido de la liga antitabaco y ahora fumo como un carretero!); tumbarse a la bartola junto a la piscina con aire de odalisca peluda; leer libros que el director no me prohibía tajan-temente, pero que no me acababa de recomendar; tomar café y copas, yo que sólo bebía leche; etc. (por cierto, creo que hubo varios que, como yo, por compensación, se echaron a fumar). Pero la mayor compensación consistía en ser un poco rebelde, estar siempre al borde de lo opinable: lo más a la izquierda que se podía estar en la obra, lo más liberal y moderno que se me permitía… Ni que decir tiene que muchas de mis opiniones de entonces eran de un progresismo, del que ahora, derechoso como soy, abomino. Así que me recuerdo criticando los colegios de fomento, la inquisición, la dictadura franquista, alabando la belleza física griega (yo estudiaba filología clásica) y siendo en fin ligeramente rebelde al tomismo.

Yo siempre me duchaba con agua fría, tronase o nevase, pero cuando me di cuenta de que allí había calentador y que todo el mundo se duchaba con agua caliente, adopté la costumbre de ducharme con agua caliente y al final o al principio, no recuerdo bien, dejaba caer un chorro de agua fría. Pues bien, una de mis compensaciones consistía en buscar cualquier modo de no perderme mi ducha de agua caliente. Por razones que desconozco, a veces no funcionaba el calentador, salvo en el baño particular de un cura. Yo estaba tan cabreado porque no había agua caliente, que tuve la desfachatez de casi exigirle bañarme en su bañera. El cura accedió con mala cara y yo, tan tran-quilo, no dudé en hacerlo. Ahora sería incapaz de eso.

Como yo andaba bastante enojado porque no me habían elegido para el coro del cole-gio mayor, lo compensaba cantando en todos los cumpleaños canciones con letras inventadas que alguna vez me censuraron.

Para compensar las compensaciones, empecé a mortificarme más: que si menos azúcar en el café, que si menos vino en la comida, que si en vez de naranja manzana, quejarme menos cuando me enviaban a la Delegación a hacer de portero los días de fiesta… Y es curioso. La inercia de las mortificaciones me dura todavía, sólo que aho-ra las hago sólo por los demás.
<

Mi atuendo

Nunca he tenido la virtud, tan necesaria en un pobre, de compensar la pobreza con el buen gusto. Desde que pedí la admisión, pocas veces me compré ropa y cuando la compré, fue con otro numerario que elegía para mí ropas de seminarista. Para colmo, mi rebeldía, por eso de las compensaciones, se esforzaba por vestir también de modo rebelde. Eso produjo en mi aspecto exterior unos efectos desastrosos. ¡El ridículo que debí hacer, Dios mío! ¿Que no se podía ir sin calcetines? Yo me ponía unos calcetines rojos de ejecutivo. ¿Que no se podía ir en vaqueros? Yo me ponía un pantalón oscuro de tela con un jersey oscuro y unos zapatos blancos. Parecía un cura con zapatillas. Para colmo, parte de mi ropa provenía de Recuperación, donde sólo estaba lo peor, porque el dinero que me enviaba mi familia apenas alcanzaba para pagar el Centro de Estudios. Así que me recuerdo de esa guisa y me muero de vergüenza. Por supuesto, en esto como en casi todo, no culpo a la Obra. Sólo yo era el responsable de tal desa-guisado indumentario, pero yo habría agradecido que, en vez de contentarse porque yo cumplía el criterio de ponerme calcetines, me hubiesen asesorado sobre el arte de la elegancia. Ese es quizá uno de los puntos flacos de la Obra: que son más importan-tes los criterios que los resultados que estos tengan en la vida del individuo. Así que no me hacían correcciones fraternas porque no vestía vaqueros; pero mi aspecto era deplorable.

Además yo tenía una mata de pelo al estilo afro que me aumentaba la cabeza el doble de tamaño. ¿Cómo es que nadie me aconsejó que me pelara? Sólo una vez mi madre que vino de visita me lo dijo. A veces pienso que no me corregían más acerca de mi aspecto exterior porque creían que yo me iba a revolver. Y quizá tenían razón<

Correcciones fraternas

¡El trabajito que me costaba hacer correcciones fraternas! Cuando se me ocurría hacer una, no encontraba al director para consultársela; cuando daba con él, no encontraba al corrigendo; cuando lo encontraba, me faltaba valor para decírselo; cuando reunía el valor, no lo encontraba; cuando por fin reunía el valor y lo encontraba, ya había pasa-do demasiado tiempo y me parecía que ya no era el momento y que antes había que volver a consultarlo con el director. Total, que aunque hice correcciones, yo era un desastre organizativo.

Eso sí, casi todos lo pasaban auténticamente mal al corregirme y eso me conmovía. Yo me esforzaba por ponérselo fácil; asentía con la cabeza, les daba la razón en todo por mucho que me humillase y luego daba las gracias encarecidamente.

Me hicieron varias correcciones fraternas debido a un bañador muy viejo de color amarillo que yo tenía. Como soy de tez morena y el bañador estaba ya muy viejo, parecía de lejos que yo estaba en bolas y que el color claro del bañador era mi culo sin broncear. A la tercera corrección fraterna, hecha por la misma persona, tuve que tirar el bañador (no lo había hecho antes por despiste y porque no tenía dinero, no porque yo estuviera "en mal plan", como allí se decía). Pasé, pues, por Recuperación para encontrar otro más feo, pero más decente.

En otra ocasión el que me llevaba la charla (que por cierto me perseguía con mi lista de amigos en su agenda) me regañó por ir una mañana de mi habitación al baño con el torso desnudo.

Varias correcciones me hicieron referentes a las amistades particulares, a las que yo sin querer era muy aficionado. Yo sentía siempre inclinación por los compañeros filólogos, filósofos y poetas. Por ilustrar mi involuntaria tendencia a las amistades particulares, contaré que pedí permiso a don Ángel para formar en el comedor una mesa para aquellos que queríamos practicar un idioma: un día era la mesa de francés, otro la de inglés, otra de italiano e incluso hice algunas en latín. Alguien debió quejar-se de que aquello favorecía las amistades particulares, porque un buen día el director me prohibió que siguiera organizando esas mesas.

Por cierto, las dos correcciones más curiosas que me hicieron (y creo que de algo me sirvieron) fueron: "He observado que haces gestos desconcertantes y nerviosos que te convierten en un tipo raro" y "He observado que haces preguntas raras y a destiempo, del tipo: ¿A ti qué te gusta más: China o Japón?"

Una de las maneras que por entonces tenía yo de convencerme de que la Obra era lo mejor del mundo, era ser más vehemente que nadie en afirmaciones que no tenían por qué ser propias de alguien de la Obra. Por ejemplo, me recuerdo criticando absurda-mente lo feos y vulgares que eran los pantalones vaqueros (frito que estaba yo por tener unos y ahora ni los uso) y lo egoístas que eran las familias con uno o dos hijos tan sólo. Esto último me valió la corrección fraterna de un buen chico, que sólo tenía un hermano, pero que ya me había oído ese comentario varias veces, un comentario que faltaba claramente a la caridad. Es una de las correcciones fraternas que más he agradecido en mi vida.
<

Apostolado

Aunque perdí mis respetos humanos y me llené de santa desvergüenza (qué remedio), fui un mal apóstol y peor proselitista. Yo estudiaba en una facultad toda llena de niñas y los pocos varones heterosexuales eran comunistas y ateos. Creo que en mi lista de amigos había varios homosexuales que por entonces yo no sabía que lo eran. Algunos, oh paradoja, estuvieron incluso en la lista de san José.

A mí esto de hablar de Dios a los amigos me costaba horrores, pero lo hacía. Y claro, me rehuían o no eran mis amigos del todo. Y los que llegaron a ser mis amigos lo fue-ron a pesar de mi relación mediatizada (y no gracias a) por la Obra.

Me traje a algunos extranjeros al Centro (yo de hecho era el encargado de extranje-ros). Uno de aquellos extranjeros le preguntó con total ingenuidad y su acento nortea-mericano al curita simpático del que hablé antes, "¿Por qué los curas no hacen amor?" y a mí me preguntó dónde podía ir a una playa nudista. Y yo, supongo que por envi-dia de no poder ir a la playa, le dije que eso era una inmoralidad.

En mi afán por quitarme mis respetos humanos, me presenté como candidato al con-sejo escolar de la facultad en una época de revolución asamblearia. En una macroa-samblea nos acusaron a otro numerario (con el que me sigo carteando) y a mí de re-presentar al Opus y no a los alumnos. ¡La que se armó! La gente nos abucheó, pero una numeraria que estaba en nuestra clase salió en nuestra defensa. La miré sonríen-dole y ella me correspondió y aquella sonrisa aún me aletea en el corazón, porque las numerarias, las auxiliares y las no auxiliares, me dejaban boquiabierto, eran para mí el colmo de la pureza, la bondad, la belleza y la elegancia y aún hoy, cuando las veo, me siento sucio e impuro a su lado.

Una vez me mandaron a Jerez a intentar convencer a un amigo de que pidiera la ad-misión. Me hospedé en su casa. Al regreso, una anciana entabló conversación conmi-go y yo le di una estampa de nuestro Padre, que ella me agradeció un poco extrañada. Luego se sinceró conmigo y, contra la imagen maternal y venerable que yo tenía de las ancianitas, me estuvo relatando su vida, sus problemas con el juego y la bebida y los detalles de sus aventuras amorosas nada edificantes. Me dio incluso consejos para ligar bien. Aquella conversación casual, ahora me doy cuenta, me marcó más de lo que yo pensaba. Yo estaba dispuesto a entregar mi reino por un revolcón. Y las muje-res, a las que de adolescente renuncié muy a la ligera, comenzaban a llenarme la cabe-za. Creo que fue esa noche cuando sentí la

necesidad de huir de la Obra. Mal anda-ban las cosas si después de hablarle a un amigo mío para que pidiera la admisión, yo pensaba en huir.

Como soy tímido, a veces por ser apóstol adoptaba un tono agresivo en mis tentativas que yo confundía con santa desvergüenza. Una vez recriminé a un vendedor por ven-der preservativos. El numerario que me acompañaba, un buen chico y mucho más sensato, no me secundó. En fin, ahora yo compro preservativos y me avergüenzo de haber sido el tontaina fanático que fui y el otro día me enfadé con un farmacéutico que me vendió los preservativos con mala cara, como si yo fuera un guarro.

Pero no culpo de esto tanto a la Obra como a mí mismo, porque no todos hicieron las mismas tonterías que yo, supongo.
<

Pobreza y orden

Se podría pensar que, como soy de familia humilde, esa virtud la podía vivir bien, acostumbrado como estaba a la austeridad. Pues no, porque resulta que en la Obra la pobreza se vivía de una manera que no iba conmigo, es decir, la pobreza no consistía tanto en no tener, sino en usar y dar cuenta de lo que se usaba y gastaba. Era una pobreza ordenada. Así que yo tenía que dar cuenta de mi exiguo peculio en mi cuenta de gastos. Total, que si bonobús, que si el ducados (porque el rubio no me estaba per-mitido fumarlo, a no ser que un cura gentilmente me lo ofreciese) y pare usted de contar: pues ni esos gastos llevaba yo regularmente. Entregar, no sé si semanal o mensualmente, la birria de mi hoja de gastos a mi director era para mí una vergüenza.

Por otra parte, yo era muy descuidado con mis zapatos y con las dobleces de mis pan-talones y con todas esas cosas que me decían y que son muy oportunas.

En la Obra el orden era también una virtud. Esto me hace pensar que se decide si una persona tiene o no vocación por ciertas virtudes (ser laborioso y ordenado) más que por una llamada divina personal. Me desasosegaba aquella afirmación del fundador: "Viendo el armario de un hijo mío, sé el estado de su alma". Yo, cada vez que abría mi armario, me decía: "Tendrás que ordenarlo. Si lo viera el padre, ¿qué diría de tu alma? " ¡Cómo se podían tener tan pocas cosas en un armario y ser tan desordenado! <

La poesía

Mi afición a la poesía la heredé de mi padre, pero fue un cura numerario, don Simón, a quien recuerdo con cariño, el que librándome una tarde del marasmo de un curso de retiro en mi época de adscrito, me llevó a su despacho y comenzó a leerme, al decirle yo que me gustaba la poesía, poemas de Antonio Machado. Declamaba tan bien y me gustaba tanto oírle que decidí que cosas como esa las tenía que escribir yo. Nunca le estaré lo bastante agradecido a aquel buen sacerdote, que, según me cuentan, ahora está enfermo.

En el centro de estudios empecé con mis pinitos literarios y debo decir que cuanto escribía era todo malo y pretencioso, pero para mí tenía el valor de lo original, de lo no llevado a la oración, de lo mío auténtico y propio. Mi trabajo me costó averiguar que otros en el centro de estudios también escribían. No sé, supongo que eso se toma-ba como mariconada o debilidad. El caso es que en algún cumpleaños leí mis poemas y todos me oían pacientemente. Pobres chicos. El director, don Ángel, también escri-bía, y bastante bien por cierto. Una vez me animé a enviar mis poemas a un poeta agregado famoso en la ciudad y me los tiró por tierra. Fue muy duro conmigo e hirió mi orgullo, pero la verdad, creo que tenía razón. Sólo que podía haberme dado más ánimos.

Un tópico entre los que me llevaban la charla era decirme que yo era muy sensible. A mí aquello me dejaba estupefacto, sobre todo que uno tras otro coincidieran en lo mismo. Algunos añadían el adjetivo "sensual". Eso significaba que tenía que tener especial cuidado en guardar la imaginación, incluso aun cuando imaginara cosas

lícitas y no pecaminosas, porque quizá mis problemas de pureza eran una consecuencia natural de mi imaginación poética y desbordada. Lo mejor era que dejara de escribir durante un tiempo.

Yo estaba componiendo por entonces unas deplorables coplas a una danzarina que simbolizaba el espíritu de Tartesos (una gilipollez), pero andaba yo muy contento con mis rimas e imágenes. Así que el consejo de dejar de escribir fue un jarro de agua fría. ¡Para una cosa que me gustaba y podía hacer! Si me costaba trabajo renunciar a una lectura cuando me la desaconsejaban o que me impidieran quedarme tras la tertulia de la noche leyendo un sábado por la noche, ¡cuánto más me costó cerrar el grifo de mi poetorrea, que no era pecaminosa sino sólo mediocre y mía! Eso en el fondo me hizo sentirme más prisionero que antes.

Recuerdo un verano en que nos habían pedido que entregásemos una hoja con nues-tro horario de verano. Yo contentísimo me hice un horario donde figuraban clases de guitarra (pues en el Colegio Mayor había un guitarrista que me había entusiasmado con la idea), repaso de mi inglés, de mi francés, de mi italiano, mis traducciones de latín y griego, mis libros y mis poesías. Me dijo el que me llevaba la charla que dónde estaba el apostolado en ese horario. Creo recordar que le dije que yo quería matricu-larme el curso próximo en guitarra y seguir con mis estudios de idiomas, cuando he aquí que el director me dijo que era mejor para la obra aprender mecanografía y sacarme el carné de conducir, porque eso me hacía más disponible para la obra. Yo lo encajé mal y renuncié a la guitarra y a mis estudios de idiomas, pero no en lo de la mecanografía. En cuanto a lo del carné de conducir, yo no tenía dinero para sacarme-lo. Y aún hoy no sé conducir.

No sé si fue antes o después de eso cuando me llevaron a un psiquiatra de la Obra, con el que preferí hablar a solas, sin la presencia del que me llevaba la charla. La justificación para que fuera fue, cómo no: "Eres muy sensible". El psiquiatra era un numerario muy serio que no me trató excesivamente bien (supongo que le reventaba tener que hacer en su trabajo externo trabajos internos para la Obra), pero

que, en fin, me dio algunos consejos que no seguí a rajatabla. <

La crisis

Cuando acabé el segundo año de centro de estudios, vinieron un buen día de Delega-ción a decirnos a todos dónde íbamos a vivir: unos a Galicia, otros a Madrid, otros allí en Sevilla… Ya don Ángel, el director, me había dicho días antes que había pensa-do enviarme a Málaga, mi ciudad, para que yo estuviera cerca de mis padres. Él opi-naba que la cercanía con mi familia, a la que yo echaba mucho de menos, me iba a ayudar a vivir mejor el espíritu de la Obra o algo así. No recuerdo bien la razón. El caso es que don José Ángel era un hombre muy humano y que me gustó la idea. Pero cuál fue mi sorpresa cuando me dijeron los de Delegación que yo iba a repetir en el centro de estudios otro año. La verdad es que podía haberme sentido humillado por ser el único que repitiese curso de entre los muchos numerarios que salieron ese año del centro de estudios. Pero, en realidad, me sentí como distinguido. Ahora tenía yo la obligación de dar especial ejemplo a la nueva hornada de numerarios.

El principio del fin fue precisamente en el curso anual de ese verano. Nos enviaron a Entrepinos, en Huelva, un colegio de fomento.

Allí las hormonas fueron a matar y aunque nunca caí voluntariamente, fueron especialmente combativas durante las noches hasta el punto de que de nuevo comencé a plantearme si había sido todo voluntario o no.

Cada vez me costaba más trabajo tener que pedir permiso para todo: para salir, para entrar, para leer un libro, para quedarme a estudiar, para... E incluso, con otros nume-rarios, para desquitarme, nos fuimos una noche a la cocina y nos dimos un atracón. Ni que decir tiene la que montaron después los directores cuando les informaron las cocineras.

Ese verano yo hice una amistad particular con uno de Madrid y hablamos mucho de Oscar Wilde (por lo que intuyo, dudo que este chico haya perseverado) y me entraron unas ganas locas de leer “El retrato de Dorian Gray”. El director del curso anual no me prohibió el libro tajantemente, pero, siendo yo tan sensible, me lo desaconsejaba ligeramente. El caso es que lo leí y el libro hizo su efecto o encontró, mejor dicho, un terreno abonado.

Desde entonces me parecía insufrible que hombres jóvenes como nosotros se metieran a las diez y media de la noche en la cama durante las hermosas noches de verano habiendo un bosque alrededor y una piscina en la que refrescar el calor. Para colmo se cerraban las puertas y yo me sentía como en una cárcel. No podía uno ni siquiera fumarse el último cigarro mirando a las estrellas. Me daba la sensación de que me estaba perdiendo muchas cosas en la vida y todos mis esfuerzos y toda mi entrega en la Obra perdían todo su valor ante el oro refulgente del sexo prohibido. Hoy puedo decir que el sexo no sólo no me defraudó sino que me alegro infinito de haberme ido de allí. El sexo valía la pena.

Y una noche me atreví a plantear la cuestión abiertamente a un sacerdote: quería irme, anhelaba la libertad, las mujeres… El cura se pasó buenas horas de la madrugada fumando conmigo convenciéndome de que no valía la pena dejar solo a Cristo en la cruz por una bisutería o algo así. Era buena persona el cura y el caso es que me con-venció. Pero los directores se quedaron con la mosca tras la oreja.

Tras el curso anual, el director del Colegio Mayor se tomó muchas molestias por mí. Yo no noté en su trato ningún clasismo como he leído en algunos escritos de esta página. Pero, claro, mi visión de la Obra es bastante ingenua. Teniendo en cuenta que soy de familia humilde, que nunca fuí lo que se dice un chico refinado, que soy bajo, moreno, escuchimizado y que me dedicaba al estudio de lenguas muertas, el director mostró mucho interés por mí. Me llevaba de excursión con él, me llevaba a montar en bici, me encargaba que le tradujera artículos del alemán y me los pagaba y también me llevaba a la facultad de biología donde trabajaba y me pagaba por las horas que echaba yo ayudándole a trabajar con una investigación sobre el cerebro

de los gatos. Gracias a Dios, comencé a hacer la confidencia con él. Un buen día, paseando por la calle, me dijo: "Lo has entregado todo, tu pureza, tu dinero (era poco en verdad) tu tiempo, tus amigos, tu familia, pero aún te queda algo por entregar, piensa a ver qué es".

Le di vueltas al asunto y a la semana siguiente le dije que no sabía qué era. Y entonces me dijo: "Tu mundo interior". Yo me quedé igual que antes, sin entender nada, pero ahora, al cabo de dieciséis años, lo he entendido. El bueno de don Ángel quería decirme que lo más íntimo de mí, mis gustos más personales, mis ilusiones y proyec-tos, mis antipatías y simpatías eran sólo mías, ni las compartía con Dios ni las ponía al servicio de la Obra.

El caso es que volví a repetir la petición de irme y don Ángel me pidió paciencia, que ellos querían ver si mi deseo de irme se debía a una verdadera falta de vocación o a egoísmo mío. Durante ese tiempo de espera creo recordar que me dijeron que viviese con más ahínco el espíritu de la Obra para poder decir con tranquilidad que por mi parte había puesto toda la carne en el asador. Lo intenté y al cabo de un tiempo me dijeron que, en efecto, no tenía vocación. Se portaron bien, me dejaron ir con la conciencia tranquila y me ofrecieron la posibilidad de, pasado un tiempo, acudir a medios de formación de la Obra. El cura, sin embargo, me profetizó que me alejaría primero de la Obra, luego de la Iglesia y por último de Cristo (un cura que por cierto en una meditación contaba con horror lo feas que eran las mujeres de los ex). Yo le dije que eso no ocurriría y, según leo entre vuestros testimonios, la mayoría de voso-tros sigue unido a la iglesia. Pero en mi caso el cura acertó. Me alejé de la Obra, de la Iglesia y de la religión.

De hecho, en la Obra me quedé tan convencido de que la Obra representaba la ortodoxia pura de la Iglesia, que cuando tengo deseos de volver a Dios me acuerdo de que me tengo que confesar y de mis problemas con la castidad, que no sólo no se han solucionado, sino que se han vuelto crónicos y compartidos. Así que o Dios o la entrepierna. Me encantaría que un cura me dijese que ambos son compatibles, pero

si me lo dice, siempre recordaré que la Iglesia dice lo que dice, por mucho que un cura moderno lo maquille para recuperarme ante Dios.

Me fui como todos por la puerta de atrás. Fue terrible. Y más terribles fueron los meses posteriores. Pero eso es otra historia que no sé si interesa aquí o no.

Sólo puedo decir que en mi familia, sólo perseveran las hembras. Los varones nos hemos salidos. Todos estamos cortados por el mismo patrón. Uno de ellos decidió abandonar la Obra cuando le dijeron que no se podía acostar desnudo con su mujer, sino embutido en un casto pijama. <

Conclusión

Salvo una o dos odiosas excepciones, la gente de la Obra me parece en general estupenda, pero el grado de exigencia es tal que es difícil mantenerlo con entusiasmo durante toda la vida. Los posibles perjuicios que la Obra pueda causar en las personas no se deben a la maldad de los miembros ni del sistema, sino al simple hecho de que no todos sirven para la Obra y eso no se descubre en un día, sino en mucho tiempo. Por simple higiene, conviene quedarse con lo bueno del pasado, no con lo malo. Es un error pensar que todo en ese momento del pasado fue malo. Y aunque sigo tenien-do pesadillas en las que me veo de numerario, el caso es que creo que parte del atrac-tivo que yo pueda tener sobre los demás, lo debo a la Obra.

Una de las pocas cosas que me mantienen sentimentalmente unido todavía a la Iglesia es mi veneración por este Papa. Aunque siempre admiré la figura del Padre, en el fon-do me gustaba más el Papa. Yo lo había visto varias veces, me fascinaba su porte, su voz, su origen polaco, su fuerza, su atractivo. Aún sigo venerándolo y nunca llegué a entender por qué se hablaba más del Padre que del Papa.

Por último, quiero reseñar mi especial cariño a las numerarias auxiliares. Yo estaba secretamente enamorado de ellas y lo sigo estando. <

***

COLECCIÓN DE TRISTEZAS DE UN HOMBRE ALEGRE

CESAR, 7 de noviembre de 2004

Primera entrega

Saludos cordiales a todos vosotros, mi nombre es Cesar, casado de treinta y tantos tacos. Ésta la dedico a aquellos que leen esta interesante web[2], primeramente me gustaría contaros lo que a mí me ha sucedido en este plano inclinado de la forma-ción ascética en esa institución que es materia de esta web. Espero publiquen este escrito no para sentirme protagonista de todo esto, sino para que puedan los demás ver una historia más. Sé que habrá historias buenísimas de los que están dentro, pero también los de fuera las tenemos… ¡ja ja ja ja! vaya que las tenemos y yo solo estuve 7 años dentro, sin fidelidad...

Por cierto un saludo a Satur y a Frida y a todos, que no sólo me hacen tirarme al piso de risa (de la buena), sino que en el fondo transmiten una alegría autentica… pero vaya me dejo de protocolos y brevemente les cuento mi historia.

Yo nací en medio de una familia de la Obra, pero ésta en respeto a mis libertades entendía mi adolescencia y esto es, novias, fiestas, etc.. lo único que no podía dejar de hacer era agradecer a Dios por mis hermanos, mis padres, etc….

Entonces era soñador, emprendedor, poco sabio, pero me esforzaba por serlo, eso sí muy alegre.

Un día en una conversión "a lo San Pablo" mi piedad me llevo a lo que ahora

[2] www.opuslibros.com

sigue siendo el centro de mi vida, Cristo. Mi madre me dio un consejo, creyendo ella absolutamente que la obra es de Dios y que era lo mejor para calmar esta inquietud que llevaba. Entonces estudiaba para abogado y decidí incorporarme a un circulo de los llamados “cooperadores”; vosotros lo habéis de saber de memoria: "Dios te ha llamado… mmm pero te falta… tu caridad es de señora de capilla… no te has preguntado lo que quiere Dios para ti…"

En fin terminando estaba la carrera de Leyes y era entonces cooperador, con un “plan de vida chiquitín”. El orgullo, la emoción de dar mi vida a Dios, me llevaba a desear, en lo más profundo de mi alma, entregarme, “ser luz del mundo”, “sembrador de paz y de alegría”, y zaz…. Digo “quiero pitar de supernumerario”, “quiero un hogar luminoso y alegre” y al igual que a ustedes en una especie de coquetería me dicen: te falta, aprieta tus normas y luego hablamos. Entonces tenía una novia, guapa, buena, creyente de Dios…, ummm pero “quasi-hereje”, porque no entendía varias cuestiones de mi ahora “nueva vida”, entonces resultó un estorbo… a juicio de quien llevaba mi charla, lo asimilé, lo acepté, me lo tragué, lo engullí, corté con aquella mujer. Entonces “alguien vio mi vocación”…y ¿qué creen…. que vio este hombre….?

Terminé la carrera de leyes, y por razones del destino siempre ocupaba puestos de dirección en las empresas que solicitaba, no es que sea un abogado muy bueno, pero si terco, perseverante y testarudo.

Llevaba casi seis o siete meses pidiendo mi incorporación como Supernumerario, preguntando qué me faltaba cada vez que consultaba sobre el tema, pero ese que vio mi vocación “en gracia de estado” me vio como “Numerario”, sí aquella élite que en “medio del mundo” santificaba, santificándose, recibiendo sendas correc-ciones fraternas, aplicándolas y vaya, vaya….

Después de intentar entender el plano inclinado, el porqué "la vocación siendo la misma" tenía niveles de información y de interpretación, una para los probrecitos cooperadores que no saben bien por donde van, el espíritu de la obra no es para ellos… luego los supernumerarios jóvenes, pobrecillos, su alma no da "pa" más, no saben bien que es la entrega total, pero eso sí en la charla…. Les tenía que decir, tu eres opus dei, debes ser opus dei, oración, santificación, mortificación, normas, pu-reza, plan de vida… una palmadita y alá regrésate a tu hogar luminoso y alegre…

En mi temporada inicial, donde te dicen no le cuentes a tus padres etc…, pues bueno pequé, les conté. Recuerdo primeramente mi madre… con un nudo en la garganta aparentaba felicidad; mi padre que es cristiano de a pie, respetó mi decisión, pero recuerdo perfectamente su mirada mi padre era de aquellos que su amor lo demostraba con hechos, con una palmada, picando las costillas, pero lo suyo, lo suyo no era el hablar, pero su postura lo decía todo… sin embargo y a pesar de todo respetaba mi libertad; mis hermanos ellos supernumerarios, felices, pero sabían que no era una entrega singular, aunque se la imaginaban más feliz de lo que a continuación voy a contar.
Me fui a vivir al centro, que ya no era centro sino "mi casa", me fui con gente muy contenta que eran mis nuevos hermanos, pero conforme pasaba el tiempo, vi que muchos de esos hermanos, sus sonrisas iniciales eran mortificaciones, porque a al-guno seguro le caía mal, pero con visión sobrenatural y mientras picaba, me hacían sentir acogido, querido… y caray Cesar (yo) era un tipo sentimental, romántico, entregado, testarudo, y decía "qué bonita familia estoy adquiriendo por la gracia de Dios", y ¡¡¡zaz!!! Pasó mi periodo de prueba y fui ahora sí admitido, (creí inicial-mente que con la carta era admitido), y pues a preparar el pastel…

La primera vez que vi un alambre de púas de apellido “cilicio” y las disciplinas, me asusté mucho, pero vi también que era hermoso orar con el cuerpo, ofrecer el do-lor, pero estaba también acostumbrado a orar en mi felicidad, algunas de “animal sano”, pero lo mío era a darle. ¡¡¡Zaz!!! ¡¡¡Zaz!!! ¡¡¡Zaz!!!

El dulcísimo precepto, que en parte era de lo que más amaba del espíritu de la obra, se convirtió en el amargísimo lamento… ya no les hables tanto. Tú te entregaste totalmente. El vinculo sobrenatural es más fuerte que el sanguíneo. Pero en este caso, yo no entendía ya que tenía ambos vínculos, al menos con el 90% de mi familia de sangre… pero en fin el “bruto cedió” obediencia, obediencia, obedien-cia…. pero lo mío era a darle. ¡¡¡Zaz!!! ¡¡¡Zaz!!! ¡¡¡Zaz!!!

Poco a poco, o mas rápido que poco a poco, me di cuenta que Cesar el sentimental, romántico, amante de todas las cosas y al que de 100 le interesaban 100, resultó que de esos 100, solo debía interesarles aquellos pitables… que eran como 2, y los otro 98 me las llevará más calmado, no atendiéndolos como se debe, etc… nada nuevo para todos vosotros, pero lo mío era a darle. ¡¡¡Zaz!!! ¡¡¡Zaz!!! ¡¡¡Zaz!!!

Luego aprendí de la amistad y confidencia, que más bien era de “pescar en la indiferencia”, qué rudo fue para mí, que era entregado a mis amigos y amigas, me encantaba hacer con ellos familiaridades, abrazos, gritos de gorilas, aullar como lobos por la playa durante la noche… qué buenos recuerdos… porque saben, yo creo que sí se puede tener una amistad buena con el sexo opuesto y más con los del propio, que no es poco elegante gritar como gorilas cuando estás con amigos, que no es malo darnos un abrazo mientras brincamos como jugadores de fútbol americano gritando como galos en batalla, y que es posible abrazar a una mujer por maja que esté sin tener que suponer concupiscencias y cosas sucias. Crep que todos estos detalles no hacen sino estrechar más los

lazos mientras nos sentiamos partici-pes de cualquier clase de locuras… en verdad que tenía amigos y amigas y afortu-nadamente recuperé a algunos y algunas… pero bueno me desvié del tema…

Fue más duro el tratar a gente como yo, más bien como yo era, sin sentir cariño verdaderamente fraterno, y … a contar cosas de ambos; fuera de "pureza, trabajo, normas, etc..", hablábamos de la vida, de los juegos, de sus hijos, de sus novias, de... vaya una platica "normal de amistad", cuando me hacen decir que hablo con ellos so pretexto de estar preocupados de sus almas…. Me dan un golpe grave a mi corazón, diciendo nada de amistades particulares no hay familiariades, son horribles… caray, digo, si me buscan y hablan y les hablo es inevitable quererlos. A eso es a lo que estoy acostumbrado… pero dicen, eso es apegamiento y es mal espíritu… en fin una tristeza más a mi colección ascética.

Prácticamente dejé de hablarles a mis padres, bueno ya sabéis, les hablaba por fór-mula enseñada, de cómo va todo, un domingo iré a comer a su casa… que ya no era la mía, ya no… "gaudium cum pace"

Y sabéis todo el teatro. El Cesar impulsivo, temperamental, bonachón, llega acarto-nado a casa de sus padres a hablar de Dios, de Dios y después de lo bueno y genial que me va, que me la paso todo el tiempo ocupado salvando almas del caldero del infierno, etc,…. Blah blah blah… mientras algo dentro revoloteaba todas mis entra-ñas queriendo decirles que les extrañaba, queriendo abrazarlos y porqué no comer-melos a besos… mortificaciones, ganarme un cachito del cielo… y bueno… eso que revoloteaba como disco rayado en mi interior me hace sentir vil y poco generoso con mis padres… ahhh pero eso sí era vivir el espíritu del Opus Dei. Así que ¡zaz! A darle.

Luego esa colección de tristezas me movía la carne, quería tener al lado alguien a quien querer, de carne y hueso, y esa familia putativa sobrenatural, no era del

genero que me gustaba… entonces perdía la vista con majas y hasta unas no tan majas, jajajaja tenía hambre, que quieren que os diga!!!… pero por una necesidad sentimental… ¿y qué creen que hizo el bruto?… lo comenta en su charla, sin mucha importancia, ya que mi conciencia me dictaba que no era pecado grave…. Luego me dicen que es gravísimo, sobre todo para el célibe… así que como dice la canción de "diciplins & cilicio scholl", ¡¡¡zaz!!! ¡¡¡Zaz!!! ¡¡¡Zaz!!! ¡¡¡A darle!!!

Y empecé a hacer experimentos…. De mal espíritu pero ahí les van….

Por algún detalle menor me entró una sospecha sobre el sigilo y la confidencialidad y decidí hacer lo siguiente: Le contaba al confesor cosas en lo que yo entendía era una confesión… y no a mi director y viceversa, y me percaté que de alguna cosas que no tenia que saber el uno o el otro, me las preguntaban "naturalmente" uno en charla y otro en confesión… una cuestión que no entendía hasta que el brutin de Cesarín en pleno curso, le pregunta al ponente con sagaz pero eso si con una cara de oveja estupida y bien obediente, si había comunicación entre mi director y mi confesor, para adminicular adecuadamente mi vida interior en tan importantes medios y así poder ser más perfecto… y va y me dice que si, liso y llano, SÍ, pero sin violarar el sigilo, ni la confidencialidad… aclaró el ponente.

Amando mucho la obra, decidí comentar que no me quería salir, pero quería salir al mundo como supernumerario, y ya se saben el discurso de las "cola del diablo", "tu vocación es para siempre", ya hiciste tu oblación y pues si dejas la obra en tu libertad, te ganaste al chamuco y ya sabrás rendir cuentas a Dios!!!. Al principio me espanté y dediqué casi un año a insistir en mi cambio, en ser más cuidadoso con lo que decía en mi charla y confesar únicamente lo que mi conciencia me dictaba que era pecado… se imaginarán regaños, poco espíritu, y pa colmo querían que cam-biara de trabajo. De uno profesional que era el que

ejercía a una obra corporativa y a un centro lejos de casa…. Así que un día, como vosotros, cogí mis cosas y me fui…

Agarré a una Chiquita que me traía de un ala, y me casé. Lo más importante es que sigo al lado de Dios, a Él le podemos tener según nuestra conciencia y entrega, no asustéis que no es la entrega a que me refiero, entrega según te lo pide Dios. Hoy cada día me encuentro con Él en el sagrario y le digo…. "sólo tu y yo" "solo conti-go" ahhh y mi "Chiquita" que habrá de parir un Cesarín o una Chiquitita. Y lo más importante es lo que Él me responde "se feliz, se feliz, te quiero, soy tu padre, anda que tu Chiquita te espera, ahí, ahí, ahí está tu entrega"!!!, fin.

Cada vez que veo a es Chiquita sonreír cuando despierta, cuando come, cuando me regaña, cuando se enfada, cuando me dice…. Puesto que a mi no se me da la virtud del orden… "Chicharo" (así me dice mi cariñosa compañera cuando se le ponen los ojos de lobo frente a una chuleta de jamón, por cierto el chicharo es creo un fruta mexicana que se da en vaina y que la Chuiquita odiaba comer de niña y se acompaña con el arroz, ella la Chuiquita es mexicana) repito que me pierdo cons-tantemente "¡¡¡Chicharo, joder contigo, que te he explicado varias veces donde es el lugar de las cosas!!!, ¡¡¡que el cuello del saco es por fuera, Chicharo!!!, etc… como si el "Chicharo" fuera el culpable de Chernobill, si fuera el autor intelectual de la mal-dad y ¡¡¡amo y señor del desorden!! Eso último lo acepto.

Saben… cada vez que la Chiquita hace cualquiera de estas cosas… se enoja aún más y… luego se le pasa, porque el Chicharo le mira como una camara instantanea dispuesta a disfrutar el momento, no por el enojo, sino porque esta conmigo siem-pre, me ama, y no cambiaria por nada en el mundo cuando logro robarle con mis desplantes una risa… eso si es lo mio, asi que a darle!!! Mua, mua, mua…

Aclaración: no todo en la obra fue malo, amo a la obra porque en buena medida mi madre es como es conmigo, mis hermanos con algún resentimiento, pero eso sí queriéndome mucho, el tema ni lo tocamos, sé que piensan por dentro "al menos no perdió la fe" y yo "al menos todavía le tienen fe" que no es lo mismo, además, que de no haber vivido lo que viví, no podría ver los ojos de la misma forma que el "Chicharo" ve a su "Chuiquita".

Ahhh también conocí gente verdaderamente buena y entregada, pero que por su adoctrinamiento, ahora ni la palabra me dirigen.

Un abrazo a todos.

Segunda Entrega

Les van unas cuántas más

Qué bien que conoceís vuestro oficio. Me ha encantado el titulo del **escrito** que les he mandado con anterioridad, y me ha dado mucha alegría, aunque debo confesar me ha dado también algo de pena por todos los errores ortográficos que he encontrado en el mismo "a posteriori" al leerlo ya publicado en la web, la "fe de erratas" se convertiría en todo un tratado. ¡Jajajajaja! qué pena pero ahí les van unas cuantos más...

Pero abusando de todos vosotros vengo a exhibir algunas cosas más de esta amplia colección de tristezas que el tiempo… ¡ah! el tiempo ese buen amigo, convirtió todo ese almanaque de mis derrotas en un simple y risueño anécdotario de mis batallas… y ahora en una gran alegría, pero vaya, ya empecé de nueva cuenta a desviarme del tema.

Ayer por la noche, en la recamará que es donde generalmente la "Chiquita" me aplica mis disciplinas… umm no esas sabrosuras de la especie de látigo de ma-cramé, sino estoy hablando de las "duras" platicas del recuento de los

daños que nos dejo la semana. Y mientras hablaba, me acordaba de las correcciones frater-nas… yo no se si "La Piedra" te las habrá de aplicar igual Satur, pero por lo que mi cuenta hace… hay veces que a mi mujer le dan ganas de "devolverme" al espíritu ascético y hacerme dormir en el piso, más de una vez por semana, mien-tras yo me hago el desentendido a la vez que le sonrío. La verdad hay veces que no se ni lo que dice… solo repito "si mi querido Caimán" (así le digo para hacer-le notar que se le ha trepado un ser digno de llamar urgentemente a un "exorcis-ta"), y replica ¡ya deja de decir tantas imprudencias cuando viene mi madre!… respondo ¡si mi querido Caimán!... ¡que mal te viste cuando le respondiste a mi hermano que para ti el rugby es un deporte para brutos descerebrados!, (¡ay! este hermano suyo, que es tan dulce como chupar una batería alcalina de 12 voltios "por ambos polos")… me dan ganas, y lo he pensado seriamente, de convertir en jaculatoria el "si mi querido Caiman, doce me facere voluntatem tua quía almae meus est tú", (no se si está bien escrito, pero un día les haré llegar el tratado inti-tulado "la fe de erratas de la colección de tristezas de un hombre alegre", pero lo que quise decir es "Si mi querido Caimán, pero enséñame a cumplir lo que te venga en gana, porque mi alma eres tu).

En fin otra vez distraído pienso en la "Chiquita" y se me olvida el Opus Dei, ¡que bueno!, pero ahí les va otra a pelo, antes de que piense en hacer otra de mis "Chiquitilladas":

Una vez paseaba por una de esas obras corporativas a las cuales me querían enviar para dedicarme de "lleno" al apostolado, yo creía que lo que hacía en mi trabajo profesional y en las charlas encomendadas era "de lleno" exactamente lo mismo, cuando así, con naturalidad se acerco uno de esos personajes que deno-minaré "cuervos", no precisamente en ese entonces la denominación obedecía a los cuervos como aves de rapiña, sino más bien les

denominaba así a aquellos que se me hacían prototipos del fariseo actual, que sin saber nada de nada, pre-tendía convencerte de que "solo los mejores son escogidos" recordándome una frase de la película la Guerra de las Galaxias cuando Dart Vader le dice a Luke "I´m your father, come with me"… se dedican a estas labores de enseñanza y gran parte de su tiempo al gobierno de la amadísima institución, subráyese "Institución"… y bueno, este "cuervo", pido una disculpa a los cuervos porque comparado con este tipo de personajes, después de lo vivido, creo que ahora los defino como unos animalitos que vuelan… jajajaja.

Pero viendo la cerrazón y que sus argumentos eran del tipo monolítico y repetiti-vo como "la macarena" y que ante mis argumentos sólo decía "es el diablo" queriéndome provocar "Yu-yu", decidi hacer guerra de guerrillas como del tipo Vietnam, queriendo sacar amablemente de este "moonie", como era su vida antes, y casi no me decía nada, y un día zaz… vi que este Cuervo, había pitado en la edad que empezabas a dejar el "nintendo" para ser sustituido por fiestas de naranjada y baile con personas del sexo opuesto, pero este amigo, ni nintendo, ni naranjadas ni na de "na", entonces decía yo… umm como él, que lo admiro mu-cho por su entrega y convencimiento, ¿puede darme consejos de no fijar la vista ante la dulce mirada de tal o cual alumna?, si este macho no bailó, no compartió naranjadas con una amiga, si no ha visto como piensa la mujer y todo lo bello que ronda por sus hermosas cabecitas, sus pensamientos envueltos en esas cabe-lleras que las hace insustituibles, ¡si no ha abrazado a una mujer que no sea su abuela o su madre!, ¡si no ha fijado la vista en unos ojos dulces!, dije dulces no sexys, porque yo veía a las alumnas con cariño, aunque debo reconocer… que a alguna(as) las miraba con ojos de "naturaleza silvestre", lo que implicaba, ya sabrán los que han sido numerarios, tortazos emocionales desde todos los frentes…

Entonces, como gancho y para que no tuviera yo los dolores tan graves de un parto, solo daba una asignatura compatible con mi trabajo en empresa, un día un compañero de trabajo, de esos que manda el diablo, y al que quiero mucho, hacía lo posible para que del área de reclutamiento y personal me mandaran secretarías majísimas, las cuales expulsaba con el entendidísimo exorcismo de "no es lo que yo espero de una secretaría, prefiero una más competente", porque no les podía decir "mi director me dice que, ¡ante el diablo jamás he de sucum-bir!! (que tenga más de cuarenta tacos y por favor y fea"), porque entonces de donde me expulsarían sería de mi trabajo.

En fin, en estas platicas con "El Cuervo", me di cuenta que hablaba a veces un niño, el mismo que 14 años antes de tomar tan importante decisión, y aprendí a querer al Cuervo, especialmente cuando yo mayéuticamente, lo hacía sacar a flote, este cuervo empezó a buscarme más y más, a veces como disco rayao y otras veces no tanto, en estos no tantos, me di cuenta que se le iluminaban los ojos, cuando hablaba de su hermano menor, no fiel a la prelatura, lo cual al inicio .él lo contaba como un defecto, pero posteriormente, sacó las virtudes de su hermano que se rompía el alma todos los días para superar sus crisis económi-cas, familiares etc… verbigracia me decía que lo que más admiraba de su herma-no era el optimismo, de que aún estando en apuros, siempre trataba de robar una sonrisa a su esposa y a sus hijos, que a pesar de todo, sus hijos eran buenos y no-bles, que cuanto quería a sus sobrinos, etc… profundizando en la amistad ¡zaz! un día este connotado personaje se despidió de la manera más cruel… no dicién-dome nada… después de varios meses de preguntar qué se sabía de ,él, me dije-ron sin más que me había mandando saludos fríos desde un país más frío, a tra-vés de mi director, que hablaba en voz del Espíritu Santo mientras me explicaba lo importante de la expansión y el apostolado. Caray… no se que

será de este amigo, pero si alguna vez lee esto, ojala sea porque dejo salir definitivamente a ese verdadero niño, para por fin “ser”.

Lo más importante creo, no es tener normas, sino que las que tengas estén bien interiorizadas desde la conciencia y aceptarlas como buenas “pa” ti en tu unión propia y particular con Él.

Otra tristeza más para esta colección que mis amigos de la oreja han titulado así, es una muy amarga, dada mi forma de ser:

Ahora que soy apóstata de tal Institución, de conformidad con su derecho parti-cular, veo varias cosas que aún me duelen. Una de ellas que mi madre y herma-nos al estar dentro de este adoctrinamiento me ven si con un amor descomunal, pero con una especie de pena, no les doy todos mis argumentos, porque sé que la respuesta es una formula prefabricada, que además se lo contarán a sus directo-res y les metería más resentimientos. A mi, que ellos mismos me educaron en la tolerancia, prefiero hacerles creer que mi salida obedeció a falta de espíritu y no que quería realmente “ser” y todo lo que esta palabra implica.

Ese sentimiento que te albergan en el adoctrinamiento de que si no es en la Obra, estás en el infierno, y que si cumples lo que se te ordena y eres obediente tienes asegurada la perseverancia final, a costa de tu inteligencia, de tu conciencia, de ese Yo interior que te pide otras cosas buenas, pero que de conformidad con el espíritu son malas y perversas, te van deformando la conciencia, se vuelve escru-pulosa y se convierte en la adopción de prejuicios sobre cualquier cosa, algunas veces creí que era pecado expulsar un mal pensamiento y me sentía impuro, por-que no sabía si había sido consentido en parte y llevaba a cada rato un sinnúme-ro de culpabilidades absurdas, de todo tipo.

Sacando todos mis trapitos, también cuento que algunas veces en ese "deporte" de correcciones fraternas que más bien parecía una carrera por hacerlas sin importar el tema, te hacían una mentalidad de espionaje "al estilo James Bond", pretendiendo creer que les hacía un bien a tu alma cuestiones tan tontas como "oye quiero hablarte de una cuestión que me ha sido autorizada y me duele decirte… veías la cara y de ahora que cabrón… creo que tu cuidado personal, en específico cómo te fajas la camisa es impropio, debe verse más recta"… Imagi-nense nada más… con esa corrección estaba el Chicharo salvando su alma, quizá sin saber que yo en ese mismo momento llevaba mal el saco, y que sería motivo de la corrección fraterna en vía de regreso… Recuerdo cuanto me encabroné conmigo por estar viendo la paja en el ojo ajeno, mientras yo ya tenia un hábitat completo en mis ojos… vaya que a partir de entonces decidí dejar las competicio-nes hasta encontrar cosas de fondo, con las respectivas repercusiones de falta de espíritu e incluso de caridad, de acuerdo con las amigables charlas que me hacían los cuervos.

Otra cosa que me sacaba de mis casillas, era el tema de las féminas. Saben una cosa que, el Chicharo (yo), disfrutaba y disfruto es entrar a el mundo de las mujeres, no desde el punto de vista de la concupiscencia sino de la amistad, ellas tienen una forma de abrir sus sentimientos distinta a el hombre, ellas cuando cuentan cosas intimas de su vida es verdaderamente a detalle y te permiten verlas completamente desde dentro, creo que yo acerqué más féminas a Dios, que hombres cosa que era prohibidísima en el Opus Dei, a mi se me da muy fácil la comunicación con las mujeres, me encanta su amistad, y no entendía porque no hay apostolado mixto, hay verdaderas experiencias de género, que pueden hacer sentir a los demás más humanos, no me imagino a los apóstoles dejando a miles de kilómetros de distancia a las mujeres que seguían a Cristo, tampoco me lo imagino dando

un trato rudo, y miren que esas si eran otras épocas. Ahora que las mujeres ocupan lugares verdaderamente competitivos, que nos han demos-trado a los hombres que pueden cuanto más llevar muchas cosas en los hombros, yo admiro mucho a la una mujer, en particular, que un día decidió (quizá no sabía dónde se metía) apostar todo por amar al "amo y señor del desorden", aguantarlo en todo, no sin reclamar que es su derecho, pero sobre todo a trazar un proyecto que se podría denominar bíblico de "hacerse una sola carne" con este estuche de monerías denominado por ella misma como "El Chicharo", y Dios en su pedagogía no se cansa de enseñarme a quererla más y más, de ense-ñarme todos esos momentos que me hace feliz, que son casi todos, aún aquellos, principalmente por las cosas que ella me enseña todos los días… no hay nada mejor, además para envidia de todos que verle despertar y antes de entrar en la vorágine de nuestros empleos me da un beso que me dura todo el día, de esos que te dejan con la sensación que eres suyo todo el tiempo e impasiblemente me deja con ganas todo el día de tenerla a menos de un centímetro.

Es increíble todo lo que se lee en esta web, encuentro desde casos similares al mío, como otros más críticos y de gente que lo ha pasado peor que el Chicharo. Ver esa desvergüenza que pasa el limite del sigilo y la confidencia, la ausencia de amistades particulares, creo que en la Biblia se nos enseña que Jesús lloró por la muerte de Lázaro y que veían tan buena amistad con la gente que decían que compartía la mesa con publícanos y pecadores "como estaría aquellas fiesta, cuanta alegría, me la imagino hasta con familiaridades y esos gritos de galo que les mencionaba en el **anterior** escrito… Pero lo que en este escrito pretendía de-cir y no lo dije es sobre el apostolado con los niños, ellos dicen que les forman su conciencia, creo más bien se las deforman, porque cuando oía hablar al Cuervo que voló sin decir adiós, me contaba entre líneas que no estaba en medio del mundo, como se le platicó,

no le enseñaron a meterse en ese mundo, como se de-cía, pero lo peor es que no lo enseñaron a amar al mundo, puesto que el real no lo conocía ni remotamente, sus ojos tenían sólo 14 años; amar el mundo a mi juicio es como Cristo decía, sin juzgar, amando y amando mucho, a tal grado de amar al enemigo, al prójimo y al menos próximo, a disfrutar todo esto que nos da Dios, a corregir nuestras deficiencias para poder dar un buen consejo que sirva.

Escribo también a los que estando en medio del mundo, escribimos estas líneas esperando encontrar no sólo comprensión, puesto que soy muy feliz, sino tambi-én para dar una esperanza de aliento a aquellos que no les fué también, porque estuvieron mucho más a fondo que yo y cuyo proceso de desadoctrinamiento, y de sentirse sin culpas ni remordimientos por abandonar una barca tan estrecha que no se puede ni respirar, ni pedir aliento, de reconstruirse y quitar tantos prejuicios, de saber perdonarse… Decirles que no han hecho nada malo, al contrario, han escuchado su conciencia que creían muerta y ¡¡¡sorpresa!!! estaba sólo, un poco, dormida, puesto que pudieron despertarla. Quiero decirles que "el en-medio del mundo-real" es divertidísimo, esperanzador, que hay gente dis-puesta a abrazarlos (entre ellos el Chicharo), para tener amistades particulares, familiaridades, decir malas palabras, las mujeres ya fuman si les viene en gana, sin más normas que el corazón, sin otro interés que el ser felices juntos, y sin más consejo que el espontáneo, verdadero, auténtico de los verdaderos amigos. ¡¡Animo!!

PD: Me voy y con la amenaza de regresar, puesto que estos Orejas me han hecho sentir importante, les agradezco en especial que ésta es una página seria sin hechicerías y cosas falsas sobre la obra, sino únicamente las distintas realida-des de gente que corazón en mano decidieron entregarse, y que ahora

exponen su caso. Saben no desestimen su capacidad de entrega que creo que es lo único por lo que me tolera la "Cuiquita" que me esta gritando a lo bestía que me baje !!!A CENAR!!!

Saludos cordiales y gracias por todo.

Atentamente,

César

Tercera entrega

Esta vez os escribo para expresar algo que de inicio se nos queda a todos los que nos separamos del OD y se trata precisamente de ese amargo en la saliva de tan-to tiempo que dedicaron a grabar en nuestro disco duro "que la vocación es para siempre", "que Dios sólo escoge a los mejores", "abandonar la vocación es aban-donar a Dios", "estando en la obra, cumpliendo sus normas se te asegura por voz del fundador ¡la perseverancia final!", en fin frases tan enraizadas en la Obra que alguna vez asimilamos y para infortunio de muchos, incluyéndome yo, repetimos incontables veces a quienes entonces eran nuestros hermanos, a los pitables, etc…

No tenemos porque sentirnos mal y no me gustaría citar frases prefabricadas, debemos reformatear nuestros discos duros, con información sana, sin escrupu-los, sin odios.

Quiero deciros a todos que no hay nada de malo en pensar lo que uno quiera pensar, ya que Dios nos ha dotado en nuestra individualidad de formas

propias para dar con Él ya que ante Él es al único que habremos de rendir cuentas y ¡¡¡ya esta!!!. Unicamente espero que ellos no solo den cuenta de la pesca abundante de fariseos, sino de amar, que es el máximo mandamiento, y amar es amar, no es hablar de "los de siempre", "de los pobrecitos que no saben que están condena-dos", amar no es infundir miedo, sino confianza, amar no es escandalizarse, amar a fin de cuentas es no odiar. Por ello no odio a la obra, ya les conté en mi primer escrito que amo a la obra, puesto que veo lo positivo que ha dejado en mi familia, como lo ha de hacer en muchas, sólo que espero que Jesús les cubra con su Santa Sangre y les ilumine el entendimiento, que deben dejar ser a las perso-nas, en especial a sus miembros, que lo peor que existe en este mundo es la con-ciencia escrupulosa que lleva al fundamentalismo ideológico, al sectarismo, que abran sus ventanas para convertirse verdaderamente en hogares luminosos y alegres y abandonen esas practicas de pesca de niños que dejan los juguetes para prepararlos al cilicio, a una edad que no saben nada de nada.

No dudo que las normas y todas esas cosas que eran nuestras, sean buenas, siempre que el único fin sea SER EN PLENITUD y no caricaturas o experi-mentos humanos que solo obedecen prácticas establecidas. Las únicas practicas establecidas nos las da Dios, ya sea por los mandamientos ya, por lo instituido directamente por Cristo, como son los sacramentos.

Sólo debiéramos sentirnos mal, si encontráramos una parte, tan sólo una parte del evangelio donde Dios si quiera sugiera someter nuestro entendimiento y voluntad. También me gustaría ver alguna parte en ellos donde Cristo no hubiera querido revelar y exhibir las practicas leguleyos de los fariseos, creo que nuestro Señor, sin descanso no paraba de recriminarles ese sometimiento intelectual a las normas.

Si efectivamente Cristo te dice a ti y a mi ¡sígueme!, pero vimos las diferentes formas de seguirle, desde el usurero y comerciante que trepado de un árbol quiso ver a Cristo, y logró mas que eso, lo nombró por su nombre y no le pidió nada mas que le recibiera en la intimidad de su hogar, otra cosa es que el usurero, por voluntad decidiera ya no abusar más, pero de ninguna manera le pidió Cristo otra cosa, el evangelio narra como este personaje al encontrarle, siguió siendo comerciante, sólo que ahora honesto, pero el siguió siendo él, y así Cristo nos da muchísimos ejemplos, el endemoniado que regresa a su hogar, en fin esas refle-xiones las encontramos en las vivencias de nuestro Señor, el SÍ en medio del mundo, comiendo con publícanos y pecadores, hablando y dejándose lavar los pies por pecadoras y en su caminar iba acompañado de varias mujeres, y no habla de vademecums, sino que dice que le acompañaban y asistían con sus bienes.

En fin eso de condenarnos en la fragua del infierno por abandonar la vocación. Usando sus propios argumentos la vocación es universal hacia la santidad, y lo ratifico, pero esa santidad la vivimos tu y yo, en nuestra casa, orando como nos gusta orar, leyendo lo que nos deja y nos gusta leer, en el cine, en un teatro, bañándonos con agua caliente o fría según el gusto de cada quien, yo me baño con agua hirviendo la misma que se usa para desplumar pollo… ¡la "Chiquita" dice que estoy preparando "!Chicharos al vapor!" y yo le digo si "te gustaría acompañarme con arroz".

El trato con los demás deberá seguir siendo desvergonzado, pero con una dife-rencia, "compartir" amistad, el alma, platicar tonterías, tomarse más de tres birras, y dejándolos de ver como caldos de cultivo, porque lo nuestro es estar en el medio del mundo.

En particular me quedé con la lectura espiritual pero se me extravió el index de libros prohibidos, y ello me ha llevado a encontrar joyas de la literatura ascética escrita "por los de siempre", y despertaron en el Cesarín una rebeldía con causa, si remar contra corriente, pero con mi entendimiento y voluntad, tolerando a los demás, a todos. Despertaron también una espiritualidad única, no por excelsa pero ¡¡al mia !!, y me dieron ganas de gritar de alegría, de ver que el mundo es maravilloso, que existen personas de a pie y a gatas que me han enseñado mucho más de lo que aquel adoctrinamiento me podía inspirar.

Debemos también querernos y abrazarnos a nosotros mismos. No crean que si Dios se hubiera arrepentido de habernos creado, no dejarían de nacer más niños; sí debemos seguir siendo niños, arrojarnos a los brazos de aquellos a los que queremos, traviesos, expresar lo que sentimos y gritar "el rey esta desnudo", saben hay momentos que en esta "vida de infancia", me daban ganas de gritar a esta institución, que a sus miembros los está dejando desnudos, haciéndoles creer en grandes ropajes, en brillantes y coronas, ganadas con dolor, obediencia, y so-metimiento de la esencia que nos hace verdaderamente humanos, saben todos....

Es bueno "ser" humano.

Un abrazo a todos vosotros.

Cesar **12 de noviembre de 2004**

OPTIMISMO PARA LOS QUE SE VAN DEL OPUS DEI

LUIS USERA

6 de julio de 2004

Quería escribir unas letras de optimismo para todos aquellos que están pensando en dejar el opus dei o que, de hecho lo han dejado. Me ha impresionado mucho leer los testimonios[3] de exnumerarios que aparecen en la web. Siempre he sentido un cariño especial hacia las personas que han dejado el Opus Dei, también cuando era numerario y, especialmente, cuando era director de la delegación. Siempre me pareció que una persona que ha apostado -más o menos "asesorado"- por una opción de vida y se da cuenta de que se ha equivocado tiene que pasar por el mal momento que supone reconocerlo y merece que los demás le ayuden todo lo posible. Especialmente los que hasta ese momento han sido sus hermanos. Nunca entenderé la falta de caridad, respeto e incluso justicia hacia las personas que deciden no seguir en el Opus Dei. Me parece una de las muestras más claras de que en la Obra hay algo que no funciona.

Es muy dificil entender que una persona pueda tener vida interior y un trato cercano con Jesucristo y al mismo tiempo sea capaz de tratar como se hace en el Opus Dei a las personas que piensan de otra manera.

Cuando yo era miembro y salía este tema siempre decía que la única experiencia que tenía era la mía y yo siempre procuré volcarme con las personas que estaban en un momento de crisis. De hecho, una de mis mayores alegrías son todas las perso-nas a las que ayudé a dejar el opus durante los años que fui director. Gente que era evidente que no estaba en su sitio.

[3] http://opuslibros.org/escritos.htm

Creo que, realmente, lo unico necesario para actuar así es poner a la persona por encima de la institución. Que es precisamente lo que no hace el Opus Dei y, ade-más lo reconoce explicitamente en infinidad de documentos. La Obra siempre está por encima de sus miembros, y eso es una aberración. Por encima de una persona solo está Dios y precisamente a Dios lo que más le interesa, pienso yo, es la felicidad de cada una de las personas.

A esto quería llegar. Creo que lo más importante para una persona que deja el Opus Dei es tener claro que la providencia de Dios nunca nos deja. En mi caso, lo tengo clarísimo y lo experimento todos los días. Desde el día que decidí haciendo un rato de oración que me iba porque mi conciencia no era capaz de tragar más, siempre he notado muy cerca de mi a Dios y en cada una de las ocasiones he sentido su ayuda con claridad.

Desde el día que me fui solo he hablado en poquisimas ocasiones con alguien del Opus. Nadie se ha preocupado de qué iba a hacer después de pasar diez años dedi-cado a las tareas internas, de haber renunciado a mi profesión después de una carre-ra con multitud de matrículas de honor que no me ha servido para nada porque después de diez años sin ejercer, se queda en papel mojado. Nadie me ha pregunta-do dónde iba a vivir, de qué iba a comer, si estaba contento, etc. Me parece real-mente increible que unas personas con las que has vivido y compartido momentos importantes de tu vida, desde el día en que decides irte te consideren como un muerto. Simplemente no existes.

Pero Dios no es así. Somos hijos suyos y siempre velará para que nuestra vida sea muy feliz. El día que dije que me iba el director de la delegación en la que estaba entonces, que era Pamplona me dijo que mi vida terrena iba a ser muy infeliz y que me arriesgaba a perder la vida eterna. Pues bien, yo nunca he sido tan feliz como los años que llevo fuera. Mi trato con dios es

más fuerte que nunca, porque se apoya en la verdad y la sinceridad. Y en cuanto a mi vida normal, pues también es muy feliz.

Creo que los ex tenemos una gran ventaja que es nuestra capacidad de disfrute. Hemos pasado tantos años jodidos que disfrutamos con cualquier cosa. Recuerdo la primera vez que fui al cine después de dejar de ser numerario. Lo pasé como un enano con algo que la gente normal no valora porque siempre lo ha tenido. O lo que disfruté la primera vez que me enamoré de una mujer, o que decidí irme a hacer un viaje sin tener que buscar "motivos apostólicos extraños". O sencillamente el día que invité a cenar a mis hermanos, simplemente porque me apetecía hacerlo.

Lo que intento transmitir es que, es verdad que es duro dejar el opus dei porque normalmente te vas con una mano delante y otra detrás, pero también hay que tener en cuenta que solo por el hecho de irte, ya es muy probable que seas mucho más feliz. Y un consejo, disfrutar de las cosas sencillas que Dios a puesto a nuestro alcance y que no has podido disfrutar durante muchos años porque alguien un día decidió que te iban a alejar de Dios.

Para acabar quería contar que mi experiencia es que todas las personas que se han planteado seriamente dejar el opus dei, y lo han dejado, han sido mucho más felices fuera que dentro. No es solo mi experiencia personal sino la de tantas personas que he tratado durante los años en que he sido director del opus dei. Todas las personas que conocí y que dejaron la organización siguieron con muchos de los problemas que tenían siendo del opus dei, porque sigues siendo el mismo, pero bastante más felices, más tranquilos y sobre todo más liberados interiormente y con la inmensa satisfacción de saber que han hecho lo que debían.

****

LAS INMORALIDADES DEL OPUS DEI

Enviado por Ñam Ñam el 28 de noviembre de 2003

Tiempo atrás participé (con el seudo "ñamñam”) en dos foros sobre el Opus Dei en que participaban ex miembros, casi todos gente de nivel. El proceso de destrucción de ambos foros fue igual: empezaron a proliferar participantes que se presentaban como ex-miembros y en realidad eran panegiristas ardientes (y estultos) del Opus Dei. Proliferaban como la peste. Se contestaban unos a otros, para así "ahogar" el foro. Al poco, comenzaron a quitarse la careta y pasaron al insulto directo con mensajes autocopiados, como virus informáticos.... y realmente lograron que los auténticos interesados en el foro se largaran. Y yo aquí me lleno de sospechas, no lo puedo evitar.

Porque yo me pregunto: ¿Existe la figura del “ex-miembro en buen plan”? Me refiero a quienes hayan estado el suficiente tiempo para enterarse bien de cómo funciona todo y haber vivido a fondo el “espíritu”, leído documentos internos... No conozco a ninguno de esas características que luego de haberse ido siga alabando al Opus Dei. Por eso, cuando alguno aparece, esporádicamente, y sólo encuentra vir-tudes en la Obra, me lleno de sospechas, no lo puedo evitar.

Yo sí que viví, no una vez sino SIEMPRE la cuantificación de los posibles pitajes (conseguir vocaciones, para quienes no conozcan el argot interno de la Obra). Aquello de "dos vocaciones al año"..., las listas de San José... Y cuando

coincidí (univ...) con gente de otros países, era exactamente igual. España es para el Opus Dei de otros países, el espejo en que mirarse. Si algo se hace en España, la niña mimada del Consejo y su "vaca lechera", es seguro que se hace o se intenta en todos los demás países. Precisamente la pretensión de alguno de que en el país en que estuvo (¿cuál?) no se hacían algunas cosas, choca con la obsesión de la unidad. Si dice eso dentro del Opus Dei la corrección fraterna es fulminante y muy seria.

Durante años me encargué de llevar una exhaustiva estadística de todos los chicos de San Rafael que acudían a cada una de las actividades: retiros, cursos de retiro, convivencias, películas, visita al sacerdote, charla con él, círculos. Ídem cuando llevé un centro de agregados y finalmente cuando estuve en la labor de San Gabriel, con supernumerarios. Se llevaba cuenta absolutamente de todo por indicación ex-presa de la Delegación. Y periódicamente se enviaban los estadillos a Delegación. Yo tuve el "mérito" de confeccionar para mi uso un estadillo tan eficaz que encan-diló a los de Delegación y se lo tuve que pasar a "limpio" y enviárselo. No sé si lo llegaron a usar, ni me importa, pero la evidencia del supercontrol es aplastante. Todo esto empezó a perforar mi coraza de numerario programado, porque no lo veía compatible con la famosa afirmación de Escrivá de que "El Opus Dei es una organización desorganizada" O le tenían secuestrado y no se enteraba de nada, o es que estaba tan enfermo desde hace tantos años que la dirección la llevaban de hecho otros, o es que era un hipócrita.

Me han obligado a mentir de la manera más cochina: como miembro de un consejo local, tuve que recortar alguna página de Crónica y sustituirla por otra retocada, estilo estaliniano. Aunque en la cabeza me saltaban todas las alarmas. En la nota que llegó de Delegación, prescribía seriamente que no debíamos leer bajo ningún concepto la página sustituida. Eso es mentir,

falsear la verdad, con premeditación y alevosía. Con nocturnidad no, porque lo hice de día.

El Opus Dei sí me quitó la libertad, de un modo mucho más sutil y efectivo que atándome con cuerdas: comiéndome el coco, lavándome el cerebro, dándome una formación de robot, aislándome de mi familia. Cuando salí del centro de Estudios, con la carrera recién acabada y me enviaron a la quinta puñeta, bien lejos de mi familia, en una ciudad penosa, sin posibilidad de dedicarme a lo que era mi profe-sión, yo asentí y hasta con el gozo de un joven impulsivo y generoso. Pero no era libre. Si hubiera dicho que no... me hubieran presionado a muerte, me harían ver que tenía una horrorosa falta de espíritu, que estaba traicionando a la Obra, que no obedecía... Esa no era una elección libre, como no lo es ninguna de las opciones del clásico "¡la bolsa o la vida!"

Había cosas que no entendía, sí, pero no la tontería de mangas largas o cortas. No entendí nunca bien la instrumentalización de la amistad; que me sugirieran que dejara de tratar a una persona que claramente no pitaría, aunque fuese mi amigo del alma. Nunca entendí que organizáramos cursillos (por ejemplo, de las famosas "Técnicas de Estudio") sin ninguna competencia profesional para ello y encima con la única intención de conocer a gente. Nunca entendí que me obligaran a decir a mi familia que sólo podía estar con ellos dos días porque estaba agobiado de trabajo en el centro... cuando yo sabía que eso era una pura mentira.

Me obligaron a hacer inmoralidades, sí, como la que cuento a continuación. Du-rante años llevé la charla de un agregado, a quien llamaré Santi. Era una persona fundamentalmente "buena" además de gran trabajador pues se sacaba brillante-mente una carrera universitaria compatibilizándola con trabajo profesional a tiempo completo. Además hacía apostolado.

Puntualmente ingresaba su sueldo completo en caja, del cual solo sacaba para su manutención. Y hasta incluso tenía una presen-cia física bastante agradable.

Cuando Santi acabó sus estudios universitarios, su familia le animó a dejar su traba-jo para preparar unas prestigiosas y durísimas oposiciones. Sus padres le estuvieron manteniendo durante esos años haciendo un enorme esfuerzo económico. Y coincidió que cuando Santi sacó las oposiciones, el pequeño negocio familiar paterno se fue a pique dejando grandes deudas (en parte porque centraron sus esfuerzos económicos en mantener al hijo mayor, prescindiendo de la ayuda que antes les daba por comida y alojamiento). Se quedaron realmente con lo puesto, sin ningún ingreso. Este agregado rápidamente planteó darles una "ayuda familiar" ya que ganaba un buen sueldo. La respuesta oficial de la Delegación fue conceder una ayuda miserable, (en dinero actual sería el equivalente a 300 euros-50.000 pta, para una familia de padre madre e hijo y con deudas) que además la daría directamente la Obra. Él se quedó indignado y yo le di la razón; hablé con los de Delegación, pero era inútil: eso es lo que estaba dispuesto por Nuestro Padre y no había más que hablar. A base de insistir conseguí que me dieran un rapapolvo por "falta de docilidad" y que el director de mi centro en persona me sustituyera en llevar la charla de Santi. El entró en rebelión: le indignaba y veía como una enorme injusticia, que ha-biendo dado todo su dinero a la Obra, se le respondiera en caso de grave necesidad con esas migajas humillantes. Sus padres estaban destrozados, claro. Además tenía un hermano pequeño, que con esa miseria nunca podría estudiar lo que él estudió... Tras una madura reflexión Santi dejó el Opus Dei. Y sembró en mí una semilla de inquietud y rebelión.

Esto que cuento, que es rigurosamente cierto, es una inmoralidad de tomo y lomo. Un pecado gordísimo. Y una conducta muy parecida a la de los

fariseos tan fustiga-dos por Jesús, esos que colocan pesos enormes sobre los hombros ajenos y ellos no ponen un dedo para ayudarles. ¿Que coño pasa (con perdón) con el dulcíiiisimo precepto?

Además no se puede argüir que esto es un caso particular o una conducta equivocada de una persona. No: es una "conducta tipificada". Está escrito que se haga así. Es una inmoralidad prevista, deseada e impuesta. El responsable principal es el Opus Dei, y secundariamente los directores. Yo ante Dios sé que hice lo que pude

No es el único caso de este tipo que me tocó vivir. Pero para muestra vale un botón.

Es una inmoralidad lo que hace el Opus Dei con el coche y las personas que se van, como os relato a continuación. En los últimos años de mi estancia en el Opus Dei compré un coche, que necesitaba para mi trabajo, muy distante del centro, y para atender las labores apostólicas y a los de Casa. (Con los años que llevaba aportando mi sueldo, me podría haber comprado un montón de coches bastante mejores.) Me hicieron firmar un "Vendí" con el nombre en blanco. Para los que no sabéis de que va eso, se trata de un documento en que tú firmas que le has vendido el coche a... Si te vas del Opus Dei, te presentan el papel y te quedas sin coche.

Eso es lo que hicieron conmigo el día que me marché, con el recochineo de que no me dejaron usarlo ni para hacer el transporte de las maletas al modesto apartamento que me alquilé. Y me encontré con que no tenía como ir al trabajo.... en autobús público era muy complicado. Hice lo que pude, los compañeros del trabajo me ayudaron y al poco, pedí un préstamo y compré el coche más barato que encontré. Este tipo de comportamiento -tipificado

también- es una auténtica falta de caridad. Es la política de "putear al que se va" (con perdón, pero somos mayorcitos)

Es una inmoralidad que me hicieran mentirle descaradamente a una compañera para no tener que llevarla en coche al trabajo. Fue despiadado, porque realmente la buena mujer no conducía y no había otro medio de ir. Tuvo que quedarse a dormir en una mala pensión, siendo madre de familia. ¡Qué falta de caridad más grande me hicieron cometer! Pero no, el fin de preservar mi pureza (?) justificaba cualquier otra barbaridad. El caso es que fue ahí donde perdí la pureza... de intención y la inocencia, pues fue la primera vez en mi vida que mentía obligado y a sabiendas de que era malo. Cuando me confesé de ello y le pregunté al cura qué debería hacer para reparar, para no seguir mintiendo... me dijo que no le diera mas vueltas, "no seas puñetero". Eso sí, cuando se trataba de cosas realmente relacionadas con la "pureza", (con el sexo, vamos) había que ser delicadísimo y sincerísimo. Recuerdo las insistentes y detalladas preguntas que me hacían cuando comentaba que esa noche había tenido una polución y estaba algo intranquilo, porque tampoco me acordaba bien de que hasta qué punto era voluntario, si estaba o no dormido del todo... ahí no me decían que no fuese puñetero. Por cierto, acabaron recetándome pastillitas, un clásico en el menú.

Si algún ex miembro (y los que estén dentro) no ha visto ningún comportamiento del tipo de los que relato, o estuvo ciego o... Pero yo me lleno de sospechas, no lo puedo evitar

Y ahora, reflexiono en voz alta:

¿Me lo he pasado en grande? (Esto me lo inspiran los simpatiquísimos escritos de Satur) He de decir que pasé muy buenos momentos con chavales como yo, genero-sos, decididos y entregados. Pero mi vida en el Opus Dei no

fue un camino de rosas. Me "especialicé" en el trabajo duro y callado. No sé bien por qué pero me acababan cayendo las tareas más duras e ingratas: atender a las personas más conflictivas, aguantar "montajes" ingratos, duros y de los que los demás de Casa huían como de la peste. Otros, quizás por provenir de familias "bien", se dedicaban a divertidísimas (y carísimas) actividades con niños rubios: esquí, convis, Univ... mientras yo que no soy de familia bien ni especialmente guapo ni simpático, me pateaba tres fines de semana al mes los campamentos militares donde había gente de casa haciendo la mili. Campamentos que además estaban todos a más de tres horas de distancia en coche y en sitios horrorosos. La verdad es que algún director me llegó a decir que no sabía que haría sin mí, porque yo le solucionaba todas las papeletas duras. Esta "confidencia" es impropia de un director, pero debía respon-der a verme agotado, para animarme. Y efectivamente, en más de una ocasión caí enfermo de agotamiento puro y duro, stress, que me lo tuvo que diagnosticar un médico amigo al que trataba, porque el médico oficial, otro numerario que vivía conmigo, sólo veía un ligero resfriado y me miraba mal porque no me levantaba de la cama.

En los cursos anuales, me daba la impresión de que poca gente se tomaba los estu-dios internos con la seriedad con que yo me los tomaba, visto lo poco que estudiaban... y eso que a mí siempre me resultaron descorazonadoramente fáciles. En alguna ocasión me enfadé con el cura que “explicaba” por lo enormemente inepto que era e hice “huelga de estudio” por mi cuenta y sin decir nada a nadie me negué a coger apuntes ni a mirar el “folleto” que nos daban de texto, (otra ofensa a la inte-ligencia) ni a estudiar na de na. Hice el examen por cumplir... y resulta que saqué “Summa cum laude”. La asignatura era “Ética especial”. Mi asombro fue enorme, me partí de risa y cuando lo conté en la charla me echaron la gran bronca y me prohibieron que lo contara a nadie. Lo que pasa es que a los pocos días vino

el director espiritual del centro de estudios (este sí que era un geniecillo con dos doctorados y listísimo) y me dio la razón en cuanto a la incompetencia del profe, pero me riñó, quizás con razón, por mi soberbia. Creo que mi pecado fue no cerrrar los ojos a la evidencia.

Siempre estuve pilladísimo de tiempo, haciendo dos o tres cosas a la vez. Recién pitado, compatibilizando una dura carrera técnica superior con las ocupaciones mil del centro de estudios en donde además llevaba un buen número de charlas de otros chavales de casa. Después, empezando mi vida profesional, en el consejo local de un centro numeroso de agregados, muy disperso, con viajes continuos por montes y llanuras, con trabajo profesional a tiempo completo y preparando oposiciones nada fáciles, que acabé sacando con éxito. Finalmente, compatibilizando como podía, el trabajo profesional a tiempo completo con dar clases en la universidad (con todos los parabienes de los directores de la Delegación, que me prometieron, -falsamente- aligerarme de trabajo interno), y con la atención de dos grupos de supernumerarios, uno de ellos en un lejana ciudad (100 Km.) donde no había centro (eso lleva su tiempo, os lo aseguro).

Cuando empecé a quejarme de que ya no podía, y a pedir que me rebajaran algo los encargos, (tal como me habían prometido en Delegación), que ese año no hiciera los estudios internos los fines de semana... la respuesta fue hacerme asistir a clases extras de latín, a raíz de una de esas ventoleras en forma de notas llegadas de Roma.

No, realmente no lo he pasado en grande en el Opus Dei. Lo que he hecho ha sido trabajar como un burro, alejarme de mi familia, darles una cantidad de dinero con-siderable, pues llegué a cobrar sueldos bastante elevados. La única compensación era la convicción de estar cumpliendo con mi deber y comprobar que mi esfuerzo aliviaba a otros. Pero realmente he de reconocer

que cumplieron lo dicho: me exprimieron como un limón y luego me iban a tirar... cuando me fui antes.

Hay quien se fija mucho en las comodidades de la vida de los numerarios: que si comida hecha, ropa planchada, casa limpita... A mí no me compensó en absoluto. A cambio tuve que sufrir incomodidades mil, mucho más importantes. Por eso, lo primero que fui viendo cuando salí de la Obra es que me lo pasaba infinitamente mejor fuera que dentro. Y eso que lavo, barro, plancho, y me hago la comida todo yo solito. Infinitamente mejor.

≤